

# EL COJO ILUSTRADO

AÑO XI

15 DE AGOSTO DE 1902

Nº 256

## PRECIO

SUSCRIPCIÓN MENSUAL.....B. 4  
UN NUMERO SUELTO.....B. 2

## DIRECTOR:

J. M. HERRERA IRIGOYEN

EMPRESA EL COJO — CARACAS — VENEZUELA

## EDICION QUINCENAL

DIRECCIÓN: J. M. HERRERA IRIGOYEN & CA.  
Este 4 — Número 14  
CARACAS — VENEZUELA

NO SE DEVUELVEN ORIGINALES



Recuerdos de la guerra de Cuba — El coronel Roosevelt en la toma de las alturas de San Juan

## NO ES ÉL

A T. I. POTENTINI

No es el Dios de los ricos el Dios mío;  
el Dios que deja que agonice el pobre  
de angustia, de dolor, de hambre, de frío,  
aunque al placer del rico el oro sobre.

El que permite viva el opulento  
en el vicio, y las fiestas y la holganza;  
mientras les falta á tantos el sustento,  
mientras les falta á tantos la esperanza.

El que deja, que, hurtando á la indigencia  
el bien que conquistó con labor ruda,  
trueque en oro, virtud, amor, conciencia,  
y quite el pan al huérfano y la viuda.

El que niega el amor, y la familia,  
y el alma, el corazón, al proletario  
le aumenta la labor y la vigilia,  
y le acorta el sustento y el salario.

No es ese el Dios que busco, sueño y amo,  
todo luz, y piedad y amor sublime;  
el que en mis noches de tristeza llamo,  
el Dios que del dolor salva y redime.

Y la injusticia al fin el alma irrita,  
y ya sin vallas que el furor detenga,  
revienta en explosión de dinamita  
la cólera del pobre que se venga!

Y el cielo ha de aplaudir; porque él castiga  
al del alma dura y corazón de roca;  
al que á dudar de su justicia obliga,  
y sus bondades á negar provoca.

HERACLIO MARTÍN DE LA GUARDIA.

## VENCIDO

Dijo entonces:—«Amor, gloria, riqueza,  
Os tengo de alcanzar: la empresa es alta;  
Pero bástanme alientos y firmeza  
Para poder llegar... ¡Cuánto me falta!...»

Y hasta ayer caminé sin desaliento;  
Hoy, fatigado de vagar sin tino,  
Le pesan la razón y el sentimiento,  
Y descansa en el borde del camino.

Los que no llevan la pesada carga  
Han realizado la difícil obra.  
Y dice ante la senda, oscura y larga:  
«Para poder llegar ¡cuánto me sobra!»

FRANCISCO A. DE ICAZA.



EL BAILE DE LOS VIEJECITOS

NOVELA POR CARLOS FOLEY

(Traducción de EL COJO ILUSTRADO)

## I

Te aseguro, mamá, y á ti también, papá, que es de toda necesidad que deis un baile. Este vasto y hermoso departamento, en el primer piso y con diez ventanas sobre la avenida, parece como dispuesto expresamente para una fiesta, mejor dicho, para un baile soberano. Si lo dais, ya veréis cómo hablan de él todos los diarios que aprecian las demostraciones de la vida moderna. Por otra parte, si recibimos aquí á nuestros invitados, ellos, á su vez, nos invitarán también, y, como por encanto, os encontraréis en el gran mundo!

Sentados en la parte delantera de sus sillapoltronas forradas en raso y enteramente nuevas; con los pies en el aire como si no se atrevieran á ponerlos en la felpa delicada y espesa de su alfombra, no tocada aún por pisada alguna, el gordiflón viejecito M. Péroux, y la viejecita regordeta Mme. Péroux, escuchaban á la elegante muchacha con el respeto que ciertos padres que carecen de esmerada educación, tienen á una hija única, que ha hecho sus estudios en el Colegio más caro de París. En el instante que dejó de hablar, los papás cambiaron entre sí una mirada de inteligencia y sorpresa.

—Mira, mi hijita,—se lanzó á decir el viejecito con voz temblona, y un tanto asorado, no obstante los movimientos de aprobación que con la cabeza le hacía su mujer;—mira, mi hijita: precisamente nosotros no tenemos deseos ningunos, ningunos ¿me oyes? de entrar en el gran mundo, ni en el mediano tampoco, y para ser franco, ni siquiera en el pequeño. Mira: en realidad de verdad, no tenemos ganas de ser de ningún mundo. Te lo repito una vez más, hijita mía, (porque me parece que de continuo te olvidas), que vuestras cunas son humildes. Yo he sido sirviente de hotel, y tu madre, cocinera. Con diez años de la más rígida economía, pudimos comprar cinco billetes de la Ciudad de París; y aunque en uno nos favoreció la suerte con el primer premio de quinientos mil francos, nosotros, que nos encontrábamos muy jóvenes todavía y muy activos para sólo vivir de nuestra renta, por una parte, y por otra, que siempre nos gustaba nuestro primer oficio, compramos, (por muy extravagante que esto te parezca), un hotel en Niza. Como teníamos orden en todo, mucha exactitud, y además, conocimientos bastantes de

cocina y repostería, nos fue mejor que á muchos otros. Nos afluían los clientes. Bien; después de veinte años de buenos resultados, un poco rendidos, pero contentos, vendimos el hotel en diez veces más de lo que nos había costado, y regresamos á París, muy ricos, millonarios, pero no orgullosos. Como no tenemos instrucción, no somos vanidosos, y bien sabemos que si hemos trabajado más que muchos, también hemos tenido más fortuna que otros.

Tu caso, mi hija, no es el nuestro. Tú te has criado en un medio muy diferente, con otras tendencias é ideas muy distintas á las de nosotros. Gracias á tu gran dote, has podido casarte á tu gusto, tener una vida fastuosa y llevar á tu casa los amigos que tú eligieras. Claro está que debes tener costumbres, placeres y hasta caprichos que nosotros ni siquiera sospechamos. Y si admitimos que tú vivas á tu gusto y deseo, es lo más natural que nosotros queramos pasar nuestra pobre vida, como Dios fuere servido.

La joven, en su impaciencia, abría la boca para responder perentoriamente; pero la viejecita, apoyada en la campechana verbosidad de su marido, dió á entender que quería meter también su cucharada:

—Y ya lo ves—dijo, con un tono de reproche mal disimulado;—en vez de dejarnos comprar un hotelito bonito y retirado, en Auteuil ó en Passy, nos has hecho alquilar en plenos Campos Elíseos, este caserón del diablo, lujoso, que de ninguna manera conviene á nuestro modo de ser. Montados en estas alturas, necesitamos, por lo menos, de siete ú ocho sirvientes, gasto que si no excede á nuestra renta, la vigilancia y atención de un tren semejante sí es superior á mis débiles fuerzas. Comprende alguna vez, mi hija, que no nos hemos retirado de la vida activa, para venir á tener ahora los inconvenientes de ella y no sus beneficios; y haz que te entre en la cabeza, una vez para siempre, que somos ya viejos, y que lo único que queremos es descansar.

Después que dijeron lo que en el fondo del alma sentían, (expresado con la honrada franqueza que era el lustre de su elocuencia), calláronse los dos ancianos; ya porque eran enemigos uno y otro de los dimes y directes inútiles, como porque muy justo les parecía, que, habiendo ellos hablado, hablase también su hija.

Mortificada con las razones que sus padres

le oponían,—como si estuviera pasando una dentera,—y habiendo oído todo con un imperceptible *levantadito* de hombros, tan significativo, la joven entró de lleno á defender su causa con el imperturbable aplomo y desconcertadora volubilidad que eran el sello característico de las condiscípulas de su Colegio.

—Mis queridos padres: siento tener que decir que no sabéis nada, nada, absolutamente de la vida parisiense. Si yo os abandonase en ese vuestro modo de vivir, dentro de tres meses os habríais muerto de fastidio. Mejor que vosotros mismos, sé yo lo que os conviene;—y sabed esto: que el primer deber de los ricos, es gastar sin hacer cuentas. Es el medio mejor, el más eficaz para combatir la tremenda anarquía. Y ya os presento, desde este punto de vista, una cuestión social! Además, á vuestros años, hay tendencia natural á una pereza peligrosa. A esa edad, principiamos á ir siempre á menos; nos calafateamos, como quien dice; vivimos de recuerdos, *arrimaditos* al calor de la chimenea; nos dormimos, en fin, en cuerpo y alma, y nada es peor que eso, moral y físicamente. Es necesario reaccionar, y el solo medio posible es divertirse, distraerse. Y ya tenemos por este lado, una cuestión de higiene! Por último, todos mis amigos que saben que estáis instalados en París, encontrarían como extraordinario y muy mezquino,—por no decir incomprensible—que no echáseis la casa por la ventana, y hasta llegarían á suponer que tenéis vergüenza de presentaros entre la gente, por falta de cultura. Ved, pues, que esta es, ante todo, una cuestión de conveniencia!

La *madamita* Péroux habría querido responder: que ella combatía la anarquía á su modo; es decir: dando limosnas á los verdaderamente pobres; y el bondadoso M. Péroux habría objetado: que el médico les prescribía antes que toda otra cosa, un descanso completo; que ambos tenían en la punta de la lengua decir á su hija, que si quería gastar sin contar, lo hiciera ella; y finalmente, que no conociendo ni de vista á los amigos de su yerno, no le importaba, en lo mínimo, que lo supieran mezquino.

La joven, vivaracha, aprovechándose de la duda, del desarreglo y confusión de ideas en que había sumido á los viejecitos su aturdidora facilidad de palabra, y no dándoles tiempo ni de tragar saliva, los acabó con lo imprevisto y audaz de su fastidiosa perorata:

—Así, pues, querido papá y amada *mamaíta*, daréis un gran baile, y cena, precisamente el *sábado próximo!* Aquellos bonachones viejecitos temblaron de cabeza á pies. Ante un peligro tan inmediato, papá Péroux sacó fuerzas de flaqueza, y lanzó esta frase, como su último cartucho:

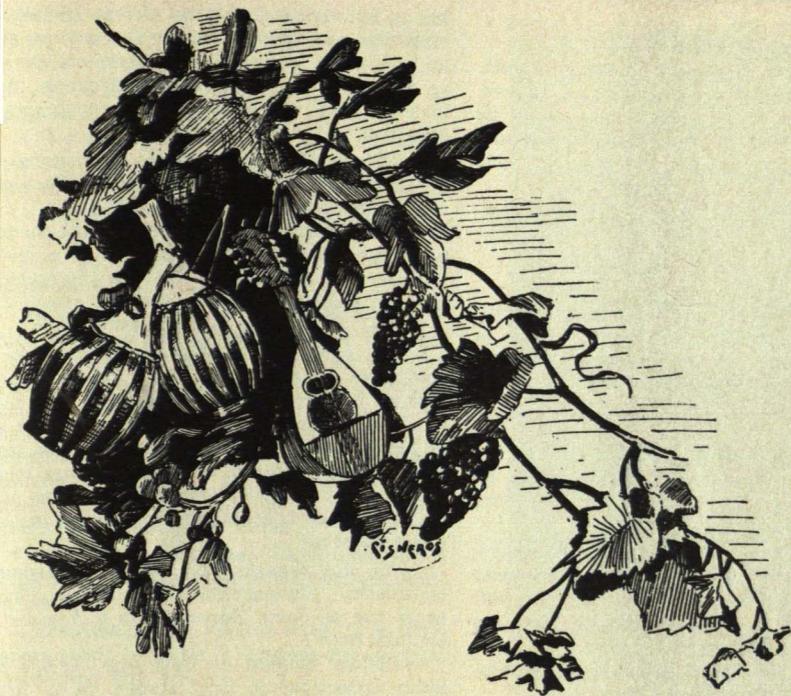
—Si tantas ganas tienes de dar un baile, dalo en tu casa!

A ese golpe respondió la joven con su estudiada impasibilidad; y luégo, envolviéndose tranquilamente en su capa de pieles como si tuviera frío, díjoles con suma coquetería:

—En casa es imposible,—porque es más pequeña que ésta; ni tengo allá, como aquí, tres salones corridos, ni un servicio tan numeroso. A lo que agregaré que hemos gastado muchísimo, enormemente en este invierno, y nuestro presupuesto no nos permite hacer esta erogación. Siento infinito haberos causado una molestia cuando más bien pensé que os proporcionaba un vivo placer; más, de un modo ú otro, es muy tarde para retroceder. Yo he hecho circular ya más de trescientas invitaciones entre personas á quienes debemos finuras y cumplimientos.

—¡Trescientas invitaciones! ¡Qué terremoto nos ha caído!, exclamó el buen hombre faltó ya de fuerzas para resistir.

—Misericordia, Señor! dijo la mamá vieja,



con un acento como eco de desolación y de tristeza.

—No os afanéis, dijo á su vez la joven, con sonrisa un tanto burlona. El baile no os causará la menor molestia, pues ya me entendí yo con Potel, para el servicio general y la cena. El enviará sus criados, sus cocineros, reposteros, etc. He estado casa de Belloir á quien encargué del adorno de las piezas, y mi florista, que tiene ya mis órdenes, hará lo demás. Vendré yo personalmente muy temprano y recibiré los primeros convidados. De todo me encargaré yo, y vosotros no tendréis más que hacer sino..... pagar.

Y prudentemente, antes de que le presentaran nuevas objeciones, tomó el sombrero y se despidió. Sólo que tuvo que agacharse mucho para abrazar á los dos abuelos que permanecían con la cabeza baja, como si tuvieran roto el pescuezo, y en tan profundo silencio, que era testimonio, á las claras, de su ternación y de su asombro.

## II

El día de *su baile* llegó al fin. (De *su baile*, ¡qué ironía!) Los esposos Péroux no sabían ni donde estar, y bien entendido tenían, que en su casa no eran nadie. Íbanse y veníanse como ánimas en pena; empujando á unos, chocando contra otros; sentándose, aquí, sobre una caja, allí, sobre un rollo de alfombra; errando de cuarto en cuarto, con aire de infelices, espantados, como dos pájaros aturridos á los que se les han quitado las perchas de su jaula. Llegados desde muy temprano, los tapiceros habían cambiado toda la casa. Habían vaciado los salones, el billar, el cuarto de fumar, y amontonado,—todo lo que era muebles,—en los dormitorios. Ahora, ya estaban cubriendo las paredes con damascos de un rojo tan encendido, que por poco cegaba uno al verlo; y hundían sus clavos en los artesonados y techumbres doradas, con martillazos tales, que quedaba uno sordo. Varios sirvientes desconocidos habían asaltado á las alacenas del comedor y estantes de la repostería; ni daban cuartel á las alhajas de plata, á las porcelanas y cristales. La cocina, en donde las hornillas zumbaban hasta el extremo de llevar las llamas al tubo de la chimenea, estaba repleta con una porción de pasteleros charlatanes que hervían en un bulle—que bu-

tano y estiércol; sacaban de unos cajones, hermosas plantas verdes; quitaban de unos jarrones y ponían en otros, ciertas flores; y luego, como con hisopo, dejaban caer sobre las hojas, el pavimento y los damascos, el finísimo rocío de los perfumadores.

Los viejecitos, al principio, quisieron rebelarse é impedir el derrumbe y pillage de su casa, tomada por asalto. Pero sus sirvientes, que se encontraron inútiles ante tantos reemplazantes, pidieron permiso para retirarse aquel día y aquella noche, y se les concedió. Solos, pues, en presencia de aquella horda de intrusos, por más que papá Péroux había echado cuatro buenos *granaderos* y había querido *gallear*; por más que mamá Péroux había agotado todos los recursos y cocleado todo el día como gallina clueca, con aquellos sus cuerpecitos, sus vestidos sencillísimos, su aspecto de bonazos y vocesitas chillonas, era imposible creer que fueran los verdaderos amos de la casa. En tanto que las ordenes de la hija, eran formales. La invasión continuó; y expulsados de pieza en pieza, de cuarto en cuarto, aventados, apostrofados, atropellados, nuestros viejecitos no pudieron resistir mucho tiempo, y se postraron en absoluta impotencia.

Fue ya muy entrada la prima noche cuando todos aquellos hombres se alejaron, y como por obra y gracia, calmó el ruido. Volvieron á cerrar las puertas. Un aire tibio de invernadero en el que se aspiraban esencias de lirios, de violetas y rosas, esparcíanse en los aposentos inundados de luz, color de oro. Papá y mamá Péroux estaban atónitos. Se paseaban en medio de tanta belleza y novedad, con el aturdimiento propio del pastor sencillo y de la ingenua aldeana á quienes, (por arte de encantamientos, y como retribución á algún servicio prestado, acaso, sin querer), hubiera puesto la Hada de las recompensas, ante el palacio de la apoteosis. Contemplábanlo todo con temor; no se atrevían á tocar nada, y aun respiraban poco á poco, y entre sí se preguntaban: si en un momento cualquiera no les exigirían que devolvieran, lo que habrían podido consumir de un aire tan precioso, tan raro y tan deliciosamente perfumado.

¡Qué bello es todo esto! Me causa temor, murmuraba la viejecita, pálida y temblorosa. ¡Qué vieja voy á parecer, qué amarilla y qué

lle, en medio del alboroto de la vajilla, de cazeros y botellas. Los electricistas plantaban por donde quiera sus gruesas escale- ras, multiplicaban los cables y entre-cruzaban los hilos, en momentos en que, abiertas de par en par las puertas, los jardine- ros campesinos entraban y salían con los zuecos lle- nos de pan-

fea entre estas cortinas damascadas, tantas flores y tantas luces!

Oh! Tú no tanto. Te conservas, que más que menos, bien, y puedes, como decimos generalmente, vender gato por liebre. Soy yo el que aparecerá tan desgarrado como ridículo!

—Si te figuras que te creo lo que me estás diciendo, te engañas de lo lindo. Las amigas de nuestra hija que son todas muchachas de alto rango, van á despellejarme, viva, desde la cabeza hasta los pies.

—Y los amigos de mi yerno, que son caballeros *chics*, orgullosos y *refinados*, van á medirme con una mirada que ya me causa temblores.

—Y es lo peor, que no me resuelvo á irme á vestir. Estoy *haciendo maña* para retardarlo cuanto más puedo; porque si vieras el traje, que,—sin dejarme decir una palabra á la modista,—me ha mandado á hacer tu hija, para el baile: Suponte que es de raso verde-tierno. ¿Cómo te parece tu vieja, mi hijo, vestida de verde-tierno? Y eso no es nada. El corpiño me lo han hecho tan escotado, que me supongo que me han puesto en traje de baño. Me van á creer que soy loca; y te aseguro que desde ahora me parece que me siento enferma.

—Pero, ¿á quién le dices tú esas cosas, hija mía, cuando ya yo tengo sudores fríos? Cuando me meto entre mis zapatos charolados, me parece que me rebanan los pies. Y sin embargo, eso es nada comparado con la casaca que me ha hecho el sastre de mi yerno. Me embuto entre ella, como una castaña en la parrilla que sintiera reventar la cáscara; y después de todo, tengo tal costumbre, como tú sabes, que, á falta de servilleta bajo el brazo, me pongo siempre el pañuelo. Voy á dar un escándalo, me parece!

—Yo no digo nada, porque estoy cierta que vamos á enseñar la pata. Cuando tenga un susto tan grande como éste, no hay *burralidad* que no se me venga á la boca.....

Al decir esto, los interrumpió el ruido de la campanilla.....

—Ah! papaito, ¿estarán ya ahí los convidados? Me tiemblan las piernas como si fuera la primera vez.....

—No, mamáita, hazme el favor de no hablar de nuestros convidados, porque.....

—No nos quedemos aquí..... desfilemos! Así..... sin trompetas ni tambores!

Mas, al hacer con ligereza un movimiento de media vuelta para irse, tropezaron los dos viejecitos contra un endemoniado sirviente que corría á abrir las puertas. De medias blancas, librea azul con botones dorados, más corpulento que un suizo de catedral, este mastodonte que jamás habían visto ellos, les cerró el paso á los dormitorios, y con aires y voz de sargento de cuadra, les gritó secamente:

—¿Qué hacíais aquí, pillastres? Ahora os marcháis como quien no quiebra un plato, haciendos los santicos.....

En medio de su estupor y de la indignación de este interrogatorio á quema-ropa, los dos ancianos se quedaron extáticos. El mastodonte, sin darles tiempo siquiera, de medio tomar alientos, los empujó con violencia, gritándoles otra vez:

—¡Vamos, vamos! Cuantos menos bultos, más claridad. ¡Sin réplica! Nada tenéis que venir á buscar aquí, pepinitos, vagabunditos, ociosos..... Ya sabéis que si os encuentro huroneando ó atisbando por ahí de *segurito* que os planto en la policía. ¡Vamos! ¡Arriba! *Desocúpenme el puésto*; pero ya, ya!

Ciego á las demostraciones de cólera y á las vivas protestas que hacían los dos ancianos, el sirviente los arrinconó en la antesala.

Quiso Mme. Peroux salir por la gran puerta de la escalera, cuando aquel hombre, en tono cínicamente burlón, le gritó de lejos:

—¡Párate! ¿Como que te vas por donde salen los amos? ¿Como nó!! Entonces la escalera de los sirvientes ¿para qué la hicieron?

Y decir y hacer, todo fue uno. Con un último empujón, el sirviente metió á los dos esposos en el cuarto de hacer los dulces, y de seguida, cerró la puerta. Allí, en la balumba de otros desconocidos, sirvientes de posada, cocineros y pasteleros bullangueros, fue mucho peor. Aturridos, golpeados, zamarreados, de manotada á codazo, y de hocihada en hocihada, en un abrir y cerrar de ojos, pasaron los abuelitos, de la repostería á la cocina y de la cocina á la escalera. Y ¡flan! tiranles la puerta en las narices, y véñse los dos ancianos, solos, y mal trechos y cuando menos lo esperaban, en la escalera de los sirvientes.

—¡Qué duro es esto, en verdad, rugió colérico M. Péroux. ¡Verse uno corrido de su casa por unos sin vergüenzas á quienes se les paga, es más que duro: es el colmo!!

Cuanto á la *madamita*, pasada su primera emoción de sorpresa, no podía contenerse de reír.

—¡Qué te parece! decía. A mí no me da rabia..... porque encuentro que esto es gracioso, graciosísimo.

—Sí; pero yo no me quedo con ésta. Voy á volver á subir por la gran escalera, y..... salga por donde salga.

—Te olvidas, amigo mío, que la puerta la guarda aquel enorme criado que te cerrará el paso.

—Bajaré entonces al cuarto del portero, mandaré llamar al jefe de la policía y..... me haré reabrir mi domicilio por autoridad de la justicia!

—¡Qué ridículo escándalo, hijo mío! ¡Qué escandalazo!, repetía la señora, mostrándose como aterrada. Pero, ven acá y dime: ¿quieres tú que entremos al baile con nuestros vestidos de todos los días, seguidos por la fuerza armada? Sería un escándalo tan grande, que nuestro yerno no nos lo perdonaría jamás, y nuestra hija sería capaz de desmayarse y morir de vergüenza. Si me crees, te aseguro que mucho mejor fuera no hacer alborotones; y aprovechando silenciosa, alegre y maliciosamente un descuido de aquel enorme sirviente, —tan grosero como imbécil,—irnos de aquí.

El buen humor, (indiferentón y burlesco de mamá Péroux), había moderado la ira de su esposo. Este, no obstante, tenía sus dudas.

—Pero, dime mi hijo; ¿no deseábamos nosotros escabullirnos?

—Sí, pero.....

—Pues bien: antes era difícil; ahora es muy fácil. Convéncete que lo que sucede, es siempre lo mejor. Nuestros convidados se divertirán bastante sin nosotros; pero mucho más nos divertiremos nosotros sin ellos.

—Ah! sí, sí; ¡qué idea se me ha ocurrido!, exclamó el viejecito, que, no conservaba mucho tiempo el mal humor, y se tranquilizaba cada vez más, gracias á la tentadora idea que había concebido. Mira, va á ser de lo más chusco y divertido lo que vamos á hacer. Tengo justamente en la faltriquera, la llave del cuartico del sexto piso en donde guardo memorias y reliquias de nuestro pequeño y modesto hogar de un tiempo ya distante. Corridos, echados de nuestros aposentos de aquí abajo, vámonos al del alto: es nuestro único asilo!

—Oh! magnífico. Cenaremos en nuestra bohardilla, como en aquellos bellos días en que éramos tan pobres, pero tan jóvenes! ¿Qué

grato, nó? Sólo que no tengo en mi bolsillo ni un centavo para la cena. ¿Y tú?

—Yo tampoco. No tengo ni cartera, ni portamonedas. Sin embargo..... espera..... espera. Todavía creo que me quedan en la bolsita de seda dos monedas de veinte sueldos que conservaba para mis pobres; dos francos! ¡Qué perance!

—Eso nos bastará. Vamos *ligerito* á comprar con que cenar.

### III

Alegres, inquietos, contentísimos de la escapada, los dos viejecitos habían bajado la escalera del servicio. Ella, con la mantilla rebujada, él con su pañuelo en la boca como si tuviera dolor de muelas, pasaron á toda prisa por delante de la pieza del portero, sin que nadie llegase á verlos. Y como la puerta-cochera, cuan grande era, estaba abierta de par en par, llegaron á la calle sin la menor dificultad.

—Tienes frío, mi *viejita*?

—Un poco, no mucho; pero lo preciso como para que no tenga ganas de andorrear por ahí. Dame un franco. Tú, entráte casa del especiero y cómprate una botella de vino del de dieziseis, nó de á dieziocho, porque es muy caro, sino á dieziseis, ¿me comprendes?

—¿Y si el especiero me conoce?

—Nó, hombre. Si nunca ponemos los pies en su casa, ¿cómo crees que se imagine que nosotros mismos venimos á buscar, lo que vamos á comer?

Y, ¿qué importaría, además, que nos conociera? Ándate, ándate hombre. Mientras tanto, yo voy corriendo á comprar ocho centavos de castañas,—y ya son veinticuatro centavos. Con lo que queda es bastante para comprar unas velas y encender la chimenea, porque, de seguro que en la bohardilla no hará calor. Aquí, en este mismo punto, te espero.

Y efectivamente, diez minutos después se reunían los dos esposos.

—Compré dos velas de esperma, explicó mamá Péroux; y como compré también la leñita menuda para prender la candela, y estas castañas, no me sobró nada. Toma: cógeme la leña gruesa que me pesa mucho, y tengo los dedos helados.

—Yo, dijo papá Péroux, compré cuatro tortas á centavo, y un limón en dos, y por consiguiente, *quedé limpio*.

—No es justo. Hemos debido guardar algo para gastos imprevistos.....

Los dos viejos se miraron sonreídos.

—Estamos ahora como en los tiempos de antes, Esteban.

—Ni más ni menos, mi hijita.

*Junticos* regresaban, ayudándose mutuamente á llevar sus compras, cuando involuntariamente se detuvieron delante de su casa, y fijáronse sus ojos en el primer piso. El brillo de la luz eléctrica, al traspasar las cortinas de tul, iluminaba las ventanas y persianas, y llegaba hasta el embaldosado del frente, con un vivo y hermosísimo reflejo.

—Convengamos que esto es muy *chic*, observó M. Péroux. Fíjate: da más bien el *gatazo* afuera que adentro. Pero ello es que baile tienen; y si á *maña* lo tuvieron, á *fuerza* lo han de lucir.

—Ea! Apártense!, gritó un cochero sazonando el alerta con un terno de cuartel.

Pasaron las ruedas rosando á los viejecitos, y claramente vieron entrar por la gran puerta-cochera, una lucida pareja de baile.

—Mira, Esteban: en este *coupé* llega una señora vestida con traje de tul, color de rosa. Pero espérate: oye; otro coche que entra, y otro, y otros más. Son tantos, que el inspec-

tor los hace poner en hilera. Ah! yo no había visto! En este *landeaux* están dos señoras, de trajes blancos, acompañadas de un caballero, ya de años, que muestra bajo el capote de invierno, una media docena de condecoraciones.

—¡Cómo creer que toda esa gente entrara en casa! ¡Chuscadas de la suerte! Pero si nos reconocieran, ¿qué haríamos?

—Bah! No te lo imagines. Estamos tan salvos aquí, como en la tienda del especiero; porque para ser reconocidos, es de toda necesidad que esa gente nos hubiera conocido antes.

—Ajá! ¿Y nuestra hija y nuestro yerno?

—Nó, lucero. Ellos están en el salón haciendo los honores. Persuádetes, Esteban, que todo se hará muy bien sin nosotros. ¿Ni cómo han de figurarse que tú, con la botella y el haz de leña bajo el brazo, y yo, con las velas, las castañas, el limón y las tortas metidos entre mi zagalejo arremangado, nos estamos aquí, en la acera, haciéndonos los *neñes* y papamoscas?

—¡Si nos pagaran por cabeza á nuestros convidados! ¡Se necesita atrevimiento! ¡Esto es lo que se llama desvergüenza y descoco!, en toda tierra!

—Cállate, hombre de Dios, que me vas á hacer desternillar de risa, porque ya lo ves, me divierte como una chicuela.

—Y yo, como un endiablado.

En tanto, llegaban, y llegaban los coches, cada vez más numerosos. La multitud que se apiñaba, dábase codazos y restregones por ver algo. Acudió la guardia urbana.

—En ese instante, oye, bobona, dijo M. Péroux; con lo visto, tengo bastante. Este *ruidajo* me aturde mucho; sin contar que, con aquella infeliz mudada, comí lo que me cupo en una uña, y tengo hambre que me sobra. ¿Quieres que subamos ahora?

—Iba á decírtelo. Hace un poquito de frío, y luégo, el sexto piso no queda *bajito*, y yo no cuento ya con mis piernas de veinte años. No soy la misma, ¡qué se hace!

—Bueno,—dijo entre-dientes M. Péroux; ahora que el centinela nos da la espalda, es el momento preciso. Agárrame por el paltó, y sígueme. Enfilados detrás de este *tres-cuatro* que entra, nadie nos reparará.

Sin mucho esfuerzo, se pusieron más chiquitos; deslizáronse detrás del coche; se escurrieron muy listos entre la pared y los caballos, y llegaron, por fin, á la escalera del servicio, sin que nadie los viera.

—Ay! ay! llegamos. Ni conocidos ni vistos. Pero en verdad que para sorprender á papá Péroux, sería preciso ser más malo que mi portero.

—¡Lo que son las cosas!, dijo la vieja. Cuando pasé por su vivienda, me palpité el corazón. Y con franqueza te diré que estos susticos me gustan; yo los adoro..... y me conmueven. Subieron las gradas, primero rápidamente, (no porque temieron encontrar los criados de su casa, porque ellos bien sabían que estaban en el vestíbulo, ó en la pieza del conserje, viendo entrar los fracs y trajes de gran tono), sino porque del patio y de la calle venía tal ruido con el piafar de los caballos, el rodar de los coches y el cerrar las portezuelas con estrépito, que sentían cierto instintivo temor.

En la meseta de la escalera, frente á la puerta de la cocina, se detuvieron un minuto para tomar alientos, y además para prestar atento oído. Naba había cambiado. El mismo resoplido de las hornazas, los mismos choques de cacerolas, de vajilla y cristalería. Cuando abrían las puertas de la repostería, llegaban por bocanadas, desde el fondo del aposento,

rumores sordos de multitud que va y que viene, y voces entremezcladas con intermitencias de orquesta.

—¡Qué batahola, madrecita! ¡Qué infierno debe ser eso, allá adentro!

—No me digas nada, hijo mío. Ahí deben estar como sardinas en caja. ¡Y que calorón; que enorme calorón!

—Cuando me figuro que puedo verme ahí, te aseguro que me da jaqueca.

—Y yo me siento mareada..... como si estuviera á bordo.

Volvieron á subir los escalones, en el temor de que al abrirse las puertas de la cocina los sorprendieran al pasar y *vivitos* los arrojasen en aquella hornilla ardiendo. A proporción que iban subiendo, el relincho de los caballos, así como el golpe seco de las portezuelas y el run-run de los coches, iba acabándose. Por último, ya en el pasadizo desierto y silencioso, todo aquel bullicio llegaba como rumor de lejana marea.

—Por aquí, Felicidad. Dame una vela y cógeme el litro un *momentico* mientras rasco la cerilla.

Encendida la vela, sacó la llave de la faltriquera, abrió la puerta, y después que entraron, la cerraron otra vez.

Juntos dieron un gran suspiro en signo de verse libres, ni más ni menos que si de un gran peligro hubieran escapado.

## IV

La bohardilla estrecha, *limpiecita*, con su chimenea capaz, tenía,—no un postigo de puerta,—sino una ventanilla de adornos. Mientras que M. Péroux ponía el haz de leña sobre los morillos,—con sus cabezas de Lafontaine y Boileau,—y arriba del haz, la leñita menuda, y hacía salir la llama, la mamá Péroux daba vueltas por el cuarto, reconociendo la camita de nogal, las dos sillas de caoba, la poltrona de *reps* verde, el armario—alacena y la mesa pequeña, es decir, todo su pobre y querido ajuar de otra época, y sentía en el corazón dulces emociones, difíciles de expresar.

—Ay! qué bien has hecho, y qué bien te has portado al conservarnos este viejo, pero buen mobiliario! ¡Es uno de los mejores placeres, recordarnos de nuestra juventud!

—No queda duda, bobona, respondió el abuelito abriendo la alacena; pero no son estos los momentos de andar dando pascuas ni de entristecerse. Por el contrario, son los instantes de reunir tus recuerdos de *Cordon bleu* (1) Aquí tienes nuestra cacerolita y la primera sartén del tiempo de entonces. Aquí tienes también el limón cortado en ruedas, y la botella destapada. Tuéstate unas castañas, y haznos calentar el vino. Yo estiendo el mantel y alisto el cubierto. Y muy serios los dos, ella, con el zagalejo aún arremangado á manera de delantal, él, con la servilleta bajo el brazo, disponían la cena con el mayor interés.

—¿Estamos, *mozuela*?

—¡Cómo nó, *mocito*!

—Te has portado, Péroux; te has portado.

—Con nada, bien lo sabes. Por toda cristalería, dos vasos. De cubiertos de plata, no desenterré más que una cuchara de estaño, que nos la prestaremos. Confíes que no soy *muy del todo malo*; y que si me viere obligado á trabajar para vivir, con poca dificultad me ganaría la vida.

—Lo creo. Nadie es como nosotros, Pruébame este vinito perfumado, y lámetete los la-



bios! Las castañas necesitaban estar un poquito más al rescoldo.

—Están en punto.

—Yo sé mucho de esto, *señorcito*. No te figures otra cosa. Conservo muy bien el tacto y el paladar; ni debes olvidar, que en nuestro género hemos sido soberanos artistas.

—Tienes razón. A tu salud, Felicidad.

—A la tuya, Esteban.

Y rieron á carcajadas. Mas, poco después, como soñadora, la viejecita exclamó;

—¡Qué agradable y qué dulce es estar uno en su casa, y *solitos* como en este momento! En esta pequeña bohardilla, aunque esté pegada al techo; en medio de este mobiliario, ya tan pasado de moda, y sin embargo, ¿no es cierto que aquí se respira un aire tibio, muy calmado y muy sabroso?

—Y qué placidez! Me siento fortificado! Hay muchos más recuerdos en este humilde cuartico, que en todos nuestros grandes y suntuosos apartamentos. ¿Quieres que en otra ocasión volvamos á subir?

—Oh! sí, de mil amores. Pero, ¿será eso fácil estando en casa nuestros criados y vijilándonos la hija?

—Volveremos á dar un baile. Tus castañas están espléndidas, bobita. Las he gustado con placer, y ahora me siento bien. Dame otro trago.

—¿Y si te hace daño, mi hijo?

—No hay riesgo. Esto es más sano que todas las drogas que me hubiera tragado allá abajo. Ponte á pensar la carí—larga que pondrían los sirvientes, si, acercándome á la despensa, les pidiera un vaso de vino tibio.

—¡Y la despreciadora mirada que me lanzaría mi cocinera, si se me ocurriera ordenarle que comprara unas castañas!

—Y no obstante, hay gente que dice, que los ricos comen lo que desean.

—Más todavía: y que viven como quieren. ¿De que te ríes, ah?

—Porque se me ocurre que si tu hija y tu yerno nos buscan, no nos encontrarían nunca en nuestro retirado escondite.

—No creo que nos busquen..... porque

tienen muchas otras cosas que hacer. Mucha falta no les hacemos, de seguro.

—Ya, hombre; ¡qué falta, ni qué calabazas! Pero tú has dicho eso con cierta melancolía.

¿Te pesa de haber subido?

—Dios sabe que nó. Lo que me mortifica más bien, es..... la idea de tener que bajar.

—Nadie nos apura.

—Felizmente. Mas, tarde ó temprano, dentro de algunas horas, cuando esa gente toda se haya ido, tendremos por necesidad que dejar todas estas cosas viejas que nos hacen jóvenes, para volver á aquellas nuevas, que nos hacen envejecer, y que nada nos dicen.

—De veras; ¡qué triste es eso! Sin decir que, en lo que falta de la noche, nos vamos á ahogar en aquellos grandes cuartos. El musgo, la cocina, las

flores marchitas, los comestibles todos manidos, y ¡aquel polvo, y aquella barahunda!

—Es un suplicio ir á dormir allá!

—Mas,—repuso papá Péroux con un airecito de majadero y una mirada picarona,—si para terminar esta bonita pasada no bajamos y nos quedamos á dormir aquí, ¿cómo te parece?

—Ay! amigo mío, que si eso no es posible, no debes provocarme!

—¡Cómo! Si es muy posible. Hay dos sábanas y una funda de almohada en el armario; colchones, almohadones, cobertores y un emplumado, están en la camita. ¿Nos acordaremos los dos cómo se hace una cama?

—Si no es más que eso, yo solo me encargo.

—*Felicitas*, dijo el viejecito; me estoy suponiendo que tenemos veinte abriles; que estamos recién casados, y *solitos* los dos en un cuarto clarí—oscuro en una fonda de camino, en una tarde de primavera. ¿Qué tal encuentras mi ensueño?

—Que no lo sigas; porque si te metes á poetastro, ¡quién sabe cuantas locuras vas á decir!

—Y no sólo decir, ¿sabes?, sino á hacer. Abraza á tu viejecito; abrázalo mucho, estrechamente, con toda tu alma tanto como lo quieres, y como no te atreverías hacerlo allá abajo, donde tu yerno, tu hija y los criados nos acecharían para burlarse de nosotros. En cambio, ¿cuánto perderíamos, si aquí llegáramos á ser ridículos?..... Porque hay que decir, que si nuestras caras han envejecido, nuestros corazones no tienen arrugas.

La cariñosa abuelita le devolvió el abrazo; y con una voz sinceramente conmovida, murmuró:

—Tienes razón, mi dulce amigo: el amor es como las rosas: dan siempre su perfume aun cuando estén marchitas!

## V

El siguiente día como á las cinco de la tarde, en el saloncito del gran departamento, ya, más ó menos arreglado, hallábanse los dos viejecitos sentados en la parte delantera

(1) *Cordon bleu* es el nombre con que designan en Francia una cocinera muy hábil en el arte de guisar.—H. del T.



de sus sillas-poltronas, enteramente nuevas, y con los pies en el aire, como si no se atrevieran á ponerlos en la delicada felpa de la alfombra. En ese momento entró la hija.

—Pues bien, dijo la elegante joven, después de los abrazos de costumbre; pues bien, vuestro baile ha tenido una resonancia extraordinaria. Todos los diarios mundanos hablan de él con tal encarecimiento, que no se cansan de prodigarle alabanzas. Debo esperar después de esto, que entraréis para siempre en el gran mundo.

—¡Cómo nó!, dijo Mme. Péroux, sonriéndose disimuladamente con su marido. Nuestro baile ha alcanzado gran reputación. Estamos perfectamente de acuerdo.

—¡Mucha voga!, apoyó papá Péroux, guiñándole pícaramente el ojo á su mujer. Por nuestra parte, nos divertimos esa noche de una manera admirable.

—Admirablemente ya lo creo, confirmó Mme. Péroux.

—Ya lo veis, ya lo veis,—repuso la muchachona, acaso un poco sorprendida del entusiasmo de los papás;—en nada ó en muy poco os habéis desacomodado.

—Al contrario; el baile nos ha justamente acomodado, interrumpió papá Péroux.

—Entonces, es menester dar otro baile el mes que viene.

—Oh! *carambita!* El mes que viene está muy cerca, hija mía. No nos arrebatéis tanto así.

—Pues á mí no me parece muy cerca el mes que viene, dijo arrogantemente Mr. Péroux. Estoy del todo dispuesto á repetir lo hecho, cuantas veces quiera mi mujer.

—Si no me engaño, creo que le habéis tomado sabor ya á la vida del *gran mundo*. Lo celebró mucho; tanto más, cuanto que todo ha estado muy correcto. Y decía así la joven dama, paseando la mirada entre sus padres, no sin cierta extrañeza al ver sus complacidas fisonomías.

—Sí, es verdad que todo ha estado muy correcto.

—Como mejor no se podría desear. Al rato de corto silencio, dijo M. Péroux, dirigiéndose á su hija:

—Tu madre y yo no somos difíciles, y con muy poco nos contentamos. Pero de tí,—que tanto sabes de esas cosas,—deseo saber si en realidad nada faltó y todo estuvo correcto en nuestro baile.

—Nada absolutamente faltó, respondió con

entera convicción la joven señora, y todo ha marchado á las mil maravillas. A mi llegada, tuve que rectificar algunos pequeños detalles, insignificantes, en el salón de fumar. Sabía muy bien que no vendríaís muy pronto á los salones, porque buena cuenta me daba, que, ocupados en tantos preparativos, os habríais hecho tarde la *toilette*. Ya yo iba á buscar á madrecita en su cuarto, cuando entraron los primeros convidados. Os excusé cuanto me fue dable; pero instantes después entró tanta gente, que me fue imposible, absolutamente, desprenderme de ahí, recibiendo y atendiendo á todos los que iban llegando.

En éstas y en aquellas, preludió la orquesta. Treinta parejas me rodearon; y comprenderéis fácilmente, que una vez que comencé á bailar, no pude contenerme: fue aquello un torbellino, un vértigo hasta rayar el día. Respecto á mi marido, no pudo tampoco desamparar las mesas de juego. Y, cuando ya de los últimos, pensamos batir retirada, muy rendidos por de contado, os habíais ido, según me dijeron, á vuestros aposentos. En suma, os ví muy poco; más lo bastante, sin embargo, para poder apreciar que el sastre de mi marido había transformado á mi papá, y que mi costurero había rejuvenecido á madrecita, por lo menos, en treinta años.

Dejó de hablar, visiblemente descontenta de las guiñadas de ojos que los abuelitos se dirigían.

—Pero, ¿qué tenéis? ¿Qué cosa tan ridícula he dicho, que os provoque risa? ¿Os burláis de mí porque os haga mis cumplimientos?

—Nó, no te disgustes tan ligero, dijo Mme. Péroux, con voz conciliadora. Al contrario, agradecemos profundamente las bondades con que nos favoreces. Sólo que nos reímos..... porque creemos no merecerlas.

—¡Válgame Dios! exclamó la joven. Yo no hago más que repetir lo que todo el mundo decía á mi alrededor: «¡Qué bien le queda la casaca á su papá! ¡Qué porte tan respetable tiene! ¡Qué rostro tan agradable é inteligente! Y su mamá, ¡qué simpática con su delicioso traje verde-tierno!»

—Pero ¡qué divertido está esto, Dios mío!, decía Mme. Péroux con risa de júbilo.

—¡Qué buena es nuestra hija! ¡Qué buena! prorrumpía M. Péroux, golpeándose las piernas entre carcajadas estentóreas.

—¿Qué os ha pasado?, preguntaba con impaciencia la joven. Os encuentro como nunca; satíricos ó extravagantes.

—Pero jamás, tanto como tú, respondieron á una los esposos. Péroux continuó:

En verdad, ¿te pareció que mi casaca me quedaba muy bien?

—Perfectamente bien.

—¿Y el traje verde-tierno de tu madre?

—Le quedaba como pintado.

—¿Lo oyes, mujercita mía?

—Eso es el colmo, mi *viejito!*

Y tanto les costaba mantenerse serios, que al fin la muchacha se enfadó.

—Me habéis puesto de mal humor. Si es para burlaros de mí por lo que queréis que os relate lo que sabéis tan bien ó mejor que yo.....

—Nosotros no sabemos absolutamente nada; todo lo ignoramos, confesó papá Péroux, imperturbablemente.

—¿De manera que vais á sostenerme que ignoráis cómo quedó vuestro baile?

—Los ignoramos por completo.

—¿Cómo así? ¿Por qué?

—Por qué?..... Por la muy sencilla razón de que no estábamos en él!.....

Viendo la cara estupefacta de su hija, y sin poder sostener más tiempo la finida seriedad, padrecito y madrecita saltaban de placer, y reíanse con carcajadas como de locos.

## OH, CORAZON!

Y del cofre de oro, donde había una porción de piedras luminosas como pupilas de mujer, surgía envuelto en claridad como de día olor como de nardos y de rosas.

La duda con voz de hada de esta suerte le dijo al cofre:—«Albégame; te traigo una lumbre más clara en que encenderte; yo hago feliz y poderoso y fuerte el corazón en cuyo seno arraigo.»

Y la duda en borrasca convertida, del cofre por el ámbito se eleva y mata de la fe la luz querida; ¡la fe, fuente primera de la vida en cuya onda el ideal abreva!...

Después dijo un insecto:—«Con mis galas más hermosura prestaré á tus flores y tendrás más aroma que el que exhalas; yo soy el vicio, oh, arca; en tus alcores dále un asilo á mis brillantes alas.»

Y del insecto al ponzoñoso dardo adentro, en lo más íntimo la angustia brotó, cual en el monte estéril cardo.... ¡Ya la inocencia es un marchito nardo! ¡Ya la virtud es una rosa mustia!....

La gema azul de la ilusión ha muerto; la verde, la esperanza, ya no existe; con mis orientes fúlgidos no acierto, son pupilas sin luz!.... El cofre abierto es una mina abandonada y triste.

Oh, pobre corazón, oh, cofre de oro nada, nada te queda; estás vacío! ¿Qué vivió tu magnífico tesoro? Lo que vive en el cielo un meteoro, lo que vive una flor, corazón mío!

VICTOR M. RACAMONDE.

1902.



PESCADORES. — Cuadro de C. Maroniez



UN PANICO. — Por A. Gaudetroy



EN ORACION

## EL GALLO DE SÓCRATES



RITÓN, después de cerrar la boca y los ojos al maestro, dejó á los demás discípulos en torno del cadáver, y salió de la cárcel, dispuesto á cumplir lo

más pronto posible el último encargo que Sócrates le había hecho, tal vez burla burlando, pero que él tomaba al pie de la letra en la duda de si era serio ó no era serio. Sócrates, al espirar, descubriéndose, pues ya estaba cubierto para esconder á sus discípulos, el espectáculo vulgar y triste de la agonía, había dicho, y fueron sus últimas palabras:

—Critón, debemos un gallo á Esculapio, no te olvides de pagar esta deuda.— Y no habló más.

Para Critón aquella recomendación era sagrada: no quería analizar, no quería examinar si era más verosímil que Sócrates sólo hubiera querido decir un chiste, algo irónico tal vez, ó si se trataba de la última voluntad del maestro, de su último deseo. ¿No había sido siempre Sócrates, pese á la calumnia de Anito y Melito, respetuoso para con el culto popular, la religión oficial? Cierta que les daba á los mitos (que Critón no llamaba así, por supuesto) un carácter simbólico, filosófico muy sublime é ideal; pero entre poéticas y trascendentales paráfrasis, ello era que respetaba la fe de los griegos, la religión positiva, el culto del Estado. Bien lo demostraba un hermoso episodio de su último discurso, (pues Critón notaba que Sócrates á veces, á pesar de su sistema de preguntas y respuestas se olvidaba de los interlocutores,

y hablaba largo y tendido y muy por lo florido).

Había pintado las maravillas del otro mundo con pormenores topográficos que más tenían de tradicional imaginación que de rigurosa dialéctica y austera filosofía.

Y Sócrates no había dicho que él no creyese en todo aquello, aunque tampoco afirmaba la realidad de lo descrito con la obstinada seguridad de un fanático; pero esto no era de extrañar en quien, aun respecto de las propias ideas, como las que había expuesto para defender la inmortalidad del alma, admitía con abnegación de las ilusiones y del orgullo, la posibilidad metafísica de que las cosas no fueran como él se las figuraba. En fin, que Critón no creía contradecir el sistema ni la conducta del maestro, buscando cuanto antes un gallo para ofrecérselo al dios de la Medicina.

En cuanto Critón se alejó unos cien pasos de la prisión de Sócrates, vió, sobre una tapia, en una especie de plazuela solitaria, un gallo rozagante, de espléndido plumaje. Acababa de saltar desde un huerto al caballete de aquel muro, y se preparaba á saltar á la calle. Era un gallo que huía; un gallo que se emancipaba de alguna triste esclavitud.

Conoció Critón el intento del ave de corral, y esperó á que saltase á la plazuela para perseguirle y cogerle. Se le había metido en la cabeza (porque el hombre, en empezando á transigir con ideas y sentimientos religiosos que no encuentra racionales, no para hasta la superstición más pueril) que el gallo aquel, y no otro, era el que Esculapio, ó sea Asclepius, quería que se le sacrificase. La casualidad del encuentro ya lo achacaba Critón á voluntad de los dioses.

Al parecer, el gallo no era del mismo modo de pensar; porque en cuanto notó que un hombre le perseguía comenzó á correr batiendo las alas y cacareando por

lo bajo, muy incomodado sin duda.

Conocía el bipedo perfectamente al que le perseguía de haberle visto no pocas veces en el huerto de su amo discutiendo sin fin acerca del amor, la elocuencia, la belleza, etc., etc; mientras él, el gallo, seducía cien gallinas en cinco minutos, sin tanta filosofía.

«Pero buena cosa es, iba pensando el gallo, mientras corría y se disponía á volar, lo que pudiera, si el peligro arreciaba; buena cosa es que estos sabios que aborrezco se han de empeñar en tenerme por suyo, contra todas las leyes naturales, que ellos debieran conocer. Bonito fuera que después de librarme de la inaguantable esclavitud en que me tenía Gorgias, cayera inmediatamente en poder de este pobre diablo, pensador de segunda mano y mucho menos divertido que el parlanchín de mi amo».

Corría el gallo y le iba á los alcances el filósofo. Cuando ya iba á echarle mano, el gallo batió las alas, y, dígame de un vuelo, dígame de un brinco, se puso, por esfuerzo supremo del pánico, encima de la cabeza de una estatua que representaba nada menos que Atenea.

—¡Oh, gallo irreverente!—gritó el filósofo, ya fanático inquisitorial, y perdónese el anacronismo.—Y acallando con un sofisma pseudo-piadoso los gritos de la honrada conciencia *natural* que le decía: «no robes ese gallo», pensó: «Ahora si que, por el sacrificio, mereces la muerte. Serás mío, irás al sacrificio».

Y el filósofo se ponía de puntillas; se estiraba cuanto podía, daba saltos cortos, ridículos; pero todo en vano.

—¡Oh, filósofo idealista, de imitación!—dijo el gallo en griego digno del mismo Gorgias;—no te molestes, no volaras ni lo que vuelas un gallo. ¿Qué? ¿Te espanta que yo sepa hablar? Pues ¿no me conoces? Soy el gallo del corral de Gorgias. Yo te conozco á tí. Eres una sombra. La sombra de un muerto. Es el destino de los discípulos que sobreviven á los maestros. Quedan acá, á manera de larvas, para asustar á la gente menuda. Muere el soñador inspirado y quedan los discípulos alicortos que hacen de la poética idealidad del sublime vidente una causa más del miedo, una tristeza más para el mundo, una superstición que se petrifica.

—¡Silencio, gallo! En nombre de la Idea de tu género, la naturaleza te manda que calles».

—Yo hablo, y tú cacareas la Idea. Oye, hablo sin permiso de la Idea de mi género y por habilidad de mi individuo. De tanto oír hablar de Retórica, es decir, del arte de hablar por hablar, aprendí algo del oficio.

—¿Y pagas al maestro huyendo de su lado, dejando su casa, renegando de su poder?

—Gorgias es tan loco, si bien más ameno, como tú. No se puede vivir junto á semejante hombre. Todo lo prueba; y eso aturde, cansa. El que *demuestra*



EN LA CACERIA. — Cuadro de P. Tavernier

toda la vida, la deja hueca. Saber el por qué de todo es quedarse con la geometría de las cosas y sin la substancia de nada. Reducir el mundo á una ecuación es dejarlo sin pies ni cabeza. Mira, vete, porque puedo estar diciendo cosas así setenta días con setenta noches: recuerda que soy el gallo de Gorgias, el sofista.

—Bueno, pues por sofista, por sacrilego y porque Zeus lo quiere, vas á morir. ¡Date!

—¡Nones! No ha nacido el idealista de segunda mesa que me ponga la mano encima. Pero, ¿á qué viene esto? ¿Qué crueldad es esta? ¿Por qué me persigues?

—Porque Sócrates al morir me encargó que sacrificara un gallo á Esculapio, en acción de gracias porque le daba la salud verdadera, librándole por la muerte, de todos los males.

—¿Dijo Sócrates todo eso?

—No; dijo que debíamos un gallo á Esculapio.

—De modo que lo demás te lo figuras tú.

—¿Y qué otro sentido, pueden tener esas palabras?

—El más benéfico. El que no cueste sangre ni cueste errores. Matarme á mí para contentar á un dios, en que Sócrates no creía, es ofender á Sócrates, insultar á los Dioses verdaderos... y hacerme á mí, que sí existo, y soy inocente, un daño inconmensurable; pues no sabemos ni todo el dolor ni todo el perjuicio que puede haber en la misteriosa muerte.

—Pues Sócrates y Zeus quieren tu sacrificio.

—Repara que Sócrates habló con ironía, con la ironía serena y sin hiel del genio. Su alma grande podía, sin peli-

gro, divertirse con el juego sublime de imaginar armónicos la razón y los ensueños populares. Sócrates, y todos los creadores de vida nueva espiritual, hablan por símbolos, son retóricos, cuando, *familiarizados* con el misterio, respetando en él lo inefable, le dan figura poética en formas. El amor divino de lo absoluto tiene ese modo de besar su alma. Pero, repara cuando dejan este juego sublime, y dan lecciones al mundo, cuán austeras, lacónicas, desligadas de toda inútil imagen con sus máximas y sus preceptos de moral.

—Gallo de Gorgias, calla y muere.

—Discípulo indigno, vete y calla; calla siempre. Eres indigno de los de tu ralea. Todos iguales. Discípulos del genio, testigos sordos y ciegos del sublime soliloquio de una conciencia superior; por ilusión suya y vuestra, creéis inmortalizar el perfume de su alma, cuando embalsamáis con drogas y por recetas su doctrina. Hacéis del muerto una momia para tener un idolo. Petrificáis la idea, y el sutil pensamiento lo utilizáis como filo que hace correr la sangre. Sí; eres símbolo de la triste humanidad sectaria. De las últimas palabras de un santo y de un sabio sacas por primera consecuencia la sangre de un gallo. Si Sócrates hubiera nacido para confirmar las supersticiones de su pueblo, ni hubiera muerto por lo que murió, ni hubiera sido el santo de la filosofía. Sócrates no creía en Esculapio, ni era capaz de matar una mosca, y menos un gallo, por seguirle el humor al vulgo.

—Yo á las palabras me atengo. Date...

Critón buscó una piedra, apuntó á la cabeza, y de la cresta del gallo salió la sangre....

El gallo de Gorgias *perdió el sentido*, y al caer cantó por el aire, diciendo:

—¡Quiquiriquí! Cúmplase el destino; hágase en mí según la voluntad de los imbéciles.

Por la frente de jaspe de Palas Atenea resbalaba la sangre del gallo.

LEOPOLDO ALAS.  
(Clarín).

#### VERSOS DE BYRNE

Por el año de 1894 vivía yo en Philadelphia. Era el Cónsul de Venezuela en la antigua ciudad puritana. Amigo inseparable del allí Cónsul de México, leía á menudo la prensa de aquella República, que el Cónsul me prestaba. Leía sobre todo con placer *El Siglo XIX*, periódico liberal muy interesante, en donde colaboraba D. Hilarión Frías y Soto, anciano jacobino de vigorosa inteligencia y pluma fuerte, algo como un D. Tomás Michelena de México, pero más literario.

En ese periódico advertí, por vez primera, el nombre de Bonifacio Byrne, al pie de unos versos que me impresionaron gratamente. Los versos se titulaban: *El Diablo*, si mal no recuerdo, y si mal no recuerdo rompían de este modo:

*Sí, yo lo he visto; entre las manos mías  
las tuyas oprimí más de una vez;  
y mi cómplice ha sido en las orgías  
donde embriaga el amor más que el Jerez.*

Eran los tales versos, ó á mí me lo parecieron, originales de toda originalidad y de un corte y sabor nuevos en castellano.

De España no se hable: casi todos sus poetas se repiten desde el siglo de oro, y tienen por el más alto honor pensar y escribir como pensaron y escribieron hombres de edades muertas; pero ni en América, á pesar de Martí, Gutiérrez Nájera, Casal y Dario que revolucionaron lengua y métrica, había yo gustado versos más peregrinos. Desde entonces he procurado leer por diarios y revistas versos de Byrne. Hoy cae en mis manos una obra de este poeta: *Lira y espada*. Veré por fijar las impresiones que ese volumen me ha producido.

El poeta de los versos á *El Diablo*, el cantor de *Las joyas* y otros poemitas se distingue por cierta aristocracia nativa de forma, por una molición elegante, no sé qué de encantadora femineidad, y la preocupación—ó tendencia innata—de trovar lo delicado, noble y exquisito. Esa musa rara, no extravagante, es de lo menos americano que puede imaginarse. Tampoco es muy francesa ó española.

Byrne es apellido inglés. Quizás haya en este poeta, conocida de él ó no, alguna influencia atávica de raza no latina, influencia más ó menos remota, pero latente. No es sin embargo, en mi sentir, inglesa el alma de su musa sino más bien alemana. Del espíritu lírico inglés no me parece que Byrne tenga, y de las personalidades de esa lírica nada tiene: no se parece á Shelly, ni á Keats, ni á Hood, ni á Kent, ni á Byron. Sutilizando mucho, mucho, y á juzgar sólo á Byrne por algunos poemas, como *El huérfano*, acaso pudiera buscársele un vago y remoto abolengo en aquella Musa que pone en boca de una chicuela inmortal, la enrevesada y divina cuenta de *We are seven*. Pero es probable que Byrne apenas conozca á Wordsworth. En cambio, del romanticismo alemán sí tiene; tiene el claro de luna, la sensación convertida en cuento y pintada como un cuadrado lírico, el poemín corto y vagaroso, el verso de arte menor, que suena como los metros populares de Alemania, los metros amados del *lied*. Además Byrne canta como el malogrado Koerner: *la lira y la espada*. A este vago germanismo, tan vago que muchos pueden negarlo, júntese el rayito de sol cubano, la cultura latina; y hé ahí al poeta.

¿Es este poeta de *Lira y espada*, el Byrne que yo conocía? ¿Ha sido Byrne, en su última obra, fiel á sí mismo? ¿Continúa andando el caminito del Parnaso, el caminito que él desmontó primero?

Nicolás Heredia, crítico muy juicioso que por desgracia acaba de morir, se pronuncia por la negativa, en el Prólogo de la obra. Describe Heredia la evolución intelectual de Byrne, acordada con el movimiento de independencia cubana; y lo transforma en Tirteo y lo apellida *el poeta de la guerra*.

Heredia conoce mejor que nadie á este poeta y además es un maestro de la crítica. Perdónenme sus manes; pero yo creo que ningún poeta es menos tirteico y quintanesco que Bonifacio Byrne, á pesar de cantar cosas y gentes de guerra, patria y bandera marciales. Ni tampoco imagino que haya evolucionado en el sentido de transformación radical. Sólo me parece que solicitó su espíritu por la influencia de un medio nuevo, como fue el de la Revolución; movido por las pasiones propias y por las circunstancias, encendidas en la hoguera política, el poe-

ta cantó sus pasiones y su medio, pres-tándole á las cosas efímeras aquel anti-guo y secreto encanto suyo, aquel sabor y misterio de cosa añeja y velada. Cuando el poeta no obedece a su instinto, cuando da la razón á Heredia, cuando se hace «continuador de Quintero y no de Zenea,» cuando *evoluciona*, entonces fracasa. Diganlo si no las composiciones iniciales del libro, como *Excelsior! El Deber*, *Sobre el escudo*, y otros pindarismos y chocheses que no valen nada, y que no escasean en el volumen. Pero cuando es sincero ¡qué poeta! Byrne ha creado en América un género especial de arte: el arte de cantar la guerra sin cañones, sin pomposidades de rima ni tronameta de fusilería, sino por medio de cuadros, de brochazos sugestivos. Así *El Cabecilla*. A menudo no pinta el horror sino la dulzura muerta ó desaparecida. Y el alma se pone á suspirar por esa dulzura. Hay un poemín de fondo amargo que, salvo algún descuido en la ejecución, es primoroso. Se llama *Los tres lutos*. Un mancho patriota corrió á la guerra en su caballo blanco: tres mujeres lo despidieron, entre lágrimas. Al cabo de un tiempo vuelve el caballo blanco, sin el ginete, con un mensaje doloroso. Las mujeres visten luto:

*El de la novia duró tres meses;  
el de la hermana duró tres años;  
el de la madre..... duró hasta el día  
que al cementerio se la llevaron.*

Dícese que Weyler ordenó flajelar á varias cubanitas para que bailasen en su presencia. Un poeta del montón, enfrente de semejante neroniada, hubiera maldecido á Weyler y á España en oda tremebunda con notas explicativas y demás prolijidades del buen tiempo viejo. Byrne se contenta con una trimurti de estrofas:

#### EL BAILE

Con un látigo en la mano  
á tres jóvenes hermosas  
hace bailar el tirano;  
parecen tres mariposas  
volando junto á un pantano.

Las desnuda, las abraza,  
por el talle las enlaza,  
y si airadas huyen de él,  
al punto el látigo traza  
un surco rojo en la piel.

Encarnadas las mejillas,  
inermes como avecillas,  
al suelo cayeron yertas:  
¡y cayeron de rodillas,  
y las tres cayeron muertas!

Este poemita es casi una flor de Antología. Ese poeta es un poeta exquisito. Byrne será *el poeta de la guerra*, pero á su modo. Lo que se advierte en su libro es que se prodiga demasiado, y ensaya muchas veredas del Parnaso, como para justificar á Heredia; pero pronto vuelve á su caminito de antaño, pronto vuelve á encontrarse á sí mismo, deliberada ó instintivamente. Es la persistencia de ese yo lo que me sostiene para afirmar que no hubo la anunciada evolución, sino meras descarrilladas, ó si se quiere, descarriladuras.

Una de las cualidades eminentes del verdadero bardo es la de poder cristalizar la emoción en la estrofa. Mientras más honda, más exquisita, más sincera sea la emoción, y más noble el verso que la contiene y guarda fresca, mayor es el poeta. Júzguese de Byrne por algunos fragmentos. Desterrado en New York, ciudad protestante, echa de menos un

día el ruido familiar de la campana católica. Véase con qué naturalidad:

Ha tiempo que no escucho una campana.  
Hace falta esa música lejana  
á mi desorientado corazón!

*Campana quejumbrosa de mi aldea,  
dichoso habrá de ser el que te vea  
y más dichoso quien te pueda oír!*

Para sacarle són á las cascadas *campanas de la aldea*, campanas que han repicado todos los poetastros, se necesitan dos cosas: ser bastante ingenuo para suspirar por esas torres y esas campanas, y ser bastante artista para no ponerse en ridículo. A Byrne no le suena la campana por casualidad.

Pero la mejor de las composiciones de todo el volumen es, en mi sentir, la última del libro: *Mi bandera*. El bardo regresa del destierro luégo de triunfar la insurrección. Por fin Cuba es libre. De algo valieron la vida y la muerte de José Martí; el heroísmo de los cubanos, el hambre, la proscripción, la sangre de los patriotas, el duelo de los hogares, la agonia de tantos luengos años. Por fin Cuba es libre! Ya no más bandera española; ya no más bandera extraña. El bardo quiere, desde el buque en donde viene del ostracismo, ver su bandera, su bandera cubana. Pero cuál es su dolor, cómo grita un grito sublime de hermosura, de honor, de sinceridad, cuando mira otra bandera junto á la suya, otra bandera extraña, la bandera de los yanquis.

*Al volver de distante ribera,  
con el alma enlutada y sombría,  
afanso busqué mi bandera  
y otra he visto, además de la mía.*

*¿Dónde está mi bandera cubana  
la bandera más bella que existe?  
Desde el buque la ví esta mañana  
y no he visto una cosa más triste.*

*Aunque lánguida y triste tremola,  
mi ambición es que el Sol con su lumbre  
la ilumine ó ella sola, ó ella sola,  
en el llano, en el mar, en la cumbre.*

Bendito sea este poeta! Si tu bandera sola debe flotar sobre tu isla! ¿Qué busca ahí, en tierra latina de América, esa bandera extraña, cobija de rapacidades y amparo de la codicia? Qué! ¿No basta comprar la libertad á costa de sacrificios? ¿No basta merecerla?

Esa mano extranjera tendida á Cuba quiere ahora trocarse en la mano fatídica del Comendador, de Zorrilla; en la mano de aquel,

*buen viejo, barbas de piedra,*

en *El burlador*, de Tirso.

El poeta lo columbra y protesta. Acaso tales versos hayan movido un poco el alma cubana á ver por no dejarse arrebatar sus triunfos, sus ilusiones, su derecho á la vida; acaso tenga la trascendencia de una batalla ese poemita.

Cuba se miró siempre separada de nosotros los americano-latinos. Primero fue España, quien á intento de matar en Cuba todo anhelo de liberarse, nos pintaba á los ojos de la Isla, con los más negros colores. Ahora los Estados Unidos continúan esa política. Por donde Cuba ignora, ó poco menos, que su causa la hacemos nuestra. Ciertos americanos, sobre todo aquellos que somos legatarios de los ideales de Bolívar, vemos hermanos en los latinos de todo el continente y las Antillas, y tenemos por la gran pa-



JAMÁS EN PAZ. — Cuadro de H. C. Gourse

tria común, la gran patria de América, desde Méjico hasta Chile, hasta Uruguay y la Argentina.

¿Por qué,—pensará Cuba,—por qué esa América hermana me abandonó á mis propios esfuerzos en la lucha con la Península?

Ese ha sido uno de los grandes errores de la política hispano-americana. A Venezuela también la abandonaron en su conflicto de Guayana con Inglaterra. Venezuela acudió, lo primero, á Hispano América, en demanda de un auxilio puramente moral. A excepción de Chile, Guatemala, Colombia y Ecuador los demás países contestaron tarde ó desabridamente, ó no contestaron. ¿Cuál es la secuencia de tan inconsulta é imprevisora política? Venezuela, como Cuba, acudió á los Estados Unidos, y este pueblo, anhelante de preponderancia, ávido de dominación continental, corrió el albur, y su ayuda fue como puente sobre el abismo de sangre donde pudieron ahogarse nuestro derecho y la codicia británica.

Después nos extrañamos en Hispano-América de los apetitos yanquis, cuando nuestra loca política de aislamiento, de no solidaridad, ha contribuido á desperarlos.

Mucho más pudiera decirse de Bonifacio Byrne. Su libro último, reducido á la mitad, ganaría bastante. Si no fuera Byrne tan pródigo de su talento no diera fácil asidero á la crítica. Así, con todo, de entre los poetas vivos, acaso no haya en América ninguno que, en cierto linaje de poesía, lo iguale ni menos lo supere.

R. BLANCO FOMBONA.

Amsterdam, 1902.

## UN ESCARMIENTO



damente las turbias aguas del Neverí, salido de madre á causa de las primeras lluvias del invierno. Caía el crepúsculo vespertino y junto con las sombras precursoras de la noche parecía caer sobre el universo, invitándolo al descanso, esa necesidad imperiosa del silencio que en esa hora única calla el canto de las aves en la enramada, hace triste y como tímido el reclamo del toro que llama á la vacada para entregarse al reposo y lleva al cerebro del hombre la meditación. Trepado en el palo único de nuestra barca y vigilando los grupos de raquítica vegetación que á veces bordeaban las peladas riberas, un chico nos servía de atalaya en previsión de una emboscada. Todos teníamos la vista fija en un punto dado del paisaje. El pensamiento, sugestionado también por la hora y el medio, se fijaba tenazmente en un mismo episodio, en alguna dulce memoria del hogar lejano, de la amada ausente, de la madrecita acongojada y llorosa cuyas manos, al partir, se posaron temblorosas en nuestras frentes, como

STED permite, Jefe?

Río abajo flotaba rápidamente la piragua, impulsada por el esfuerzo de diez canaletes que hendían acompasadamente

para implorar y hacer bajar sobre nosotros la protección divina junto con la bendición postrera, pronunciando con voz que era un sollozo ¡mater dolorosa! la plegaria nunca oída, el voto jamás logrado de las angustiadas mujeres venezolanas:

—Dios te guarde, hijo de mi vida, y ojalá sea esta la última vez que mal entendidos deberes te llamen al combate, á verter la sangre de tus hermanos, á dejar á otras madres sin hijos, á otros hijos sin padres!

Era por eso que en la embarcación que nos llevaba á la batalla, á la muerte quizás, callábamos todos y hasta los bogas cumplían su tarea *respetuosamente* haciendo el menor ruido posible, impresionados por la agonía lenta de la luz que nos recordaba la agonía de la Patria, no menos lenta y segura, no menos roja, causada por la ambición y la maldad. Por eso, en aquellos momentos, me sorprendió la tímida pregunta:

—¿Usted permite, Jefe?

Mi interlocutor, que estaba tendido á mis pies y era un soldado, un niño por la edad, tenía en las manos un *cuatro*, la guitarra indígena cuyos melodiosos acordes forman nuestra música popular. La simpática fisonomía del mozo me obligó á concederle, muy á pesar de mis recónditas preferencias, un permiso que venía á romper la quietud que tanto favorecía la deliciosa é íntima comunión que en aquellos momentos celebraba con el recuerdo de los seres queridos ausentes y los sucesos pasados.

Cantó el muchacho la melancólica trova de nuestro desgraciado pueblo. La choza abandonada, la cosecha perdida, la

la madre sin apoyo, y la novia infiel, cansada de esperar al novio reclutado por la fuerza para salir á defender ideas é intereses que le eran completamente indiferentes. Cantó también el rústico artista sus modestas aspiraciones: paz para trabajar tranquilo y vivir contento bajo su techo de hojas. La tripulación repetía el coro. Aquello resultaba, por su misma sencillez, conmovedor. Cesó el canto y volvió el silencio á reinar en las cosas y el pensamiento en los hombres.

Interrogué en voz baja al muchacho. Su historia era tan corta como vulgar el drama que empezaba á diseñarse en ella. Hijo único de una viuda cuyo esposo había perecido en la última guerra, sostenía á su vieja con el producto de un conuco que cultivaba sin descanso, animado por la esperanza de ganar unos reales que necesitaba para casarse con la hija de una vecina, cuyo padre también había perecido á manos de los regeneradores de la Patria. Ya se preparaba á recoger la cosecha que representaba la realización de su propósito, cuando estalló la guerra y un general Peralta, cacique de aquellas comarcas, que por más señas, era muy libertino y había estado persiguiendo sin resultados á su novia, lo reclutó quieras que no y se lo trajo á servir al Gobierno, sin duda para que se arruinara su conuco y á ver si una bala liquidaba la cuenta que tenían pendiente. Por un paisano que era oficial del Peralta, había sabido que este estaba solicitando una licencia para regresarse á su casa, pretextando tener una pierna inútil.

—Yo sé cuales son las intenciones de ese viejo vagabundo y le juro, mi Jefe, terminé besando una cruz hecha con el dedo gordo y el índice de la rugosa diestra, que me deserto y uno de los dos va á sobrar en mi tierra. Como ese hombre es Jefe, á él le darán licencia y real para que se vaya con comodidad y á mí, que soy un nadie, me darán unos palos; pero lo tengo resuelto. Si lo licencian, me deserto!

La piragua, cargada de pasiones, de temores y esperanzas, seguía tranquilamente aguas abajo llevando á su destino, al triunfo ó á la derrota, á matar ó á morir, á aquel grupo de hombres armados para la lucha fratricida, vampiro devorador de las energías del terruño y exangüe!

\* \*

La confianza de Juan, nombre del recluta, me inspiró la resolución de remediar siquiera aquel infortunio, ya que no me era posible hacer lo mismo con los diversos que á cada momento descubría en la existencia diaria de aquella multitud anónima y sufrida que nos rodeaba y constituía el ejército levantado por nosotros para defender un poder que la ambición pretendía arrebatarlos. Le prometí que al llegar al cuartel general obtendría de nuestro Jefe que lo destinase á mi servicio privado y entonces, como ya no formaría parte del ejército activo, me sería fácil licenciarlo y se embarcaría para su tierra por la primera oportunidad. Apenas logró murmurar algunas frases de gratitud; sus ojos se llenaron de lágrimas y comprendí que, á no ser por esa dignidad instintiva que aun en su esclavitud conserva nuestro tiranizado pueblo, aquel hombre me habría besado la diestra que le tendí y que tocó apenas, como es costumbre entre nuestros campesinos que ig-

noran el vigoroso *shake hand* que hemos importado de Inglaterra.

Los azares de la campaña separándonos por algunos días, me impidieron llevar á cabo mi plan.

Llegó la orden de reconcentración y la madrugada del cinco de Julio, fecha de nuestra independencia, me encontré á caballo, al frente de un piquete montado y ya en las inmediaciones del pueblo designado para cuartel general. Junto con las alegres dianas que saludaban el nuevo día, retumbó una especie de trueno lejano que no podía engañar nuestros oídos: cantaba el mauser....

—¿Será un ataque? pregunté.

—Imposible, contestó alguno. Por aquí no hay enemigos y además, se trata de una descarga en todo el centro de la plaza y no de un tiroteo. Ese es algún pobre diablo á quien han pasaportado con cuatro tiros.

Una angustia súbita é irresistible me oprimió el corazón obligándome á lanzar mi caballo á galope en dirección al pueblo.

En las afueras de la población estaba un retén. Allí me informaron que se trataba de un escarmiento; un desertor á quien habían apaleado primero y fusilado después al són de las dianas matutinas, para ejemplo del ejército.

Volé al lugar de la ejecución. Allí estaba Juan, descubierto el ancho pecho perforado por las balas y mirando al cielo con sus grandes ojos muy abiertos, que parecían buscar en otros mundos el porqué de las humanas injusticias. La desgarrada camisa blanca estaba manchada con la sangre que corría aún, llevándose en sus negras ondas la vida del sin ventura!

Sobre aquella carne todavía tibia, se veían los restos de un escapulario hecho pedazos, del cual se escapaban unos cabellos blancos, de la madre, y unos cabellos negros, de la novia, que acaso una bala piadosa quiso salvar de todo contacto profano, enterrándolos para siempre en el corazón humilde que solo había latido para amar á aquellas dos mujeres.

Cerca del suplicado, que por orden de la autoridad militar debía permanecer insepulto algunas horas, daban vuelta varios soldados, contemplando al difunto con esa mirada vaga de terror que sirve al hombre para expresar el sentimiento que hace que las reses mujan y se lamenten circulando alrededor de la sangre derramada de alguno de sus semejantes.

Del fondo de mi corazón brotó una lágrima, solitaria y candente, en la cual se condensaban todas mis rebeldías, toda mi desesperación ante la suerte del pueblo-mártir representado por el muchacho muerto. Quise recordar una oración y á mis labios subió una blasfemia.

En el Estado Mayor supe que el valeroso general Peralta, muy embromado con sus males, había tenido que pedir una licencia partiendo hacia dos días acompañado de una buena escolta. Detrás de él quedaba la muerte y á compás de su cómoda mula de viaje marchaba la deshonra. ¡Así es la vida!

S. BARCELÓ.

1902.



OMO genio poético notable por el estilo especial y por la concepción nada común, siempre encontrará su nombre un grupo en todas las generaciones, que le distingua entre las celebridades que personifican las épocas gloriosas de la literatura norteamericana.

Y no puede ser de otro modo, porque Poe es la imaginación más levantada de su tiempo, el hombre más soñador, la naturaleza en que concurren más rarezas á determinar al individuo y al poeta con rasgos originalísimos.

Las producciones de Poe llevan todas el sello de su personalidad. Sus cuentos, sus dramas y sus poemas, exhiben el espíritu terco é indomable que le acompaña hasta la tumba.

Luchó á su modo, en forma por demás deplorable, arrastrado por su profunda sensibilidad nerviosa, pero procedió con sinceridad en la exposición de sus dolencias íntimas.

Para conocer á este poeta se hace necesario llegar hasta su cuna y verlo entrar al mundo. Así se explican las causas de los errores que afectan al hombre y se aprecian las claridades donde vive el artista.

¿Cómo llegan al pavés los seres que traen alguna misión que cumplir?

Las grandes figuras de la historia proceden conscientemente, surgen por el esfuerzo propio, se modelan con su sangre, sin que se eche de ver ese mérito, hasta que se destacan en medio de los hombres, como profetas, como filósofos, ó como predestinados.

Poe no posee tan elevadas cualidades, ni es precursor ni continuador de ninguna obra inmortal. Es simplemente un bardo de raza, un poeta verdadero, y ese dón es el que sobresale á la postre por encima de las locuras del hombre.

Quedó huérfano en Baltimore, la ciudad donde nació en 1811.

Un acaudalado señor de apellido Allan lo adoptó, y partió para Inglaterra con su favorecido. El niño tenía entonces cuatro años de edad.

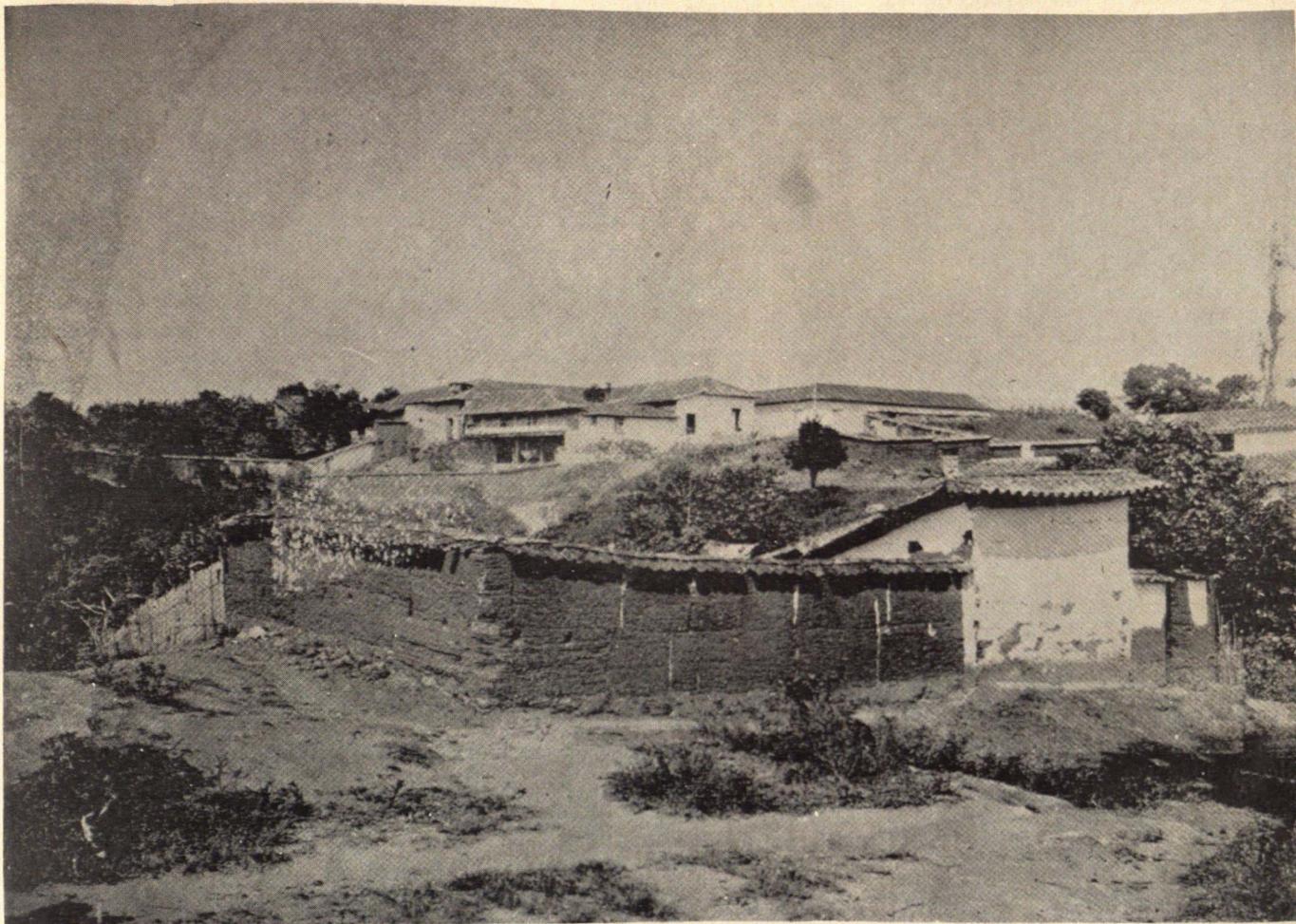
Aprendió los rudimentos de la educación escolar en un colegio de Newington, cerca de Londres, y volvió á los Estados Unidos en 1822.

Entró en la Universidad de Charlottesville, en Virginia, á cursar estudios superiores en el año de 1825.

En esta época empezó á revelarse el carácter del hombre y las inclinaciones del futuro poeta.

El régimen universitario pugnaba con sus inclinaciones. El trabajo regular le fastidiaba. Empero, dominaba sin esfuerzos las materias de estudio y respondía con acierto y despejo á las exigencias de la cátedra.

Dotado de una imaginación exuberante en la cual ejercía poca influencia la paternidad del señor Allan, el estudiante exageró sus informes pensamientos y se convirtió en un calavera.



SAN CRISTOBAL · Barrio Guzmán

Irascible, orgulloso y sin freno, no respetaba á su bienhechor ni á sus catedráticos. Y fue tal su majadera altanería que al fin le expulsaron de las aulas.

La guerra de Grecia llamaba entonces la atención del mundo, y donde quiera se organizaban expediciones para socorrer á los griegos.

En esos días se preparaba una en los Estados Unidos con el citado fin y Poe se alistó en ella como voluntario.

Sería difícil explicar los móviles que le indujeron á tomar semejante resolución; y es de creer que pudo menos en su ánimo la ambición de brillar, que la sed de aventuras y de sensaciones violentas.

Es lo cierto, después de todo, que desapareció sin que nadie supiera de su paradero, hasta que la prensa rusa dió á luz la noticia de hallarse detenido en una prisión de San Petersburgo debido á su vida escandalosa.

Un sacerdote protestante, compatriota suyo, obtuvo su libertad y le facilitó medios de volver á los Estados Unidos.

Mr. Allan lo acogió nuevamente y le abrió con su influencia las puertas de la Academia Militar de *West Point*.

Mas, todo fue inútil; Poe no podía ya consagrarse al estudio, ni sujetarse al hogar.

Vió con indiferencia la carrera que la protección de Mr. Allan le proporcionaba, y se hizo arrojar para siempre de la casa paterna por su carácter insufrible.

Cumplía 18 años cuando quedó desheredado y sin el calor de la única persona que veía por él.

Entonces fue cuando se dió á conocer como poeta, con la publicación de sus primeros versos en un pequeño volumen que mereció la consideración pública.

Con el éxito alcanzado en el primer ensayo, pudo Poe, si así lo hubiera deseado, echar un velo sobre el pasado y conquistarse posición respetable entre los literatos de nota.

Pero el hombre que había despreciado la Universidad de Virginia, la Academia Militar de *West Point*, y lo que es más aún, la herencia y el cariño de su padre adoptivo, no estaba en capacidad de seguir una dirección saludable.

Por donde se puede asegurar que Poe vino al mundo á desempeñar el papel de un desequilibrado, para destacarse luego en el fondo de un po-

ma desgarrado y sombrío por obra de sus grandes cualidades poéticas.

Los aplausos que tanto halagan á la juventud, fueron para él como todos los favores que le habían prodigado en su casa, y fuera de ella: manifestaciones triviales.

Siguió la vida disipada con que estaba encariñado y le dió la espalda á las musas.

Sentó plaza de soldado en un regimiento de voluntarios, y desertó de él arrastrado por la inconstancia de su genio cuando sus jefes pensaban en mejorarle de condición.

Tras ese incidente se ignoraba la suerte que seguía. Pasado algún tiempo, estaba como olvidado, cuando aparece al frente de la redacción del *Messenger*. ¿Cómo se verificó semejante transformación? Por obra del genio poético.

Mr. Kennedy, redactor del *Baltimore Visitor*, propuso un certamen literario y ofreció dos premios, uno para la mejor composición en prosa, y el otro para el mejor poema en verso.

El jurado adjudicó los premios á los trabajos que por unanimidad los merecían, y fueron llamados los autores á recibirlos.

¡Y cuánta fué la sorpresa de Mr.

Kennedy al ver que el autor de los escritos preferidos era un joven pálido, descarnado, y sin zapatos ni camisa, la *vera effigies* del mendigo con una hermosa inteligencia!

Poe tenía entonces veinte y dos años de edad.

El Redactor del *Baltimore Visitor* se condeció de su desventura y le colocó al frente de una empresa periodística.

Así es como aparece en la ciudad de Richmond, dirigiendo el *Messenger*, después de la deserción del regimiento de voluntarios.

Su habitual inquietud le conservó poco tiempo en la citada ocupación. Abandonó la posición que había alcanzado y las comodidades que tenía, y se trasladó á Baltimore y de allí á Filadelfia.

En esta ciudad publicó en 1838 dos libros de poesías, titulados, *Tales of the Grottesque* el uno, y *The Arabesque* el otro.

En esos días contrajo matrimonio, con una prima hermana suya, que pagó caro el honor de asociar su nombre al del poeta.

Poe casado se multiplicaba en sus trabajos literarios. A propósito de su rara consagración escribía á sus pocos amigos: «soy un modelo de templanza y de orden.»

Pero lo fue por un instante. La redacción y administración de un periódico y la colaboración en otros, todo corrió la suerte de las empresas anteriores.

En adelante el poeta se transforma en crítico terrible é inclemente.

La irascibilidad del estudiante se prolonga hasta el escritor y lo hace intratable.

Ese defecto le hizo pasar por envidioso. Empero, el cargo es infundado, porque Poe podía decir con Alfredo de Musset: «Mi copa es pequeña pero bebo en ella.»

Lo que hay de cierto es, que Poe no era crítico ni hombre educado, y tales faltas afean al individuo y á sus producciones.

La sensibilidad nerviosa le elevaba á lo fantástico, á lo absurdo, y era su razón estética, en ese medio, arbitraria por fuerza.

Transformaba la realidad en formas grotescas, en alas de las ficciones más atrevidas. Así actuó la imaginación de Poe en la vida y en el arte.

En 1844 pasó á Nueva York donde estuvo á punto de contraer matrimonio con una joven que se enamoró de su extraordinaria elocuencia y elevada fantasía.

En esa ciudad publicó *The Raven*, poema superior á los dramas *Anna-bel Lee* y *Haumed Palance* que eran hasta entonces sus mejores trabajos.

Su originalidad consiste en la cadencia fonética del verso.

*El Cuervo*, *El Gusano* y *Las Campanas* son notables á este respecto, y es de advertir que el último se lo hizo pagar tres veces.

Como autor dramático es una mediocridad. Su organización constitucional le apartaba del modelo vivo y no creó por tanto, nada verdaderamente humano en el poema teatral.

El año 48 fundó una empresa periodística, en la cual, dicen sus biógrafos, pensaba hacerse de recursos, para unirse á una amiga de la infancia.

Y el 7 de octubre de 1849 murió á los treinta y ocho años de edad.

Se afirma que le recogieron ebrio en la calle y le condujeron al hospital, donde espiró. Mas, de esta noticia no hay seguridad.

Ya hemos visto al poeta triunfante al través de las miserias del hombre.

Lo hemos visto como los músicos callejeros que tocan el arpa de esquina en esquina, arrancar á su lira notas purísimas en medio de la mendicidad.

¿Qué fue como hombre de escuela? ¿Qué finalidad tiene su poesía?

Poe es ante todo poeta lírico como lo prueba su personificación en el poema *El Cuervo*.

Lo que importa poner en claro es la clase de sensibilidad que contienen sus trabajos poéticos.

Por el estudio del hombre en el poeta, llegamos á la conclusión de que el neurosismo dominaba en sus actos. En consecuencia, el amor abrasante que expone, es más bien obra de los sentidos, que resultante de un juicio estético depurado.

Quien no tuvo entereza para respetarse á sí mismo, ni guardó miramientos á nadie, si amó alguna vez, lo hizo con el desorden propio de su naturaleza.

Para semejantes seres la humanidad es un incidente y las emociones violentas y ásperas constituyen su mundo. En tal extremo está su sensibilidad, y erraría quien tomase esas notaciones, ciertamente sinceras, por la expresión de un estado psicológico normal.

El aspecto abominable de la realidad transfigurado por el arte puede ser bello, pero no sensible según el sentido que damos á la sensibilidad en este caso.

¿Cómo pudo Poe, sin estudiar, comprender los misterios de la metafísica y materializarlos, por decirlo así?

Esa es cuestión que pone en claro la fuerza prodigiosa del ingenio que se impone en definitiva por encima de las flaquezas individuales.

Poe tiene noches y días; batallaba en el garito y en la taberna, en el salón y en la prensa. En las noches se pierde el hombre incuestionablemente inútil.

Con su genio poético se honran las letras americanas.

Sobre su triste memoria se levanta la inmortalidad de *El Cuervo*.

DOMINGO B. CASTILLO.

Calderón: «La vida es sueño»  
Shakespeare: «Morir es dormir».  
Nadie dijo que es vivir  
el de este mundo pequeño.

¿Para que, pues, el empeño  
de valer mas, si se advierte  
que, hoy activa, luego inerte,  
el alma siempre dormida  
se despierta de la vida,  
para dormir en la muerte.

EUGENIO SELLÉS.

## COSAS DE LA VIDA

(Al brillante poeta Ismael E. Arciniegas)

I

Era tan bella la gentil María  
que á más de un petimetre retenía  
preso en las redes de sus dulces dones;  
bella chica, por cierto, que tenía  
además de sus gracias... dos millones.

Su blanca tez ganaba con exceso  
al armiño más puro y á la nieve,  
y en su boquita breve  
brincaba alegre y juguetón un beso.

Era de todo el mundo bien notorio,  
que en cruel desasosiego  
el corazón sensible de un tenorio  
se abrazó de sus ojos en el fuego.

No es de extrañar, por cierto,  
que alguien se hubiera muerto  
por el bello palmito de María;  
y que clavado al pie de su ventana  
pasara noche y día  
suspizando de amor un tarambana.

II

El simpático Jil era un muchacho  
alto, gallardo y de ligero bozo,  
de genio vivaracho,  
que tildaban las niñas de buen mozo;  
un chico soñador y algo poeta  
que jamás merecía una peseta.

Una tarde de estío, según creo,  
se encontró con María en el paseo.  
Los unió tanto amor desde ese día  
que el amor de Julieta y de Romeo  
un juguete de niños parecía  
junto al amor de Jil y de María.

Mas la suerte dispuso  
que aquel amor idílico cesara,  
pues el papá de la beldad se opuso  
á que con Jil la niña se casara;  
que á tiempo olió el vejete  
que el desgraciado Jil era un pobrete.

III

Y sucedió, lector, que una mañana,  
abrigando el proyecto estafalario  
de hacerse millonario,  
el amante doncel marchó á la Habana;  
jurando en su porfia  
casarse á su regreso con María.

Y en tanto que su Jil cruza las olas,  
María gime y se lamenta á solas.  
Y pasaron los meses y los años  
y la joven pensaba  
que si Jil no llegaba  
la matarian ¡ay! los desengaños.

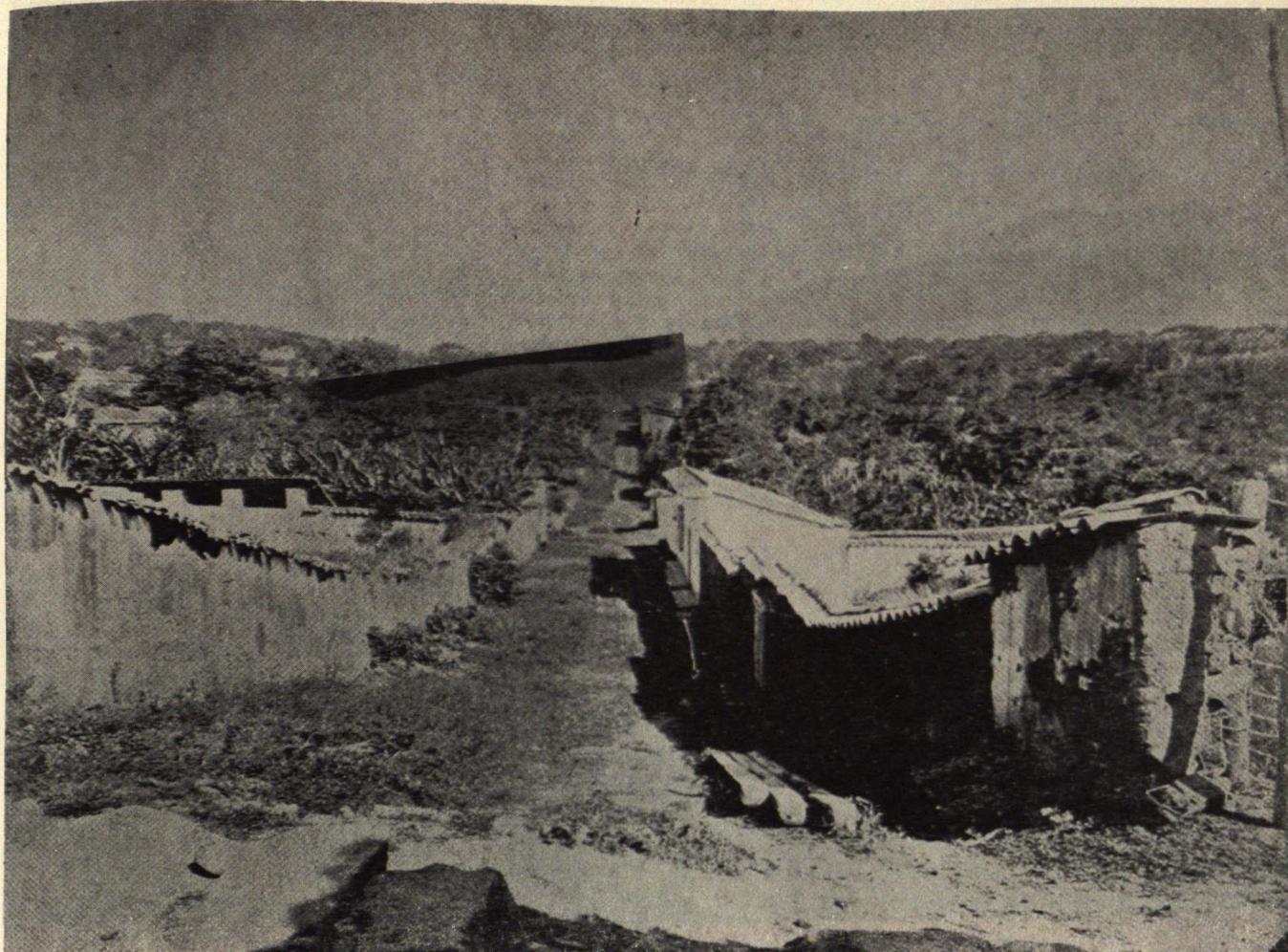
IV

Si fue invierno ó verano, no aseguro  
cuando al terruño amado  
el chico regresó, mas el perjurio  
llegó rico, es verdad... ¡pero casado!

Y al preguntar en su zozobra aguda  
por la mujer amada,  
no la encontró ¡oh, dolor! como él, casada,  
porque aquella infeliz... ¡era ya viuda!

A. MAURET CAAMAÑO.

Valparaíso.



SAN CRISTOBAL (extremos de la ciudad) Calle de la Aguacara. — Fotografía de T. V. Sánchez

## EL DIARIO DE MARIA BASHKIRTCHEFF

La lectura de dos libros, que son como una perfecta antítesis de comprensión intuitiva y de incompreensión sistemática del arte y de la vida, me ha absorbido en estos días; forman el primero mil páginas de pedantescas elucubraciones pseudo-científicas, que intituló *Degeneración* un doctor alemán, Max Nordau, y el segundo los dos volúmenes del *Diario*, del alma escrita, de Marie Bashkirtcheff, la dulcísima rusa muerta en París, de genio y de tisis, á los veinticuatro años, en un hotel de la calle de Prony.

Como un esquimal miope por un museo de mármoles griegos, lleno de Apolos gloriosos y de Venus inmortalmente bellas, Nordau se pasea por entre las obras maestras que ha producido el espíritu humano en los últimos cincuenta años. Lleva sobre los ojos gruesos lentes de vidrio negro, y en la mano una caja llena de tiquetes con los nombres de todas las manías clasificadas y enumeradas por los alienistas modernos. Detiéndose al pie de la obra maestra, compara las líneas de ésta con las de su propio ideal de belleza, la encuentra déforme, escoge un nombre que dar á la supuesta enfermedad del artista que la produjo, y pega el tiquete clasificativo sobre el mármol augusto y albo. Vistos al través de sus anteojos negros, juzgados de acuerdo con su canon estético, Rosetti es un idiota; Swinburne un degenerado superior; Verlaine un medroso degenerado, de cráneo asimétrico y cara mongoloide, vagabundo, impulsivo

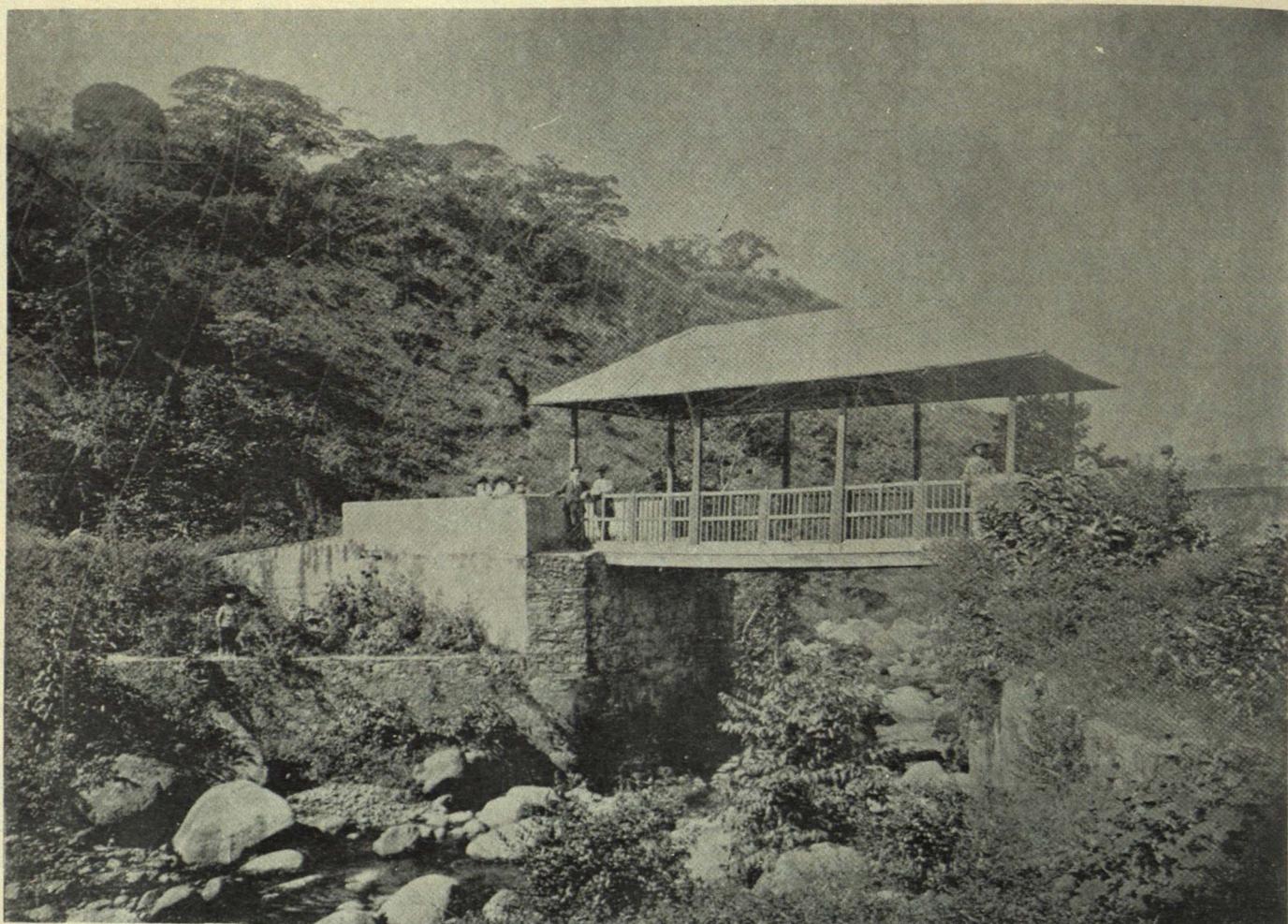
y dipsómano: Tolstoi, un degenerado místico é histórico; Baudelaire, un maniático obsceno; Wagner, el más degenerado de los degenerados, grafónomo, blasfemo, y erotómano. Dichoso clasificador de manías, que no has sentido la vida y no has encontrado en tu vocabulario técnico fórmula en qué encerrar las obras maestras de las edades muertas, oye: ¿eran neurópatas consumados los hombres del Renacimiento, cuyas obras, telas y mármoles y bronce, donde el oro y la sombra de los años acumulan misterio sobre misterio, turban á los sensitivos de hoy con el enigma cautivador de sus líneas y de sus medias tintas? Mira los Cristos dolientes y sombríos, más heridas que carne y más alma que cuerpo, que languidecen entre la sombra de los lienzos del Sodoma; interroga la sonrisa ambigua de las figuras del Vinci; respira el olor que se desprende de las telas del Valdez Leal; contempera la crueldad refinada y bárbara de la crucifixión del Españoleto; vuelve tus manos rudas hacia el fondo de los siglos, y distribuye tiquetes de clasificación patológica á esos que sintieron y expresaron lo que sienten los hombres de hoy!

Oh, grotesco doctor alemán, Zoilo de los Homeros que han cantado los dolores y las alegrías de la Psyquis eterna en este fin de siglo angustioso, tu oscuro nombre está salvado del olvido!... Pero tus rudas manos tudescas no alcanzaron á coger en su vuelo la mariposa de luz que fue el alma de la Bashkirtcheff, ni á profanar, analizándola, una sola de las páginas del *Diario*.

«Maria Bashkirtcheff—escribiste—una degenerada muerta joven, tocada de la locura moral, de un principio del delirio de las grandezas y de la persecución, y de exaltación erótica morbosa.» (*Dégénérescence*, vol. II, pág. 121). Y escrita la frase en que acumulaste cuatro entidades patológicas para definir una de las almas más vibrantes y más ardientes del tiempo presente, flotó sobre tus labios gruesos deliciosas sonrisas de satisfacción beata y estúpida!

Desde el fondo de la sencilla tumba que guarda tus cenizas en el cementerio de Passy y adonde irán los intelectuales de mañana á cubrir de flores el mármol que conserva tu nombre, desde el fondo del tiempo adonde llegarás engrandecida por la leyenda, perdona, oh muerta dulcísima! al maniático pseudo-sabio que te inmortalizó juntándote con Wagner y con Ibsen, en la expresión de su desprecio brutal!

Quiere Mauricio Barrès, en las sutiles páginas que intitula *La Leyenda de una Cosmopolita*, y en que estudia á la Bashkirtcheff, darnos de ella, ya que no un retrato definitivo, tres impresiones instantáneas de tres actitudes suyas, y nos la presenta: adolescente, en las sabanas heladas de Rusia, dejando desarrollarse en sí el vigor espiritual y sensual que animará su vida; en plena juventud, dándole por fondo al retrato los ramajes oscuros al través de los cuales vibra la música de una orquesta, al caer de la tarde, en un lugar de aguas de Bohemia; y, tocada ya por la mano fría de la tisis, que le abrillanta los ojos con fulgor artificial, y le colora las mejillas



SAN CRISTOBAL: Puente Bolívar. Fotografía de T. V. Sánchez

pálidas con la agitación de la sangre empobrecida, bajo el sol de Niza, sonriente y con el corpiño florecido por diminuto ramo de mimosas y de anémonas.

Ninguno de los negativos del idiólogo me satisface. Cierro los ojos y me la forjo así, de acuerdo con las páginas del *Diario*:

Es alta noche..... La familia, cansada de las fatigas triviales del día, duerme tranquilamente..... Ella, en el cuarto silencioso donde la rodean sus libros predilectos, Spinoza, Fichte, los más sutiles de los poetas, los más acres de los novelistas modernos, acodada sobre el escritorio, cayéndole sobre la masa de cabellos castaños la luz tibia de la lámpara, la cabeza apoyada en la mano pálida, vela y recapitula el día.

Se ha levantado á la madrugada, y al correr las persianas del balcón para procurarse una noche artificial y favorable al estudio, el paso de un grupo de obreros por la calle llena de la bruma de la madrugada y azotada por la lluvia, la ha hecho estremecerse al pensar en la suerte de esos miserables. Tras de tres horas de lectura de Balzac, en que ha vivido en comunión con aquel genio enorme, el proyecto del cuadro con que sueña, del cuadro que ha de inmortalizarla, la ha hecho ir á Sèvres, donde la espera el modelo, y allí, en el luminoso paisaje de Primavera, las manos temblándole de artística fiebre, los ojos bien abiertos para verlo todo, los nervios tendidos para realizar el milagro de trasladar al lienzo la frescura de los renuevos, la tibieza del sol que ilumina el campo, la carne sonrosada del modelo sobre la cual flotan las diáfanos sombras de las ramas de un durazno en flor, el verde hú-

medo de la yerba tierna, el morado de las violetas y el amarillo de los renúnculos que esmaltan el prado, el azul del cielo pálido en el horizonte, ha trabajado, olvidada de sí misma, en un frenesí, en una locura de arte, horas tras horas, el día entero.

Por la tarde, rendida, desencantada de la pintura hasta el fondo del alma, convencida de que serán vanos todos sus esfuerzos para alcanzar la meta soñada, hubo un instante en que tuvo que contenerse para no rasgar el lienzo en que trabajó con todas sus fuerzas. Un detalle de elegancia le hace olvidar la momentánea angustia. Doucet, el costurero, la espera para ensayarle un vestido de crespón de seda rosado que tiene por todo adorno una guirnalda de rosas de Bengala, y que han combinado ambos para que, al lucirlo ella en el próximo baile, la concurrencia, al verla atravesar el salón moderno, por entre la corrección de los fracs negros y de las blancas pecheras, tenga la ilusión de contemplar sonriente y animada por la vida la más hermosa de las pinturas de Greuze.

Y el vestido la ha entusiasmado. Por una hora se olvida de la artista, del filósofo que funciona dentro de ella y que analiza la vida á cada minuto y á quien preocupan los problemas eternos! No, ella no es eso, siente que ha nacido para reconcentrar en sí todas las gracias y los refinamientos de una civilización, que su papel verdadero, el único á la medida de sus facultades, es el de una madame Recamier, que su teatro será un salón donde se junten las inteligencias de excepción y de donde irradian la doble luz de las supremas elegancias mundanas y de las más altas especulaciones intelectuales.

Los hombres más ilustres del momento serán los huéspedes de ese centro: allí sonreirá suavemente Renán, moviendo la gran cabeza bonachona con ademán episcopal; Taine vendrá á veces y se dejará oír, un poco absorto por instantes en su incesante pensar, animado otras, preguntando en frases cortas, netas, precisas como fórmulas; Zola, ventruado y pálido, contará el plan de su novela futura; Daudet paseará por las obras de arte que destacan sus cartones sobre las viejas tapicerías desteñidas, la mirada curiosa de sus ojos de miope, y apoyará en el brocatel de los sillones la enmarañada melena de píferaro: los pintores, Bastien-Lepage, el preferido chiquitín, enérgico, chato, con su rubia barba de adolescente, Carolus Duran, con sus aires de espadachín y de Tenorio, el maestro Tony Robert Fleury, el de la dulce fisonomía árabe y los ojos dormidos, los poetas Coppée, Sully Prudhomme, Theuriet, todos ellos serán recibidos allí como en una casa del arte y se sentirán ajonjeados y mimados como por una hermana. Ella tendrá en las manos el cetro, será la Vitoria Colonna de mañana, rodeada por esa corte de pensadores y de artistas.

Oh! sueños vanos, deshechos como pompas de jabón que nacen, se coloran y revientan en el aire! Al salir de casa de Doucet, la idea de hablar con el médico que le diga la verdad respecto del mal que la está devorando, se le impone. Se ha sentido tan enferma en los últimos días, han sido tan agudos los dolores que la han atormentado, tan intensa la fiebre que le ha quemado las venas, tan profundo el decaimiento que la ha postrado por horas enteras!

En el silencio grave del salón de consultas el Esculapio la ausculta lentamente, golpea, con blandos golpecitos de las yemas de los dedos, las espaldas gráciles, aplica atento el oído sobre la piel, tersa como el raso, del busto delicado, y tras del minucioso examen prescribe cáusticos que queman el seno, aplicaciones de yodo que manchan y desfiguran, drogas odiosas, un viaje al Mediodía, que equivale á abandonarlo todo, arte, sociedad, placeres, y para justificar las prescripciones rígidas y con su frialdad de hombre de ciencia acostumbrado al dolor ajeno, suelta las frases brutales; está tísica.....el pulmón derecho destrozado por los tubérculos; el izquierdo invadido yá; esa sordera que la atormenta desde hace meses, irá aumentando; la tos que la sacude y la lastima, los insomnios atroces que la agotan, todo eso va á crecer, á tomar fuerza, á dilatarse como las llamaradas de un incendio, á acabar con ella.....

¿Que está tísica? Sí, lo sabe, lo siente. Hubo un momento en que, al salir de la casa del sabio, se abandonó al desaliento y se sintió cerca de la muerte; pero hace dos horas ha olvidado su mal. Por la gran ventana del taller, cercano al cuartico donde está ahora, se veía el cielo nocturno, de un azul tranquilo y transparente; la luz de la luna se filtraba por allí é inundaba la penumbra de su sortilegio pacificador. Sentada ella en el piano, al vibrar bajo sus dedos nerviosos el teclado de marfil, se extendía en el aire dormido la música de Beethoven, y en la semi-oscureidad, evocada por las notas dolientes del nocturno y por una lectura del *Hamlet*, flotaba, pálido y rubio, arrastrado por la melodía como por el agua pérfida del río homicida, el cadáver de Ofelia coronado de flores.....

Verdad que hace dos horas la magia de la música la hizo olvidarse de todo, de sí misma y de la tisis; pero ahora, desvanecido el encanto, sola, sentada frente al escritorio, de codos sobre éste, la luz tibia de la lámpara cayéndole sobre la masa de cabellos castaños, la cabeza apoyada en la mano delicada, ahora, al recapitular el día, la lectura de Balzac, la furia de trabajo artístico en Sèvres, el ensayo del vestido, el sueño de grandeza mundana, los momentos pasados en el piano, todo se borra ante la realidad cruel de la enfermedad que avanza, y en el gran silencio religioso de la media noche la siniestra profecía del hombre de ciencia llena, sola y oscura como un horizonte nublado, el campo de su visión interior.

—Morir, ¡Dios mío! morir así á los ve...titrés años, al comenzar á vivir, sin haber conocido el amor, única cosa que hace digna á la vida de vivirla; morir sin haber realizado la obra soñada que salvará el nombre del olvido, morir dejando el mundo sin haber satisfecho los millo-nes de curiosidades, de deseos, de ambiciones que siente dentro de sí, cuando los viajes por toda Europa y la asimilación del alma de seis pueblos sólo ha servido para desear la vida con ardor infinito y concebir planes cuya realización requeriría diez vidas de hombre. Morir así, sintiéndose el embrión de sí mismo, morir cuando se adora la vida, deshacerse, perderse en la sombra. ¡Imposible!.....

La idea de la lucha contra el mal la domina ahora..... hay que luchar..... un año destinado á vencerlo será suficiente. En plena salud, más tarde, ganará el tiempo perdido; tules diáfanos y blancuras de mimosas y camelias velarán sobre lo túrgido del seno las manchas del yodo y de los cáusticos, y el cuerpo entero ostentará la coloración suave de la sangre, vivificada por el aire tibio y salino del Mediterráneo. Hay que luchar! Hay que vivir! Hay que pintar las santas mujeres que guardan el sepulcro, la Magdalena de perfil, el codo apoyado en la rodilla derecha y la barba en la mano, con el ojo átono como si no viera nada, pegada á la piedra que cierra el sepulcro y con el brazo izquierdo caído

en una postura de infinito cansancio. En la actitud de María, de pie, tapándose la cara con las manos y con los hombros levantados por un sollozo, destacando la silueta oscura sobre el cielo plomiso del crepúsculo, debe adivinarse una explosión de lágrimas, de desesperación, de dejo, de agotamiento definitivo. A lo lejos, entre la semioscureidad de la hora trágica que esfuma los contornos de las cosas, se adivinarán las formas de los que acaban de enterrar al Cristo, y sobre el lienzo flotará la atmósfera sombría de un dolor infinito.

Hay que pintar. Hay que pintar á Margarita después del encuentro con Fausto, con el seno agitado y los ojos brillantes y las mejillas encendidas por el fuego de amor que le hacen correr por las venas las palabras del gallardo caballero. El cuadro de Sèvres no la satisface: hay que pintar otro en pleno aire, como los de Bastien, y encerrar en él un paisaje de primavera donde por sobre una orgía de tonos luminosos, de pálidos rosados, de verdes tiernos, se oigan cantos de pájaros y murmullos cristalinos de agua, y se respiren campesinos olores de savia y de nid- dos; la calle, ese canal de piedra por donde pasa

el río humano, hay que estudiarla, verla bien vista, sentirla, para trasladar al lienzo sus aspectos risueños ó sombríos, los efectos de niebla y de sol entre las líneas geométricas de las fachadas, el piso húmedo por la lluvia reciente, los follajes pobres de los árboles que crecen en la atmósfera pesada de la ciudad; y sobre el banco del *boulevard* exterior, quietas y en posturas de descanso, para sorprender en ellas, no el gesto momentáneo de la acción, sino el ritmo misterioso y la expresión de la vida, hay que pintar dos chicleas flacuchas, ajadas por la pobreza y el vicio ancestral, y un bohemio grasiento y lamentable con la cara encendida y los ojos encarnados por el uso de venenosos alcoholes, que sigue, melancólicamente, con la mirada turbia y vaga, el humo de la pipa que se está fumando; pero no, ese cuadro, por perfecto que sea, no será el desiderátum, porque está viciado de *canallera moderna*, como dice Saint-Marceaux, hay que hacer algo grande y noble.....

Concluidos esos, será Homero quien dé el tema, y se lavará los ojos de toda la vulgaridad de la vida diaria, forjando en un lienzo enorme á Alcínoo y á la Reina, sentados en el trono, en una galería de altas columnas de mármol rosado, rodeados por la Corte, mientras que Nausicaa, apoyada en una de las pilastras, oye á Ulises contar al rey sus interminables aventuras, cuyo canto ha interrumpido el viajero Demodocus, mal humorado como un poeta á quien no oyen, apoyando en las rodillas la lira y volviendo la cabeza para mirar hacia afuera.

Hay que pintar eso; hay tanto que hacer para llegar allá. Todos esos cuadros requieren estu-



FANTASIA

dios previos, composiciones complicadas, preparación de detalles, y querría estarlas haciendo ya, haberlas hecho, no perder un minuto; hay tanto que hacer y la vida es tan corta.....!

Los proyectos de escultura la fascinan porque la escultura es honrada y no engaña al ojo con los colores, ni admite farsas, ni tapujos. Modelará todo lo que sueña: una Ariadna con el pecho lleno de sollozos, moribunda de amor y de tristeza, caída sobre las arenas de la playa al ver huir en el horizonte la vela del barco que lleva á Teseo. Luego un bajo relieve colosal con seis figuras sorprendidas en actitud llena de gracia; y las esculturas serán tales, que Saint-Marceaux mismo se entusiasme, y las pinturas tendrán tal arte, que el jurado imbécil no podrá menos de darle la primera medalla en un salón próximo.

Oh, la medalla, cómo la ha deseado, cómo la desea desde hace tiempo, cómo la ha perseguido, cómo la ve en sus sueños! La medalla hará comprender que hizo bien en consagrarse á la pintura, que no se ha equivocado, que es alguien, que puede amar, pensar, vivir como viven todas, tranquila, sin atormentarse con tantas ambiciones.

Cuando se la den, podrá vivir como todo el mundo, y entonces sus fuerzas, dirigidas en otro sentido, la llevarán lejos, muy lejos; se abandonará á la delicia de sentir, la dominará una pasión profunda por un hombre superior que la entienda, irá á respirar por temporadas el aire perfumado y tibio de Niza, de San Remo, de Sorrento; volverá á España, á Toledo, á Burgos, á Córdoba, á Sevilla, cuyos nombres ennoblecen con sólo pronunciarlos; á Granada entu-

siasmarse con las policronías de las arquitecturas árabes, con los follajes frescos de los laurejes rosas y de los castaños gigantes; á Venecia, donde sube, por entre los ruinosos palacios de mármol hacia el firmamento, una fiebre sutil de los canales verdosos; á ver la melancólica fiesta que se agita en las pinturas del Típolo; á Milán, donde nacieron las creaciones del Vinci; y á Roma sobre todo, á Roma, la ciudad madre, la metrópoli, el único lugar del mundo que le ha llenado el corazón, porque al ponerse el sol tras las cúpulas de la Basílica centro de la Cristiandad, alumbraba las huellas del arte de veinticinco siglos, la complicación de la vida moderna más fastuosa y más amplia, y sugiere á las almas pensativas la fórmula de lo que será la sensibilidad de mañana.

Oh, Dios mío! y Rusia, Rusia, la madre, la patria, la tierra del nihilismo y de los zares, con su civilización tan diferente de la civilización latina, sus costumbres peculiares, su pueblo supersticioso y medio salvaje, su aristocracia gozadora, su arte propio y su singular literatura; Rusia la reclama; irá á Petersburgo, donde la recibirá la Corte; á Moscow, á Kieff, la ciudad santa, llena de catedrales y de conventos; volverá á respirar el aire que en la niñez le infundió la fiebre que la anima; y esos múltiples viajes, esas experiencias casi opuestas de la vida, las alternará con las temporadas de París, en el salón lleno de hombres de genio, con días distribuidos entre las fiestas mundanas, en las cuales seducirá á todos su elegancia, y las lecturas de filósofos y la audición de las músicas de Haendel y Beethoven, y la continuación de sus estudios, de otros estudios nuevos con que sueña, sociología, política, lenguas orientales, historia y literatura de pueblos que no conoce bien, y cuya alma se asimilará para agrandar su visión del Universo.

Pero un desfallecimiento interior la embarga..... ha sentido una picada ahí, en el punto que el médico le mostró como foco de la enfermedad que la devora, y el punzante dolor vuelve á traerla á la realidad. Ah! sí, la tos, el sudor, el insomnio, los cáusticos, las unturas de yodo, el viaje al Mediodía, el aniquilamiento, la muerte, el fin, todo eso está cerca! ¿Por qué la deja Dios morir así, en plena vida, sintiendo esa exuberancia de fuerzas, esos entusiasmos locos por verlo todo, por sentirlo todo, por comprender el Universo, su obra? ¿Por qué la deja Dios morir así, después de haber sido buena, de no haber hablado nunca mal de nadie ni proferido una queja por las amarguras que le han tocado en suerte, de haber derramado á su alrededor el oro para enjugar lágrimas, después de regalar su esmeraldada favorita para distraer en alguien, que no la quiere, el sufrimiento de un instante, después de haber llorado por los dolores ajenos, de haber llevado su piedad hasta querer á los animales humildes?

¿Por qué morir así, á los veinticuatro años, antes de vivir y cuando quiere vivir? Ah! ve Spinoza el universo como una eterna reunión de átomos, regida desde los millones de soles que arden en el fondo del infinito hasta el centro misterioso de la conciencia humana, por leyes oscuras é inmovibles, que no revelan una voluntad suprema tendiente al bien; un torbellino de átomos en que las formas surgen, se acentúan, se llenan, se deshacen para volver á la tierra y renacer en otras formas que morirán á su vez arrastradas por la corriente eterna..... Pero no, eso no puede ser, ella no admite esa teoría desolada, ella cree, la Biblia contiene las palabras que calman y confortan; los versos del salmo xci.

«Te cubrirá con sus alas poderosas; en seguridad estarás bajo su abrigo.»

le cantan en la memoria; el Salvador con la ca-

beza aureolada y los brazos abiertos camina ahora por sobre las agitadas olas negras del océano de sus pensamientos y dice las palabras suaves que le derraman en el alma una divina paz inefable:

«Bienaventurados los que tengan hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos.»

Y desfalleciente de mística emoción, mentalmente se prosterna á los pies del Divino Maestro.

La muerte viene, la muerte está cerca. Un sudor frío le moja las sienes, el cansancio la dobla, y en la claridad fría y difusa del amanecer que se filtra por los cristales y va atenuando, atenuando la luz tibia de la lámpara que alumbró la velada pensativa, siente un escalofrío que la obliga á levantarse, á absorber dos cucharadas de jarabe de opio para conciliar el sueño por una hora y á amontonar sobre el catre de bronce dorado los blandos edredones forrados en suave seda, para devolver calor á su cuerpecito endeble, minado por la tisis, que dormirá ahora en el tibio nido por breve espacio, y para siempre, dentro de unos meses, en el fondo de la tumba, bajo el césped húmedo del cementerio!...

Mañana estará levantada desde temprano, se sonreirá al contemplar en el espejo su tez aterciopelada y rósea como un durazno maduro, los grandes ojos castaños que se sonríen al mirar, la espesa cabellera que le cae sobre los hombros de graciosa curva; y ebria de vida, hambrienta de sentir, comenzará el día lleno de las mismas fiebres, de los mismos sueños, de los mismos esfuerzos y de los mismos desalientos de la víspera!

Es así como la he visto al leer el *Diario*. Esa es la composición de lugar que, para proceder de acuerdo con los métodos exaltantes de Loyola, el sutil psicólogo, he hecho para sentir todo el encanto de María Bashkirtcheff. Jamás figura alguna de virgen soñada por un poeta, Ofelia, Julieta, Virginia, Graziella, Evangelina, María, me ha parecido más ideal ni más tocante que la de la maravillosa criatura que nos dejó su alma escrita en los dos volúmenes que están abiertos ahora sobre mi mesa de trabajo, y sobre cuyas páginas cae, al través de las cortinas de gasa japonesa que velan los vidrios del balcón, la diáfana luz de esta fresca mañana de verano parisense.

\*\*

Si es cierto que el artista expresa en su obra confusos sueños que en cerebros menos poderosos existen latentes, y que por eso, sólo por eso, porque las líneas del bronce, los colores del cuadro, la música del poema, las notas de la partición realzan, pintan, expresan, cantan lo que habríamos dicho si hubiéramos sido capaces de decirlo; el amor que á la Bashkirtcheff profesamos algunos de hoy, tiene como causa verdadera é íntima que ese *Diario*, en que escribió su vida, es un espejo fiel de nuestras conciencias y de nuestra sensibilidad exacerbada.

¿Por qué has de simpatizar tú con la muerta adorable á quien Barrès venera y amamos unos cuantos, ¡oh grotesco doctor Max Nordau!, si tu fe en la ciencia miope ha suprimido en tí el sentido del misterio; si tu espíritu sin curiosidades no se apasiona por las formas más opuestas de la vida; si tus rudimentarios sentidos no requieren los refinamientos supremos de las sensaciones raras y penetrantes? ¿Qué hay de extraño, en cambio, en que un hombre á quien las veinticuatro horas del día y de la noche no le alcanzan para sentir la vida, porque querría sentirlo y saberlo todo y que, situado en el centro de la civilización europea, sueña con un París más grande, más hermoso, más rico, más perverso, más sabio, más sensual y más místico, se entusiasme con aquella que llevó en sí una activi-

dad violenta y una sensibilidad rayana en el desequilibrio?

Hay frases en el *Diario* de la rusa que traducen tan sinceramente mis emociones, mis ambiciones y mis sueños, mi vida entera, que no habría podido encontrar yo mismo fórmulas más netas para anotar mis impresiones. Escribe después de una lectura de Kant:

«No sé por donde comenzar ni á quien ni cómo preguntárselo, y me quedo así estúpida, maravillada, sin saber para dónde coger y viendo por todos lados tesoros de interés: historias de pueblos, lenguas, ciencias, toda la tierra, todo lo que no conozco, yo que querría verlo, conocerlo y aprenderlo todo junto.»

Escribe seis meses antes de morir:

«Me parece que nadie adora todo como yo; lo adoro todo, las artes, la música, los libros, la sociedad, los vestidos, el lujo, el ruido, el silencio, la tristeza, la melancolía, la risa, el amor, el frío, el calor, todas las estaciones, todos los estados atmosféricos, las sabanas heladas de Rusia y los montes de los alrededores de Nápoles, la nieve en invierno, las lluvias de otoño, la alegría y las locuras de la primavera, los tranquilos días de verano y sus noches consteladas; todo eso lo admiro y lo adoro. Todo toma á mis ojos interesantes y sublimes aspectos; querría verlo, tenerlo, abrazarlo todo, y confundida con todo, morir, no importa cuándo, dentro de dos ó dentro de treinta años, morir en un éxtasis para sentir el último misterio y el principio de una vida nueva. Para ser feliz lo necesito todo; el resto no me basta!»

Feliz tú, muerta ideal, que te llevaste del universo una visión intelectual y artística, y á quien el amor por la belleza y el pudor femenino impidieron que el entusiasmo por la vida y las curiosidades insaciables se complicaran con sensuales fiebres de goce, con la mórbida curiosidad del mal y del pecado, con la villanía de los cálculos y de las combinaciones que harán venir á las manos y acumularán en el fondo de los cofres el oro, esa alma de la vida moderna!

Feliz tú, que encerraste en los límites de un cuadro la obra de arte soñada, y diste en un libro la esencia de tu alma, si se te compara con el fanático tuyo que á los veintiséis años al escribir estas líneas, siente dentro de sí bullir y hervir millares de contradictorios impulsos encaminados á un solo fin, el mismo tuyo, poseerlo todo; feliz tú, admirable Nuestra Señora del Perpetuo Deseo!

JOSÉ ASUNCIÓN SILVA.

## FÓRMULA

Á PEDRO EMILIO COLL

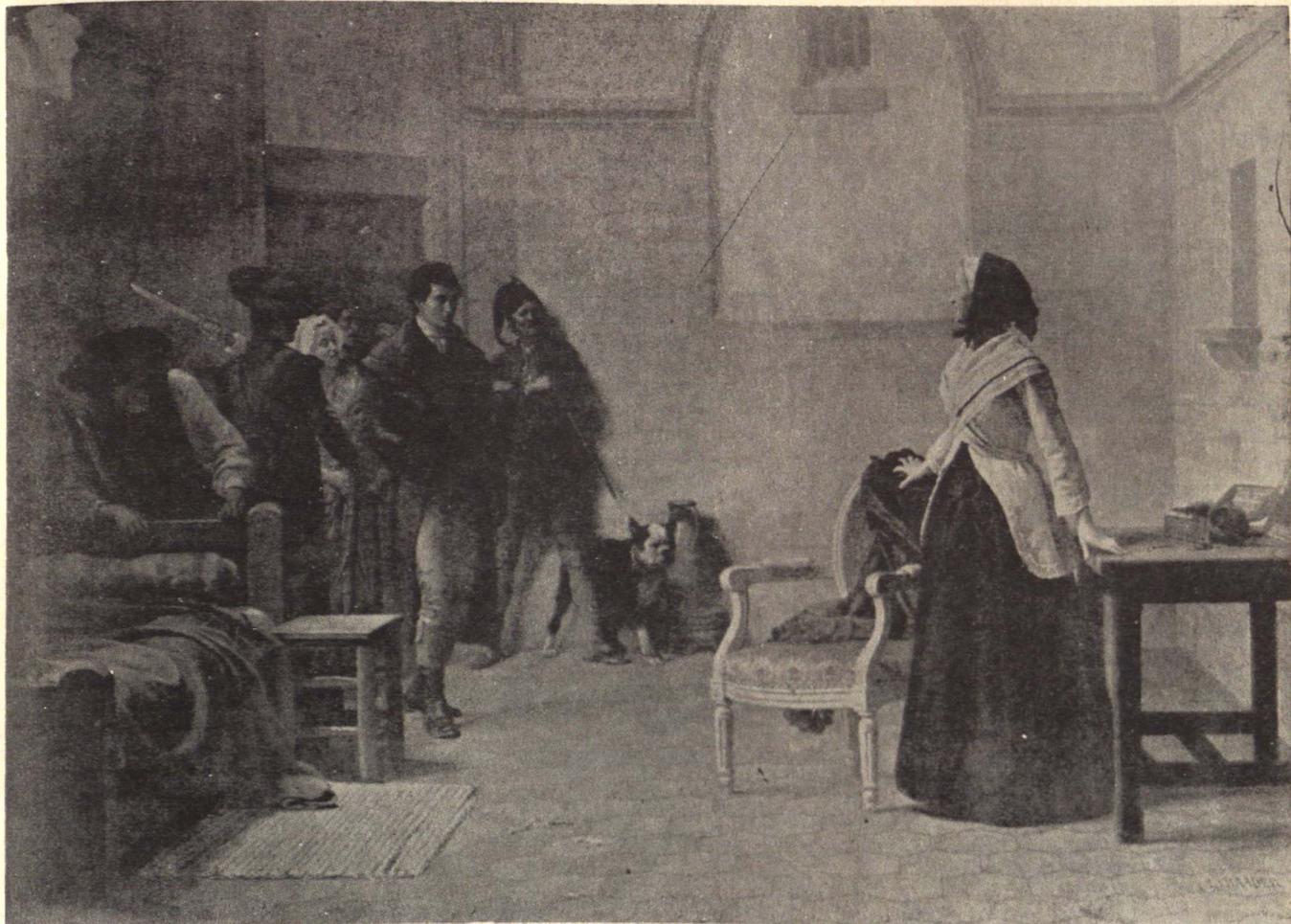
Consagra tu constancia y tu pasión, artista, á trabajar el oro de una ánfora preciosa, ya es tiempo de que enciendas tu hornaza milagrosa y que á mezclarse vuelvan tus trastos de alquimista.

Doma el oro. Procura que tu mano sedosa dé al metal, fuerte y bello, suavidad de batista, y haz que ostente esa joya la curva nunca vista de la blanca cadera de una mujer hermosa.

Con lentos golpecitos prolongados y leves cincela los encajes y los bajo-relieves, y dale al brazo corte de brazo femenino.

Pero una vez concluida tu obra, buen joyero, exprime una ave roja ó degüella un cordero y mancha el áureo fondo de púrpura ó de vino.

ALEJANDRO CARIAS.



ULTIMA MAÑANA DE MARIA ANTONIETA. — Cuadro de L. Baader

## CRÓNICAS DE POETA

## II

Una tarde de junio, una tarde color de rosa, mi amigo, un joven pintor y yo, penetramos al viejo, al triste, al melancólico arrabal caraqueño.

Mi amigo, el delicado paisajista, pintor enamorado de todas las bellezas del trópico, de los bucares de flores de sangre y de las ideales y caprichosas parásitas—me habla del cielo con un entusiasmo y un amor igual á si me ponderase el obscuro fulgor que se desprende de las hondas pupilas, húmedas y negras, de su novia.

—No hay—me dice—como mirar estos cielos de junio desde un lugar lleno de fealdad y tristeza para sorprender sus más raros y más inéditos encantos! Ya verás, cuando muera un tanto la tarde, como han de poblarse los rincones del cielo de jardines inverosímiles y fantásticos. Y cada rincón del cielo te parecerá entonces un verjel de heliotropos y jacintos.

Mientras mi amigo habla del cielo y de la fiesta colorista que el sol poniente nos prepara, la tarde sigue del mismo apacible y tenue color de rosa.

Creyérase que una lánguida anémona se hubiera muerto en el aire.

Y en verdad, el crepúsculo adquiere una languidez infinita visto desde el triste y viejo arrabal. Porque el arrabal es triste, muy triste.

Apenas salimos de una calle tortuosa y casi desierta, llena de casuchas desmedradas y ruinas, dé paredes carcomidas y limosas, para

entrar en otra de idéntico ó peor aspecto, una turba de perros famélicos nos asalta, asordando nuestros oídos con su ladrar estridente. Son los perros del arrabal, los famélicos perros, en cuyas pupilas el hambre tiene el brillo de una piedra preciosa; son los perros hambrientos, flacos y feroces, que ladran sin cesar todas las noches y aullan cuando hay luna, desolados y tristes, á tropas de fantasmas, á ejércitos de trasgos, y á legiones quiméricas de duendes y estantiguas.

Sin embargo, al lado de los perros famélicos, hay algo más feo y miserable todavía en el arrabal. Son los chiquillos, los sucios chiquillos del arrabal, los pálidos y ventruídos chiquillos, que sin más vestido que su carne terrosa y morena, juegan en silencio con el limo de la calle. Debajo de casi todas las pupilas de aquellos muchachos, vemos grandes y moradas ojeras; y detrás de las ojeras, miramos algo más: miramos el presidio, miramos el hospital.

Por todas partes respira la fealdad, y la fealdad nos circunda; y el alma del arrabal nos enferma y atrista.

Caminando á la ventura, nos internamos más y más en el arrabal; por doquiera, en un intrincado dédalo de callejuelas, en un laberinto de calles torcidas solo miramos escombros, miserias y ruinas. Por todas partes cuelgan harapos. Aquella es la capital de la podre, la ciudad del limo y la vejez; y casas y hombres viven allí marchitos, apolillados, desconocidos y hambrientos. De cuando en cuando, á nuestro paso, una ventana se cierra con estrépito, y apenas podemos mirar la sombra fina y leve

de un rostro de muchacha sorprendida por nuestra curiosidad, y en el rostro dos pupilas, negras ó azules que se borran en la sombra. Aquella sombra de belleza es tan frágil y efímera, que nuestros ojos atormentados por el feo paisaje del arrabal, se van caminito del cielo, en pos de la belleza de la tarde. La tarde! La tarde sigue uniformemente de color de rosa.

El sol se ha burlado traidoramente de nosotros, negándose á pintarnos en las nubes sus castillos de ilusión, sus Jerusalenes ideales, sus milagrosas ciudades, rojas ó azules, en cuyas calles ilusorias, los guijarros son crisólitos, y las piedras, esmeraldas y zafiros.

Los jardines fantasmagóricos, los aéreos jardines, los campos de heliotropo y de jacinto, los rincones de belleza inaudita y profunda, de que mi amigo me hablaba con tanto ardor; toda la prometida maravilla ofrecida á nuestros ojos, de que se pueblan los crepúsculos de junio, no aparecieron aquel día. El cielo seguía imperturbablemente de color de rosa. Estaba escrito que no había de ser en los divinos campos del cielo en donde mi alma de artista iba á encontrar, en aquella tarde de color de rosa, las imágenes etéreas de la belleza y el amor.

Y sucedió que fue allí mismo, en el propio corazón del arrabal, en el miserable y ruín corazón del arrabal, muy pegado á la obscura y miserable tierra, cerca del limo de la calle, donde vieron mis pupilas la ilusión y el ensueño.

Y la cosa que exhalaba tan sutil y penetrante aroma ideal, tanta mística y azul belleza, era

una vieja ruina de una antigua casa española. Del caserón vetusto y grandioso no quedaba ya sino un fragmento mezquino. Pero de aquel fragmento volaba todavía un perfume.

Lentamente, día tras día, habían ido sustrayendo las piedras de la fachada, y sobre el resto de aquella casa vetusta, desmoronada piedra á piedra, sobre un pedazo de pared, manchado de rojas y verdes lamas, empotrada en las entrañas de la piedra envejecida, vivía aún una pesada y enorme ventana de hierro. En la parte más alta de la ventana, entre los encajes y las molduras roídas por el orín y las lluvias, sorprendieron mis ojos un historiado monograma. Dos letras entrelazadas, dos simples letras de hierro bastaron para que mi imaginación hiciera un viaje romántico al pasado y creara una rosada leyenda de amor.

Pero de pronto, cuando mi imaginación de poeta reconstruía la historia de aquel amor, sucedió una cosa inesperada.

Desde lejos, quizás de la ciudad, tal vez de las campiñas cercanas, bajo la tarde color de rosa, bajo la infinita dulzura de aquella tarde tenue, en la cual parecía flotar desvanecida el alma de una lánguida anémona rosada, fueron llegando á la ventana una turba, una bandada, una muchedumbre de palomas blancas. Primero fue una la que llegó, una sola paloma de nieve. Venía fatigada de volar. Sus alas sonaban en el aire cual si fuesen de seda. Y luego fueron muchas palomas, infinitas palomas las que llegaron á la vieja ventana de hierro. Y la vieja ventana en donde vivía ignorado el historiado y orgulloso monograma se fue llenando de palomas blancas. Eran palomas salvajes que habían construido allí su libre palomar.

Y de la ventana poblada de palomas me pareció que surgía una música celeste, una música invisible y ligera, como si deshojasen rosas en el aire, que se mezclaba en mis oídos con los arrullos y el volar de las palomas salvajes. Y el ruido

de las alas de las palomas era dulce como un beso; y me pareció que de aquella vieja ventana surgía un canto de muerte, de voluptuosidad y de sangre; y que de aquel montón de hierro viejo, de aquella ventana podrida por la lluvia y destrozada por la herrumbre, volaba algo tenue como un perfume, algo vago como un suspiro, algo triste como una lágrima, algo lánguido como una mirada, algo errante como una música, porque allí en aquella vieja pared del arrabal, porque en aquel montón de hierro viejo y podrido se estaba muriendo algo.

Y aquello que allí tan dolorosamente se moría no era otra cosa que el último perfume, el último aroma, el postrer matiz, que Caracas conservaba todavía muy oculto en el viejo arrabal, de la esplendorosa y lírica, y azul y romántica alma española.....

A. FERNANDEZ GARCIA.

1902.

#### UNA NUEVA OBRA DE LOMBROSO

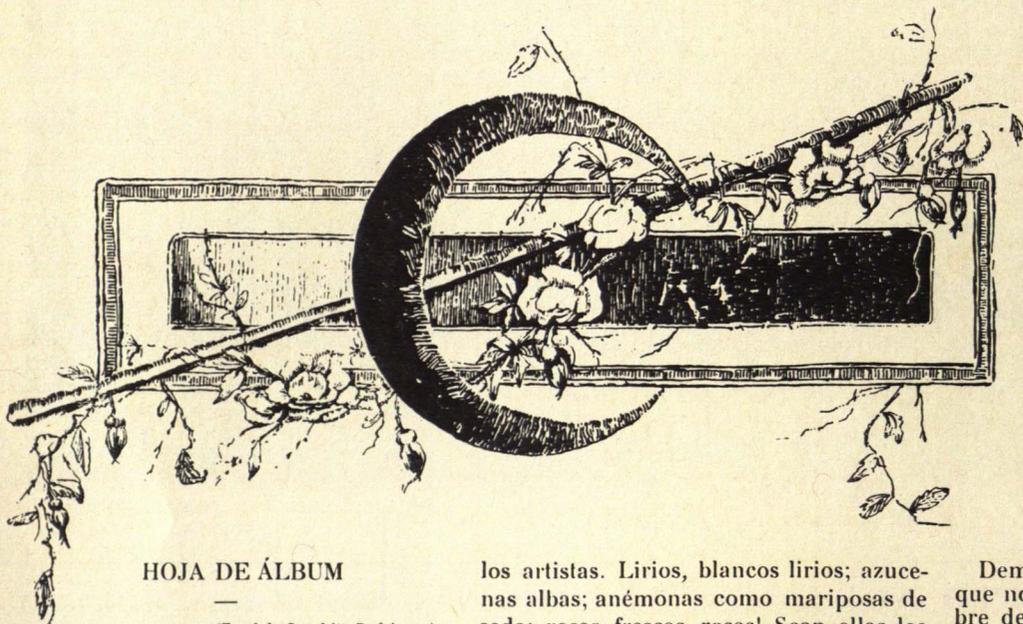
Poniendo á parte códigos y fórmulas, prosigue Cesare Lombroso sus repetidas indagaciones científicas sobre el hombre, desde el punto de vista de la criminalidad. En una nueva obra que tiene por título: *Las Causas y la Lucha contra el crimen*, afirma de nuevo existir un tipo humano condenado al mal por su propia organización; afirma existir un criminal que ha nacido tipo inferior, y al que, ora el clima, ora el atavismo, etc., predestinan al crimen.

Señala Lombroso particularmente, la parte preponderante —según las estadísticas criminales,—del alcoholismo, y los estragos cada vez mayores, cada vez más alarmantes que ocasiona.

Demuestra Lombroso con números que no dejan lugar á dudas, que un hombre de veinte años que bebe alcoholes, no puede contar más que sobre dieciséis años de vida. Si bebe cerveza, veintidós años; pero si por el contrario es absolutamente sobrio, puede muy bien contar sobre cuarenticuatro años de vida segura!

Traigamos á estas líneas las terribles conclusiones á que ha llegado Lombroso. Son éstas: Sobre 97 niños nacidos de padres alcohólicos, 14, apenas, nacen constituidos ó conformados de manera normal. Y, respecto á los crímenes, sobre un total de 100, 50 en Francia y 41 en Alemania, tendrían por causa el alcoholismo. Un dato más. Demuestra el antropólogo italiano, que en una localidad estudiada por él en el trascurso de diez años, cuando los salarios subían en una cuarta parte, el número de alcohólicos crecía en proporción al aumento. Pero que en otro lapso de tiempo, cuando los salarios disminuyeron en una tercera parte, las ventas y despachos de bebidas, que eran 183, llegaron á 305.

En una ciudad de América, en Johnsburg, á pesar de su numerosa población obrera, no se cometió un solo crimen en muchos años; pero allí, todo expendio de alcohol está severamente prohibido, hasta el punto de que únicamente los farmacéutas son los que pueden venderlo, de conformidad con una fórmula firmada por el médico.



#### HOJA DE ÁLBUM

(En el de Conchita Rodríguez)

Dama gentil!

De la onda amarga surgió Anadiomena como una sonrisa, como almohadón de plumas muy suaves en que reclinó la cabeza la humanidad atormentada. De la onda amarga de esta edad estulta, de este medio horrorizante, surges tú como una promesa, como un halago, como la estrella de los Magos del ideal, que los ha de conducir á la Tierra Prometida de la Belleza.

Cuando miro tus ojos que alumbran el lirio de tu tez, yo salgo de la noche en que me abismo y mi alma entra en la gloria del día.

Porque vas por la vida difundiendo claridades. Porque tu alma se asoma á las líneas de tu faz y forma en torno tuyo un halo divino. Porque los que creen acercarse á tu belleza tropiezan con la luz de tus pupilas y, como Luzbel, se rinden de hinojos ante la claridad que difundes. «¡Suavidades para la suave!» No eres la muerta divina del trágico sublime, pero eres la Viva divina de todos

los artistas. Lirios, blancos lirios; azucenas albas; anémonas como mariposas de seda; rosas frescas, rosas! Sean ellas los guardianes de tu lecho, y sus aromas vayan á confundirse con el perfume de tu alma.

La Vulgaridad despavorida corre cuando pasa junto á tí. Pocos son los Elegidos; pero el Unico, el que ha de llegar, el que habrá de tocar la campana de oro de tu corazón, está lejos. Pero vendrá, llegará.... Las flores languidecen sin rocío. La tierra sonríe al abrazo del sol. Llegará! Pero su alma ha de ser como un lago azul en que navegue la barca del Ensueño; su corazón una ofrenda y su cerebro una antorcha. «¡Suavidades para la suave!» Luz para la luminosa! Manos ideales, manos hábiles, manos como pétalos para hacer vibrar la fina, la armoniosa, la sutilísima cuerda de tu espíritu.

Que en el jardín de la vida haya una flor grata á tu ideal, y que ella vaya á tí como una aurora de alegría, de ternura, de amor!

Dama gentil!

F. SALCEDO OCHOA.

Julio de 1902.



BOULOGNE 1804) — Cuadro de M. H. Orange

En fin, aparece que el número de delincuentes es muchísimo menor en las mujeres que en los hombres. En las delincuentes, ocupa el primer puesto el infanticidio. Vienen en seguida el envenenamiento, el robo, y por último, el incendio voluntario.

Tocante á la edad, el mayor número de criminales tiene entre veinte y treinta años; siendo de advertir que cada edad parece señalar una especialidad. Así, pues, los más jóvenes comienzan por el incendio voluntario; pero más tarde, es el crimen y el asesinato, etc.

No podemos examinar ni discutir en estos momentos, todas las afirmaciones de Lombroso;—á pesar de que bien vistas las cosas, muchas de aquellas afirmaciones parecen concordar, aunque parcialmente, con lo que nos revela la estadística francesa.

Por el informe general del año de 1899 se puede ver, que si el aumento de crímenes contra las personas no es muy notable,—bien que haya que deplorar que ascienden los asesinatos de 118 á 173 y los homicidios, de 128 á 141,—en cambio, los crímenes contra la propiedad, robos calificados y abusos de confianza, han subido de 740 á 850, y los incendios voluntarios han pasado de 168 á 212.

Respecto á las persecuciones contra los explotadores, falsificadores, etc., han subido de 13.238 en 1880 á 17.217 en 1893.

## NOTAS LITERARIAS



ESPUÉS de *¿Quo vadis?*, Petronio es un personaje tan popular como León XIII, ó Kruger. Gracias á innumerables y económicas ediciones, gracias á los periódicos y revistas que han publicado y republicado la novela, no existe casi pueblo adonde el árbitro de la elegancia no haya llevado su palabra seductora y sus gustos de poeta decadente; amarlo es una moda; en más de un corazón femenino está grabada su imagen; así no es extraño que, aprovechando el «momento psicológico», Laurent Tailhade—Lorenzo el Magnífico, como lo nombran sus admiradores—tradujese al francés el *Satiricón*, sin las trabas académicas que, á guisa de hoja de parra, pusieron otros en diversas traducciones.

Al decir de los conocedores, la reciente versión de Tailhade es una obra maestra; sin embargo es muy probable que al legítimo Petronio del *Satiricón*, los lectores sentimentales sigan prefiriendo el de Enrique Sienkiewicz, porque es un Petronio moder-

nizado, un Petronio que ha estado en París, que ha oído óperas de Wagner, que ha enriquecido su elegante misantropía con los libros de Ernesto Renán y Oscar Wilde y que, en una palabra, padece todas las enfermedades del alma contemporánea.

\*

*La Revue Blanche* ha hecho un cuestionario sobre la educación; hé aquí algunas de las respuestas:

De Emilio Zola:

Estudié en el colegio Municipal de Aix, en Provenza, luego en el liceo de San Luis, en París.

Niño todavía perdí mi padre, y como mi madre era buena y débil, me desarrollé libremente. A los siete ú ocho años aún no sabía leer. Puedo decir que me he formado solo, y pienso que este es el mejor sistema; no creo en la educación.

De Mauricio Maeterlinck:

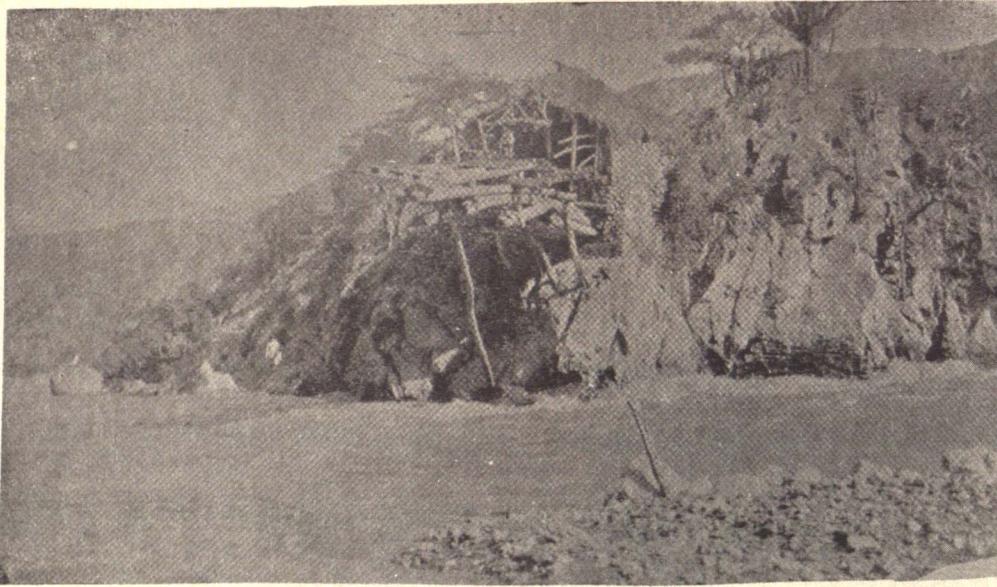
Estudí en un establecimiento religioso, de la más peligrosa especie, puesto que estaba regentado por Jesuítas.

Completada esta educación, ó mejor dicho esta intoxicación, necesité diez años para restablecer mi salud intelectual y moral.

No hay sino una enseñanza que merezca ser llamada *libre*, y es aquella que no reconoce ninguna religión positiva. Es esta solamente la que debería propagarse.

De Pablo Hervieu:

Hice mis estudios en el liceo Bonaparte-Fontanes-Condorcet. Lo menos que puedo



PASO DEL CHAMAS (entre Tovar y Estanques)

atribuir á este método de educación es haberme conducido á obtener mi bachillerato.

Creo que el Estado que determina nuestra filiación, que impone el servicio militar, que fija las obligaciones del matrimonio, que dispone sobre nuestra herencia, que nos sujeta á todas sus leyes civiles, fiscales comerciales etc.....,—creo que ese Estado no violaría más la libertad individual enseñándonos á vivir de acuerdo con él y de acuerdo entre nosotros mismos.

De Francis Jammes :

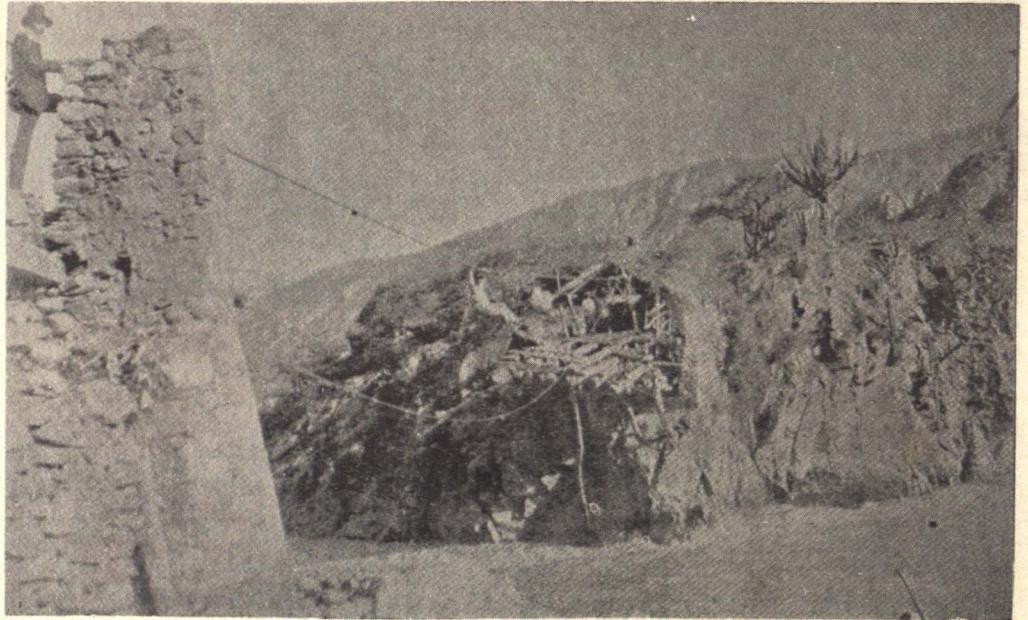
Recibí una educación laica, excepto algunos meses tan dolorosos como los del liceo. No pienso que *esta* educación haya influido mucho en mí.

Quisiera que los niños fuesen educados por poetas que les enseñaran el amor que existe en el corazón de todo. En un muchacho de seis años, se exaltaría el gusto por su caballo de madera, y en una chiquilla de la misma edad, el cariño hacia su muñeca. Luego, en la adolescencia, se les enviaría á sonreír en los bosques.

\*

Mientras explora los misterios del sistema nervioso, el doctor Ramón y Cajal escribe sus memorias. Ahora cuenta cómo en su juventud, la loca de la casa—la imaginación—con que su padre no había contado, iba exaltándose en él.

«Retofieron vigorosamente—escribe—mis delirios artísticos, que hallaron en el espectáculo de una naturaleza espléndida y romántica, un terreno abonadísimo para su desarrollo. Cobré odio á la gramática latina..... Con la citada antipatía hacia la gramática, inauguróse en mí esa lucha tenaz entre el cerebro y el libro, en la cual, conforme ocurre en todos los conflictos entre lo vivo y lo muerto, pierde siempre lo muerto, es decir el libro, sin ganar nada el cerebro, porque de los sabios y enjutos preceptos del texto pocos ó ningunos hie-



ESTADO MÉRIDA · Paso del Chamas (entre Tovar y Estanques)

ren el alma; pero en cambio las divagaciones y ensueños de ésta, entran á saco, sin compasión, en las páginas de aquél, cuyas cándidas márgenes son asaltadas por una vegetación lujuriosa de versos, de paisajes, de episodios guerreros y de regocijadas caricaturas.»

\*

*Monna Vanna* es la última obra dramática de Mauricio Maeterlinck, uno de los más sutiles y al mismo tiempo más poderosos escritores de esta época. La escena se desarrolla en Pisa, durante el sitio de la armada florentina, en el siglo xv. La ciudad está á punto de capitular, cuando un mensajero del enemigo, el viejo Marco Colonna, padre de Guido Colonna defensor de Pisa, dice á nombre de Prinzivalle, el jefe sitiador, que está dispuesto á enviar víveres y municiones á Pisa, si Vanna, la esposa de Guido va sola al campamento enemigo, á media noche sin más traje que un manto.

Guido no comprende como su padre ha podido ser portador de semejante mensaje; pero Vanna dice simplemente: «Padre mío, iré esta noche.» En una escena de una armoniosa belleza, Vanna reconoce en Prinzivalle á su pequeño compañero de infancia, Gianello; un amor muy puro y muy noble nace en el corazón de Vanna.

Amenazado por los comisarios de la república florentina, á la cual representa, Prinzivalle penetra en Pisa con Monna Vanna. «Este hombre no me ha tocado;—dice á su esposo—salgo de su tienda como saldría de la casa de un hermano.»—¿Por qué?—pregunta Guido.—«¡Porque me ama!»—responde Vanna.—Guido cree que miente, y la amenaza con el suplicio; entonces élla exclama cayendo en brazos de Prinzivalle: ¡Calla!..... él nos une..... ¡Te pertenezco!..... ¡Te amo!

\*

De una carta que uno de los mejores literatos de Hispano América—Baldomero Sain Cano—dirige desde Bogotá á un amigo de Caracas, copio el siguiente párrafo:

«Entre los libros que me han llegado desde que estamos en el limbo, cuento como un hallazgo el *Oro de Alquimia*. Es una joya de verdad. Me hizo tan viva impresión que no pude, al principio, conformarme con no haber conocido antes al autor, y estuve creyendo que persona muy conocida se había puesto ese nombre para tomarle el pelo á su público. Dígame usted al autor mil frases amables de mi parte y exhórtelo á que nos dé pronto otro volumen en que haya algo parecido á *las manos*, ese joyel dannunziano de una beldad imperiosa. Súpliquele que me envíe, si los hay, otro ejemplar, y que mande á los libreros de ésta. El que me dedicó amablemente, como era el único que por acá teníamos, ha corrido de mano en mano, por bufetes per-



EL PASO DEL MAR ROJO. — Cuadro de Mlle. J. D'Hazon

fumados, por casas curales, por redacciones de periódicos, quien sabe si se ha metido á las prisiones y por allá se ha perdido. No quiero quedarme sin ese precioso tratadito del verbo esplendente y de la emoción delicada y delicadamente vertida.....»

Fernandez García, que ha sido atacado con acritud por algunos compatriotas, sabrá apreciar doblemente las palabras del excelente crítico colombiano.

\*

Como se había anunciado el segundo número de *La Renaissance Latine*, trae las opiniones de M. A. Soto, Vargas Vila, Blanco Fombona, Rubén Darío y C. Zumeta, sobre el porvenir de los pueblos latinos de América. Desgraciadamente no he podido deleitarme con los juicios de tan distinguidos escritores, porque, según parece, el ejemplar que me venía dirigido se extravió en alguna oficina postal.

Cuéntase que cuando nuestro inolvidable López Méndez era empleado de correos, no siempre llegaban á su destino libros y folletos, porque la curiosidad del escritor se sobreponía á los deberes del oficinista. Acaso ahora esté «en germen» un nuevo López Méndez, y si es así, yo me someto gustoso á contribuir á su educación literaria, aunque me vea privado de una sustanciosa lectura.

JUAN DE CARACAS.

REVISTA  
POR  
Fernando Araujo

—  
RELIGIÓN

—  
(Concepto y enseñanzas de la religión, según Tolstoi)



JAMÁS se ha visto—dice el ilustre ruso en *La Revue de Paris*—lo que hoy ocurre en nuestra sociedad cristiana: la minoría rica, dominante y culta, no cree ya en la religión, y afirma que la religión es innecesaria. Para unos, la religión proviene de la animación de los fenómenos naturales (animismo); para otros, de la representación de la posibilidad de relaciones con nuestros antecesores; para otros, del miedo á las fuerzas de la naturaleza; y como todo esto se ha demostrado que no tiene razón de ser, la religión es inútil; pudo ser aceptada en el período de la ignorancia y en el período metafísico, pero en el período científico en que vivimos es inadmisibile.

Berthelot lo ha dicho en un célebre discurso: la religión debe ser reemplazada por la ciencia, por el conjunto de conocimientos que, ligados entre sí, forman un todo armónico. Pero como esa

ciencia no existe, y lo que se llama tal no es más que la reunión de conocimientos dispersos, sin enlace, á veces inútiles y frecuentemente erróneos, es evidente que lo que, según Berthelot, debe reemplazar á la religión no existe ni menos puede bastar, como se pretende, para ser la guía de la vida.

Lo cierto es que, contra la afirmación de los sabios, ningún hombre razonable vive ni puede vivir sin religión, porque la religión es la guía necesaria de sus actos y del orden mismo en que los ejecuta. El animal se guía por las consecuencias inmediatas de sus actos: el pájaro construye su nido, porque en él encuentra el abrigo que necesita. El hombre es diferente, pues tiene á la vista las causas remotas y los efectos más lejanos de sus acciones: las cuestiones más importantes no las resuelve definitivamente por la complicación de consecuencias que traería cada solución. El hombre puede considerarse como un animal entre los animales que viven al día; pero puede y debe estimarse también como miembro de la familia, de la sociedad, de los pueblos que viven siglos; por eso el hombre razonable hizo siempre y dondequiera lo que en matemáticas se llama integrar, es decir, establecer, además de su relación con los fenómenos más próximos de su vida, su relación con todo el mundo infinito,

en el tiempo y en el espacio, considerándolo como una unidad. Y esa relación del hombre con el todo es precisamente la religión.

La definición más antigua de la religión, la que ha producido la palabra misma (*religio* de *religare*) es ésta: «la religión es el lazo del hombre con Dios». Schieiermacher y Feuerbach lo afirman así al reconocer que «la base de la religión es la conciencia que tiene el hombre de su dependencia de Dios». Así lo han comprendido todos los pueblos; el hebreo como miembro del pueblo elegido, el griego al convivir con sus dioses y bajo su dependencia, el brahman como parte del gran Sér en el que aspira a confundirse, el budhista al sufrir la serie de transformaciones que han de conducirle al nirvana. La religión que no liga al hombre finito con la existencia infinita, no es religión.

Los sabios de nuestro tiempo dicen lo que el médico forzoso de Molière, cuando afirmaba que el hígado está á la izquierda: «nosotros hemos cambiado todo eso», asegurando que se puede vivir sin religión. Cierto es que en la historia de los pueblos ha habido períodos en que la religión ha sido desnaturalizada, pero esa relajación del influjo de la religión en la vida es siempre pasajera; la religión, como todo lo que vive, nace, se desarrolla, envejece, muere, renace y se transforma.

Todas las religiones, por groseras que sean, han reconocido que todos los hombres son igualmente ínfimos ante Dios; pero el Cristianismo ha proclamado la igualdad de los hombres, no sólo ante Dios, sino entre sí, como doctrina fundamental de fraternidad.

La razón es la fuerza humana, que define la relación de los hombres con el mundo: y como esa relación es la misma para todos, la religión, que determina su establecimiento, es la que une á los hombres. Entre los paganos podía haber hombres que, al reconocer el desacuerdo entre su fe y su ciencia, elaborasen una doctrina más conforme con el estado de alma del pueblo; pero los hombres de nuestro tiempo, entre los cuales unos consideran la religión como arma de dominación en la humanidad, otros como una simpleza, y otros—la inmensa mayoría del pueblo—creyendo que poseen la verdadera religión, son rebeldes á todo movimiento de avance, á toda aproximación á la verdad. Envanecidos con los progresos útiles á la vida corporal, esos hombres que pasan por cultos se embotan en su ignorancia é inmoralidad, persuadidos de que cada paso que dan en el camino de la ignorancia les levanta un grado de su nivel de ilustración y de progreso.

#### PSÍCO-FÍSICA

(Emilio Zola sobre la mesa de disección)

Doy este título á mi escrito—dice Mantegazza en la *Nuova Antologia*—no para añadir un documento nuevo á la escuela lombrosiana, que de todo hombre de genio hace un loco, ó por lo menos un epiléptico, sino para demostrar lo contrario: que se puede ser hombre de genio sin ser loco ni epiléptico, y se puede ser hombre vulgarísimo to-

cando en los lindes de la enajenación mental. Siglos antes de que se inventara la antropología criminal, ya era conocido, como máxima vulgar, que todo hombre lleva impresas en su cuerpo al nacer las tres *M* (*médico, músico y matto*, loco), ó como dice el refrán castellano: «De músico, poeta y loco, todos tenemos un poco».

Cuando Lombroso tropieza con un hombre superior, en el que no descubre ni con cristales de aumento ningún signo de locura, le niega el *genio*, concediéndole por cortesía el bautismo de *gran talento*; así se ha llegado á negar el *genio* á Verdi. Hoy tenemos dos escuelas opuestas, igualmente equivocadas: por una parte, se pone sobre la mesa de disección á los hombres de genio, aunque se llamen Napoleón, Colón ó Leopardi, para demostrar que fueron locos ó epilépticos, y por otra, se protesta de tales profanaciones, reclamando se impida este examen anatómico de los grandes hombres, como si no fuera natural y alta tarea de la ciencia el examen de los grandes campeones de la humanidad.

El estudio de Zola, hecho por Mac-Donald, de Washington, resumen de todos los trabajos sobre el mismo tema, demuestra que se puede analizar con los métodos científicos más perfeccionados un hombre de genio, sin necesidad de ir á parar á la conclusión de que, precisamente por ser un genio, es también un mentecato ó un epiléptico. Ninguno mejor para el caso que Zola, tanto porque todos reconocen que es un genio, cuanto por haberse prestado al examen antropológico que han hecho de él, entre otros, Toulouse, Manouvrier, Bertillon, Block, Huchard, Joffrey, Robin, Mofet, Serveaux, Bonnier, Henry, Philippe, Crépieux, Passy, Golippe, etc.

Zola nació en París el 2 de abril de 1840, desarrollándose normalmente, sin que se le notara otra cosa que la dificultad para pronunciar la *s*, que sustituía con la *l*. A los dos años tuvo una fiebre fortísima, y de seis á siete estuvo enfermo, no se sabe bien de qué, quedando de resultas pálido y delicado, pues sólo muy tarde se hizo robusto. A los diez y ocho años terminó sus primeros estudios y sufrió una tifoidea grave. Entonces tuvo que interrumpir su carrera por falta de recursos de su familia, recordando que muchos días hubo de quedarse en la cama por no tener otro medio de calentarse.

De los veinte á los cuarenta años padeció frecuentes neuralgias y tuvo una cistitis y síntomas de angina de pecho; á los treinta y cinco dejó de fumar por perturbaciones en el corazón, y sólo después de sus triunfos literarios se robusteció y engordó tanto, que se le hizo penoso el menor ejercicio muscular; entonces sufrió dilataciones de estómago, pirosis, gastralgias y somnolencias después de las comidas; se condenó á una dieta rigurosa que todavía dura en parte, se abstuvo de beber durante las comidas y se prohibió el vino, tomando en su lugar un litro de té diario: en diez y ocho meses de esta dieta perdió 40 libras de peso. Siempre tuvo mala dentadura; y aunque á los diez años tuvo su primer amor y á los doce se enamoró seria, aunque platónicamente, las mujeres han ocupado poco lugar en su juventud.

Zola no fue precoz, pues hasta los siete años no aprendió á leer y á los doce entró en la clase de 8º en Aix, donde su familia se había trasladado, siendo generalmente de los alumnos de la cola, aunque cuando quería y estudiaba con empeño lograba excelentes notas y premios, prefiriendo las ciencias á las letras y sintiendo especial repugnancia por las lenguas muertas, sobre todo por el griego. A los diez y ocho años regresó á París, viviendo aislado de sus condiscípulos, que se burlaban de su acento provenzal, y siendo reprobado en la licenciatura, en historia y literatura, quedándole así cerrada la puerta de los cargos públicos, sin otra salida que la de dedicarse á la literatura independiente.

Zola, á los cincuenta y siete años, tenía el aspecto robusto, estatura inferior á la mediana, piel blanca, mirada de miope, y el ojo izquierdo más pequeño que el derecho por un espasmo congénito del músculo orbicular; tiene grandísima sensibilidad cutánea y está sujeto á espasmos cardíacos, temblores, calambres y vértigos; su irritabilidad es excesiva, notables las alternativas de exaltación con las de depresión, débil la capacidad de la tensión y del trabajo continuado, por lo cual se siente cansado á las tres horas de trabajo mental, y su memoria no pasa del promedio, tanto, que Zola no sabe más lengua que la nativa. Su gran sensibilidad, su poca memoria, la tenacidad de la voluntad y el potente espíritu de observación forman el esqueleto psíquico de su ingenio.

Mac-Donald resume así su credo moral y religioso: El genio para Zola no consiste en la rareza ni en la perfección, sino en la creación, la potencia y la fecundidad. La mujer es menos equilibrada y tiene menos iniciativa que el hombre, y en general le es inferior, salvo en las cosas pequeñas. Zola no comprende de las ideas metafísicas; es un positivista y no cree en la otra vida. Dios es para él una hipótesis ingenua, y todas las religiones le parecen sin sentido común. Funda la moralidad en la observancia de las leyes sociales. Tiene de la vida un concepto pagano, y sus ideas de orden y método son tan profundas, que se hace esclavo de ellas. Las cosas más preciosas para él son la juventud, la salud y la bondad. Le gustan las joyas y las máquinias de vapor, las escenas de la ciudad y los paisajes, prefiriendo entre los colores el rojo, el amarillo y el verde; entre los olores, los de las flores, odiando los perfumes y agradándole los dulces. Es tímido, y nunca ha podido hablar en público sin grande alarma. Sus simpatías estéticas las tienen Balzac y Flaubert, y prefiere una obra de Corneille ó Racine á todo el teatro moderno. En las óperas le gusta entender lo que se canta, sin lo cual no le agrada ni comprende la música. No le gustan los juegos de azar ni el billar; le gusta el juego de ajedrez, pero le cansa bastante. Soporta fácilmente las ofensas que se le dirigen, pero le exasperan las ofensas á las justicias.

Como manías, Zola tiene, cuando se pasea, la de contar las farolas, las puertas de las casas y los coches de alquiler; también se divierte en contar las escaleras de las casas y los objetos que hay en el escritorio; algunos números le son simpáticos y otros antipáticos, no entrando en un coche que tenga número de



PRADERA SALISBURY. — Cuadro de J. Constable

esta última clase; antes el número predilecto era el 3 y hoy es el 7; de noche, por ejemplo, abre los ojos siete veces para persuadirse de que no morirá; aborrece el 17, porque le recuerda una fecha funesta. El es el primero en reirse de estas manías. Nadie ha podido comprobar en él fenómenos histéricos ni hechos epilépticos. Es neuropático; pero de eso á la locura ó la degeneración hay un salto infranqueable, y manías semejantes á las suyas son frecuentes en los hombres mejor equilibrados.

#### CUESTIONES SOCIALES

(El divorcio y la Iglesia)

Todas las Revistas italianas consagran á la cuestión del divorcio y á la agitación producida por su planteamiento, sendos artículos altamente interesantes desde los respectivos puntos de vista. Veamos de resumir las diversas opiniones sustentadas por Crispolti en la *Nuova Antologia*, Simonini en la *Revista Moderna*, y Corradini en la *Rassegna internazionale*.

La institución del divorcio, defendida y vilipendiada desde los más remotos tiempos, se relaciona con la historia de las más tumultuosas agitaciones sociales y políticas: por un divorcio se hundió Antonio y fundó Augusto el Imperio romano; por un divorcio vino á recoger

tan pesada herencia Carlo magno; y un divorcio fue, quizá, la causa que detuvo la incesante ascensión de Napoleón el Grande.

Al ver—dice Corradini—que la agitación contra el divorcio nace principalmente de los sacerdotes católicos y no de los seglares, que son los directamente interesados, no puede menos de parecer algo cómica la cosa. La defensa del matrimonio perpetuo, hecha precisamente por los que no toman mujer, es realmente caso raro: el sacerdote mira siempre con malos ojos los goces mundanos, y como el medio más eficaz para amargar los goces del matrimonio es la perpetuidad del vínculo, por eso la defiende á todo trance el sacerdote.

Mezquino y falso encontramos semejante modo de argumentar. ¿Por ventura no tienen razones más poderosas los enemigos del divorcio? La religión combate el divorcio como una inmoralidad, llamando con Jesús adúltero al que se separa de su mujer para unirse con otra. La ley judaica admitía el repudio, condenado por Jesús en su doctrina, é interpretada y desarrollada por la Iglesia.

El celibato era estimado como estado de privilegio por los esenios y por Jesús, y fue traducido en el monaquismo por los cristianos; el matrimonio no era un bien, sino el medio de evitar un mal mayor, y San Pablo mismo lo admite en ese sentido con la profunda fórmula de «más vale casarse que arder»; San Isidoro

dice del matrimonio que «rebaja al hombre al nivel de las bestias»; San Jerónimo lo define como un mal, y San Clemente afirma que el celibato es el único medio de ganar el cielo. En semejantes opiniones abundan San Agustín y Santo Tomás, y el mismo Concilio Tridentino, al considerar el celibato como «un estado matrimonial más perfecto».

Hasta el tiempo de Justiniano los matrimonios se hacían sin la intervención del sacerdote; en la novela 74 es en la que autoriza al sacerdote á servir de testimonio, si los contrayentes lo desean. San Ambrosio pide á Teodosio un edicto que prohíba el connubio entre primos hermanos, lo que prueba que la Iglesia reconocía los derechos de la autoridad laica para legislar en la materia. Pero en 862, cuando ocurrió el divorcio del Emperador Lotario, es cuando Nicolás I consiguió hacer prevalecer la jurisdicción eclesiástica, invocando un supuesto decreto del Pontífice Anacleto, sucesor de Lino.

Si el matrimonio no fuera un sacramento, la Iglesia no podría defender eficazmente su intervención. El primero que le dió tal nombre fue San Agustín y aún éste afirma que sólo dos sacramentos fueron instituidos por Jesús: el Bautismo y la Eucaristía: así lo dicen también Tertuliano, San Crisóstomo, San Isidoro y Juan Damasceno; en el siglo XI Berengario, Obispo de Tours, cuenta cinco, y sólo en el siglo XII Pedro Lombardo enu-

mera los siete sacramentos tales como fueron reconocidos en 1215 por el cuarto Concilio lateranense, definiendo Santo Tomás con su acostumbrada precisión el matrimonio en la forma siguiente: «En cuanto oficio de la naturaleza, lo estatuye el derecho natural; en cuanto oficio de comunidad, el derecho civil; en cuanto sacramento, el derecho divino». El sacramento confiere la gracia, y el sacerdote es su ministro necesario.

¿Ha mantenido siempre la Iglesia esta doctrina? No; y los canonistas, desde el siglo XVI, se inspiran en un concepto que quita al sacramento gran parte de su valor, afirmando que nace del consentimiento mutuo de los contrayentes, y que el sacerdote no es su ministro, sino solamente su testigo; así han sido posibles matrimonios por sorpresa del tipo del narrado por Manzoni en *Los novios*. ¿Cómo pudo abandonar la Iglesia sus formidables posiciones? No se comprende verdaderamente, dado el empeño que siempre ha mostrado por recabar para sí, como arma política de primer orden, la intervención exclusiva en el contrato matrimonial.

El adulterio es menos reprochable como acto aislado que como escuela de corrupción, viéndose obligado el adúltero a defender su secreto con todo un sistema de perfidias y mentiras. Todo eso podía desaparecer ó disminuir con el divorcio, según Corradini. Y el argumento capital, el verdadero argumento social contra el divorcio, los hijos, su educación y su dirección, puede estimarse anulada si se piensa en las consecuencias que el divorcio podría tener en las relaciones entre la familia y el Estado. ¿Qué será de los hijos bajo el régimen del divorcio? Cuando el Estado se decida á cumplir sus deberes para con la prole de las familias disueltas, la cuestión de los hijos dejará de preocuparnos.

¡Pobres hijos! ¡Pobres padres! ¡Desdichada sociedad aquella en que fuera cosa corriente el divorcio, con cargo para el Estado de los hijos divorciados! Por fortuna queda todavía en el mundo bastante sentido común para evitar tamaños desatinos.

#### COSTUMBRES

(Sensaciones de automóvil, según Maeterlink)

En la *Nuova Parola*, de Roma, encontramos un sabroso artículo del ilustre novelista belga, en el que relata sus primeras impresiones de automóvil.

No hay que contar—dice—las primeras salidas bajo la dirección del maestro; entonces no se comunica todavía con la maravillosa bestia, y se experimenta algo de lo que debe experimentar el aprendiz de domador cuando se arriesga entre las garras de la fiera, bajo la protección del padre, cuya mirada mantiene esclavizada la fiera. Se tiene miedo de estar solo, en presencia del espacio, con el animal desconocido, y se arde en deseos de saber lo que es en sí, lo que quiere, lo que rehúsa, cómo obedece á su nuevo amo.

Ayer me condujo el maestro de París á Ruan, y esta mañana me dejó solo por primera vez fuera de las puertas de la capital de Normandía, en plena llanura, sobre el camino desierto, lejos de esta-

ciones y oficinas de socorro. La primera sensación, es cierta inquietud no exenta de atractivo. Soy dueño de la fuerza misteriosa, y conozco los secretos del monstruo. Su alma es la chispa eléctrica que hace dar á sus arterias de siete á ochocientas vueltas por minuto; su terrible corazón es su carburador, y el alma obedece al cuerpo, y el cuerpo obedece al alma en ingeniosa armonía.

El monstruo, bajo mi mano conmovida, es dócil y lleno de buena voluntad. A los dos lados de la carretera, los campos de trigo corren plácidamente como verdes arroyuelos. Ya es tiempo de poner á prueba el poder de los gestos esotéricos. Toco las llaves encantadas, y el caballo hechizado se para bruscamente; toda su vida se extingue en breve gemido, y se convierte en enorme é inerte aparato de metal.

Ahora se trata de resucitarle. Me desmonto y me agito en torno del cadáver. La ciencia está segura de su triunfo: el hipógrifo revive, bufa un instante y se lanza de nuevo cantando victoria. Abro un poquito, lentamente, la famosa manivela de anticipo de la ascensión, y regulo como puedo la admisión de la esencia: la marcha se acelera, y el roce, cada vez más agudo, de las ruedas revela creciente embriaguez. Al principio, la carretera viene á mi encuentro con movimiento cadencioso; luego, poco á poco, se anima, se precipita sobre mí, corre bajo el coche como torrente embravecido que me ahoga con su espuma, me inunda con sus oleadas, me ciega con su aliento.

¡Oh, qué caricia tan deliciosa! Se diría que alas, miles de alas que no se ven, alas transparentes de gigantescos pájaros sobrenaturales, habitantes de las excelsitudes batidas por los vientos eternos, me envuelven en su vasta frescura las sienes y los ojos. Ahora la calzada desciende á pico en el abismo, y el mágico aparato la precede; los árboles que de tantos años la flanquean plácidamente, parecen juntarse, agrupar sus verdes cabezas y conjurarse ante el fenómeno que surge para cerrarle el paso; pero como ven que no se detiene, se retiran, se alejan, se contorsionan, vuelven á encorvarse sobre mí, y con voz sumisa y arcana sus miles de hojas murmuran á mi oído los cánticos volubles del espacio, que admira y exalta á su viejo enemigo finalmente vencedor, la velocidad.

En los trenes el espacio devorado pasa ante nuestros ojos, pero pasa lejos de nosotros; no lo tocamos, no lo podemos gozar; pero aquí, en este carrito de fuego, dócil, ligero, milagrosamente infatigable; entre las alas replegadas de este pájaro de llama, que vuela desflorando la tierra para admirar sus flores, que acaricia los campos de grano, que aspira los arroyos, que conoce la sombra de los árboles y entra en las aldeas, aquí el espacio se hace verdaderamente hermoso, se hace proporcionado á nuestros ojos, á los deseos de nuestra alma, insaciable y meticulosa.

Ahora no se espera ya la llegada que reabre los ojos é invita á la alegría del mirar; todo el camino es una llegada continuada, y los goces que preguntan al alcanzar la meta se multiplican, porque todo toma la adorable forma de la meta.

#### IMPRESIONES Y NOTAS

(Tolstoi y los dukhobors)

Con este título acaba de publicar en París J. W. Bienstock un curioso é interesante libro.

Los dukhobors son una secta rusa que sigue con toda escrupulosidad los preceptos evangélicos, conociéndose á sí mismos con el título de «Cristianos de la fraternidad universal». Tolstoi, cuya doctrina tantos puntos de contacto tiene con la de estos desheredados, ha hecho en su favor cuanto ha podido, ha renunciado en su obsequio á los derechos de propiedad de su *Resurrección*, revelando al mundo la existencia de estos fanáticos.

El concepto capital de la doctrina de los dukhobors es el expresado en forma inmortal por el mismo Jesucristo y repetido por San Francisco: «No reciban ni lleven armas mortales contra quien quiera que sea». De aquí han sacado los dukhobors su norma de vida, oponiendo la fuerza de la inercia al movimiento de mutuas ofensas de la máquina social. De esta resistencia al servicio militar han nacido procesos y persecuciones incansables y la emigración al Canadá, suscitando serias y trascendentales polémicas la actitud de estos interesantísimos mártires.

La fe de estos hombres es tan pura y tan sublime, que excita la atención de todos los pensadores; personas que son capaces de abandonar sus bienes y sus familias, de sufrir la cárcel y la deportación, antes que someterse a la ley del servicio militar, por negarse á llevar armas, son realmente seres extraordinarios, que revelan condiciones de carácter y arraigo de convicciones dignas de fijar la pública atención. Hoy casi parecen locos; pero ¿serán tenidos mañana como los precursores del nuevo estado social que el porvenir quizá ha de desenvolver?

(El sueño del pan gratuito)

Un *Pequeño grupo de humanistas*, como ellos se titulan, han lanzado una circular reclamando la gratuidad del pan, como la del agua y el aire, basándose en dos postulados de la Sociología: el derecho á la existencia y la libertad de hacer el bien.

Federico Passy, el ilustre campeón de la paz universal, aplaude en el *Journal des Economistes* el espíritu que anima á los humanistas; pero demuestra que su aspiración es un sueño. No hay nada gratuito, sino lo que podemos poseer sin esfuerzo alguno, como el aire que dilata nuestros pulmones; hasta el agua en el manantial exige que nos inclinemos para beberla, y si la queremos en nuestras casas hay que pagar su viaje.

Toda mercancía puede hacerse más abundante y menos cara por el mejor empleo de nuestro trabajo, por el perfeccionamiento de los medios de producción, por la mayor extensión de los mercados; pero nunca puede llegar á la gratuidad. No hay secreto para hacer el pan gratuito, pero lo hay para hacerlo menos caro: no recargar con impuestos ni monopolios el coste de su producción y de su distribución.

# HIMNO NACIONAL DE LA REPUBLICA DOMINICANA

Por Jose Reyes

Quis que ya no nos va lion tes al ce- mos nuestro canto con vivio e ma

3 Ped \* Ped \*

cion y la au no ra fe liz sa lu de- mos de la Pa tria y la In stau ra cion Sal ve al pue blo mag na ni mo y fuer te que si es

Ped \* Ped \* Ped \* Ped \* p

da vo en un tiem po gi mis tras el gri to de li bre o la muer te si vo uz ga do pen den te me lo

f cresc. p p

lo me re ce de li bre la fa ma pue bla a gun si tor y se vil no se sien ta abra sa von la lla ma que tem plo el he ro is mo fe bil Mas Quis

Ped f cresc. .... Ped f cresc. \*

- que ya la ma ble que re ra Puer to al ti va la pen tes le var: Que si es da ra mil ve ces se rie ra o tras tan tas tor ma ras a trium fas. DC

## NUESTROS GRABADOS

### Los dos himnos

(PUNTOS DE VISTA)

El ciudadano dominicano se entrega á la recordación y celebración del heroísmo patrio en dos días de nuestro año cristiano, el 27 de febrero y el 16 de agosto. Ambas fechas señalan á las generaciones el arranque atrevido de la reacción de este altivo pueblo contra la dominación vejaminosa de Haití, primero, y después en recobro de la soberanía, perdida por una acción cuya crítica aún oscila en la conciencia nacional entre un grave error y un crimen sin segundo. Ambas luchas integran el mismo hecho moral de la independencia. Le han celebrado poetas y escritores en hermosos cantos y bellas producciones. La música nacional ha cantado el suceso magno, creador de la autonomía Quisqueyana?

Que yo sepa sólo se han inspirado en ese sujeto los distinguidos compositores: don José Reyes y don Ignacio Marty, autores respectivos del Himno Nacional y el Himno de Capotillo. A manera de somero examen escribo estas líneas para indicar las diferencias que en mi humilde saber, contienen esos himnos.

El del maestro Reyes, que ha sido adoptado por el Congreso Nacional para el uso del Estado, es una bellísima melodía patriótica, forzada por el aire marcial vivo é impetuoso en que generalmente se le ejecuta al carácter de un canto guerrero. Yerran á mi ver, los que creen que el ardor bélico de un himno es cosa que depende del movimiento. (1) *La Marsellesa* exalta aunque se disminuya su marcialidad. El temperamento del artista y la naturaleza de su emoción ante la grandeza del hecho, son los agentes principales de ese efecto; y no deja de ser también bastante apreciable la siguiente circunstancia: que el autor sea testigo y solidario de la situación moral del pueblo á la hora del conflicto, pues la emoción pierde mucho de su intensidad cuando tiene por motivo la pura recordación ó referencia del hecho. (2)

Más ardor bélico inspira el Himno de Capotillo del maestro don Ignacio Marty; pero se ha llegado á ese resultado con ayuda de un recurso ya socorrido, la introducción de clarines que logra disfrazar el débil entusiasmo patriótico de la concepción. De manera que lo que hay de ardor bélico en el Himno de Capotillo, no es fruto de la sincera emoción del artista, sino un puro artificio de instrumentación. Marty supera á Reyes en el tratamiento de la armonía de su obra que, desde esa vista, resiste á todo reparo. Harmonista sobresaliente, no hay medio de que se le escape una falta en el conveniente arreglo formal de sus inspiraciones musicales. Todas las reglas de realización y enlace de los acordes están observadas fielmente en su Himno de Capotillo, y cuantas modalidades de los mismos acordes se originan del carácter y reducido plan de este género de obras, han sido tratadas con habilidad. Pero el mismo carácter elemental de su estructura harmónica, es prueba de acierto en el Himno Nacional del maestro Reyes. Analizándolo mejor que oyéndolo, se descubre el elemento que lo hermosea y nos conmueve: la ingenua sinceridad del pensamiento. Causa ese himno la impresión de una cláusula bien escrita, en la cual el vigor y lucimiento de las oraciones incidentales, completan y mejoran el sentido y la importancia de la idea. La frase que introduce variedad en el himno del maestro Reyes, parece una explicación ó ampliación de la inicial, con la cual se vincula mediante un ligero detalle episódico no modulante, escrito sin afectación ó arte estudiado. El autor ha logrado con esa frase consecuente, sostener has-

(1) Este error es tan escolástico como el de los que sostenían que la tonalidad mayor era impropia para la expresión de sentimientos melancólicos y tristes. Beethoven, en la *Marcha fúnebre* de su Sinfonía Heroica, ha probado lo contrario.

(2) Recuérdese el caso de Rouget de Lisle.

ta el fin del himno la energía del sentimiento pasional que se lo inspiró.

En el Himno de Capotillo se peca por exceso de variedad y algún rebuscamiento que hace penosa la percepción de la idea dominante y pervierte la sensación que debe producir. Reyes siente con más calor y entusiasmo que Marty; Marty escribe con más corrección y atildamiento que Reyes. El uno, Reyes, exaltado se lanza al pentagrama y vacía en él una genialidad; el otro, Marty, ha medido y calculado las proporciones de la obra, haciéndose esclavo del procedimiento antes de sentirse requerido por la Musa.

Método, estudio y pulcritud se advierte en el Himno de Capotillo; espontaneidad, sencillez y elevación en el Himno Nacional.

Reyes como un poeta estalla la estrofa y levanta su canto.

Marty no esfuerza la imaginación creadora y se conforma con pedir á la ciencia musical sus leyes.

¿Que cuál de los dos Himnos es superior? Para mí el de Reyes; pero ambos son muy estimables.

J. M. ROD. ARRESON.

### Puerto Plata.

#### En la cacería

CUADRO DE P. TAVERNIER

Nuestros favorecedores sabrán apreciar, con todos los elementos de su apreciación estética, el delicado y exquisito gusto de la composición reproducida. En el primer plano las bellas figuras de los veloces batidores del ciervo; discreto raudal de luz, de tenue brillantez, en el torrente que divide la escena, y en el fondo la remota silueta del hermoso ejemplar cinegético, á cuyo punto concurre todo el movimiento del cuadro.

#### En oración

Sin duda en esa actitud debe sentirse mejor preparado el espíritu para rendir la plegaria: en medio al desborde de luz de los infinitos, bajo la bóveda eminente del templo eterno por Dios mismo construido en el seno inmenso del firmamento, cargados los ojos de tranquilas promesas, inundada la faz en la gracia inexpresable.

#### Un pánico

CUADRO DE A. GAUDEFRY

Por la copia reproducida, podrá formarse idea aproximada del mérito artístico de la obra de Gaudery, plena de vida, de movimiento, de luz y de colores. Aun en la copia se observa con cuánta maestría se ha dispuesto y distribuido la ruidosa agitación y la complejidad de actitudes de las figuras que le dan tumultuosa animación á la obra.

#### Pescadores

Nuestros lectores evocarán, á la vista de nuestra reproducción, los patéticos y universales relatos que se han hecho sobre la vida de estos moradores de la playa. El artista los exhibe en su paciente y ruda faena, á veces tormentosa y llena de azares como el proceloso elemento que es su amigo y verdugo á la vez.

#### Los Andes

A las vistas ya publicadas en números anteriores, relativas á las regiones de Los Andes, agregamos hoy dos, que representan el paso del río Chama, entre los lugares de Tovar y Estanques.

#### Guerra de Cuba

La vista que publicamos representa una composición artística, obra americana, hecha en recuerdo de la eficaz y decidida participación que tomó el actual Presidente de los Estados Unidos en la pasada guerra de Cuba.

Sábase que Mr. Roosevelt organizó, equipó y armó á sus expensas un regimiento de caballería, del cual fue Coronel, y con él marchó á los campamentos cubanos.

El grabado lo representa en el momento en que ordena á sus soldados la toma de las altu-

ras de San Juan, aprovechándose para su actitud la serenidad y valerosa calma con que se distinguió en los combates.

#### Jamás en paz!

CUADRO DE H. C. GOURSÉ

Acosados por la vigilancia cuasi hostil de las gentes, los dos han ido á buscar paz para su amor, escondiéndolo como un delito, al zaguamí abandonado y solitario; pero hasta allá van persiguiéndolos las turbas ávidas de escándalo y hambrientas de víctimas.

Y mientras la amante consternada esconde su rubor tras el rostro del amado, éste no ve en el enjambre vocinglero que le acusa sino á un ciego mendigo que no sabe lo que es la luz, ni ha visto la belleza, mujeres y niños que ignoran el amor y ancianos para los cuales ya no puede existir.

#### San Cristóbal

Como lo ofrecimos en la edición anterior, continuamos reproduciendo la serie de vistas relativas á la ciudad capital del actual Estado del Táchira, en la cordillera de Los Andes. A nuestra vista publicada, agregamos hoy las del barrio «Guzmán», la de la calle de la Aguacara en los extremos de la ciudad y la del puente Bolívar.

#### Pradera Salisbury

Es un poético rincón de la brumosa Inglaterra, pleno de vida, de movimiento, de rumores de gente laboriosa y de animales familiares á la diaria fatiga de los labriegos, pastores y marineros; un sitio propicio á la paz providente del trabajo y á las leyendas de la patria de Robinson.

#### Paso del Mar Rojo

D'Hazón ha realizado una feliz y viviente combinación de ingenio, de gracia y de *esprit*, en el asunto y movimientos de su obra.

Una nidada de polluelos, guiados por la madre, á ido á picotear entre un montón de uvas maduras y botellas de vino. De pronto, una turba de gatitos juguetones cae sobre el sitio, infundiendo la consternación y el espanto entre los descuidados triscadores; una de las botellas cae y se rompe, arrojando un mar de rojo vino por el que atraviesan despavoridos los aterrados polluelos, en medio de una confusión de alas agitadas y píos de alarma.

#### Boulogne

El cuadro de Orange pertenece á la multitud de gloriosos recuerdos de la epopeya napoleónica. El emperador oye atentamente los informes de Berthier, su Jefe de Estado Mayor, en la playa de Bolonia, frente á las costas de Inglaterra.

Roto el tratado de Amiens y perturbados la paz y el equilibrio de la política continental, Napoleón concibe el proyecto de abatir de un golpe el poderío británico, desembarcando un poderoso ejército en el propio territorio de Inglaterra. Al efecto, durante dos años se hacen en Bolonia los grandes preparativos para la empresa, cuando es forzoso interrumpirlos por la rota de Trafalgar y la coalición del Austria y de la Rusia.

Hoy existe en aquella playa, frente á la costa inglesa, una elevadísima columna monumental, levantada á la gloria del Grande Ejército y de su incomparable Capitán.

#### Última mañana de María Antonieta

Baader ha inspirado sus pinceles en los relatos conmovedores que ha recogido la historia de la infortunada familia de Luis XVI, á la que llegaron también los embates del furor demagógico.

Las últimas horas de la infeliz princesa cuyo delito máximo fue haber sido reina cuando ya estaba decretado que muriesen los reyes por mano de los pueblos, merece, en el cuadro de Baader, la respetuosa contemplación de los guardianes y carceleros que habían presenciado durante días trágicos el suplicio de la madre y la mujer.

SUETOS EDITORIALES

DR. ERNESTO SANTA CILIA PENNY

Cuando ya circulaba nuestra edición anterior, recibimos la noticia de haber fallecido en Génova el joven doctor ERNESTO SANTA CILIA PENNY, médico y cirujano, compatriota nuestro, que gozaba en aquella sociedad de excelente crédito como facultativo y de generales simpatías y aprecio por sus bellas prendas personales. La prensa de la mencionada ciudad italiana hace mérito distinguido de estas condiciones de quien supo honrar en el extranjero el nombre venezolano.

Enviamos nuestra condolencia á la respetable señora Teresa Santa Cilia de Penny, madre del finado, y á su apreciable familia.

INDUSTRIAS NACIONALES

FÁBRICA DE CIGARRILLOS

Los señores Federico Schémel y compañía nos han obsequiado con una muestra de sus productos en el ramo de cigarrería, la cual hemos hecho apreciar por los conocedores, quienes nos dan satisfactorios informes acerca de la calidad y condiciones del mencionado producto.

Los señores Schémel y Ca, á quienes agradecemos el obsequio, son dueños de las fábricas *Flor de la Habana* y *La Gran Cruz*.

POLVOS DENTÍFRICOS

Los señores Mortimer Ricardo y Delfin Martus, conocidos entre nosotros por sus trabajos en cirugía dental, nos han remitido una muestra de polvos para dientes, producto de la nueva industria que han establecido y patentado recientemente, y para la cual deseamos prosperidad y crédito, dándoles á sus dueños nuestras gracias por su atención.

PÉSAME

Ha fallecido recientemente en Caracas el señor FÉLIX MARÍA RÉIQUÉZ, laborioso y honorable industrial, padre de nuestro amigo el señor Antonio R. Réiquez B., tipógrafo de esta Empresa. Damos á éste nuestro más sentido pésame.

LIBROS Y FOLLETOS RECIBIDOS

*Banco de Maracaibo.*—Informe del semestre de enero á junio de 1902.

*Federico Henriquez y Carvajal.*—Informe del Ministro Plenipotenciario y Presidente de la Delegación Dominicana en la segunda conferencia internacional americana.

*Boletín de los Hospitales.*—Año I.—Agosto de 1902.—Número 8.

*Poema sobre Historia Patria,* por Diwald Salom.

*Lenguaje de las flores.*—Nuevo obsequio de la acreditada fábrica de cigarrillos «La Hidalguía á sus consumidores.

Damos las gracias á los señores remitentes.

SECCIÓN RECREATIVA

La curación de la jaqueca

La jaqueca es una de las enfermedades más frecuentes y penosas, y de las que concluyen por amargar y envenenar la existencia de los que la padecen. Los desgraciados que

se ven sometidos á ella no pueden distraerse y pasan la vida sufriendo y curándose inútilmente.

Contra esta perniciosa enfermedad se han recomendado muchos sistemas terapéuticos, pero no todos dan el resultado apetecido. Se ha llegado hasta recomendar el empleo del sedal. Un médico inglés ha obtenido éxitos extraordinarios colocándolo en la nuca.

Sabido es que el sedal consiste en una tira de lienzo ó una mecha de algodón de bordar, más ó menos voluminosa, que por medio del bisturí ó de un estilete acanalado se mete debajo de la piel para provocar la supuración.

Un individuo que por efecto de las jaquecas había adelgazado grandemente y se había puesto muy débil por no dormir y por haber perdido el apetito, se curó en tres semanas con el sedal. Al cabo de este tiempo dormía y comía y no sentía dolor alguno, y cuando dejó el tratamiento no volvió á experimentar los sufrimientos de la jaqueca.

Es indudable que el sistema de curación no tiene nada de agradable; pero es tan mala esta enfermedad, que bien puede perdonarse la molestia que el sistema quirúrgico ocasiona cuando da resultados tan prácticos.

De Henry de Parville

¿Quién no conoce el agua de Appolinaris? Entre las aguas, es la más cara; y es ésta la razón de que haya reinado tanto tiempo en los depósitos particulares de los restaurantes á la moda.

—«¿Qué agua toma usted, señor?»  
—Pero, ¿cuál ha de ser, si entre nosotros no hay más que una? Appolinaris, ¡hombre! Appolinaris.

Y alcanzó el agua de Appolinaris una fama extraordinaria. Es magnífica, excelente para tomarse; mas, de repente, se ha hecho un tanto difícil y molesta. El agua de Appolinaris de otros tiempos, no es el agua de Appolinaris de nuestros días.

Pero eso no es raro; y frecuentemente, —si se ha parado mientes en ello,—se ven cosas semejantes.

Esta agua, de origen extranjero, se introdujo en Francia, á raíz de una resolución ministerial fecha 7 de marzo de 1868. Se mineralizó de modo conveniente para que fuera agradable al gusto, y componíase de carbonato de soda, (elemento principal), un poco de cloruro de sodio, un poco de sulfato de soda, carbonato de cal y magnesia. Y cuando el análisis primitivo hecho en el laboratorio de la Academia de Medicina no hace mención ninguna de ácido carbónico libre, el agua que se vende actualmente contiene mucho, hasta 4 gr. 70. Sin agregar, que, además de esta circunstancia del gas carbónico que hoy se ha hallado, hay divergencias muy notables á cerca del cloruro de sodio ó sal marina, que varían de 1 á 3, y sobre el carbonato de cal que ha pasado de 1 á 4½.

Tenemos, pues, que aquella que fue agua de Appolinaris, ya no lo es hoy.

Esta agua, ahora, es tan salada, como el precio á que se vende.

Es de pública notoriedad, por otra parte, que el agua de Appolinaris, edición de 1900, es decantada, y luego, gaseificada artificialmente en el momento en que se le embotella. Estos hechos están comprobados oficialmente por un auto dictado en 9 de junio de 1900 por el senado civil de la Corte suprema del Rhin. Resulta de este auto comunicado por el señor Ministro de lo Interior á la Academia de Medicina, que «el agua de Appolinaris no puede considerarse como una agua gaseosa natural,» y en consecuencia, se ha prohibido á la Compañía interesada, la designe en los marbetes ó rótulos con esa recomendación.

¡Pobre agua de Appolinaris! La Academia ha sido cruel con ella. Muy distinta, hoy,

la composición de esta agua, á la naturaleza de aquélla en que la Academia basó anteriormente su dictamen, se ha resuelto: que no haya más autorización, en nombre de la Academia, para vender en Francia, agua de Appolinaris.

Véase con qué facilidad se suprime administrativamente esta agua tan afamada, tan gustosa al paladar, tan deliciosa en la comida, el agua, en fin, por excelencia *elegante*. Pero en Francia, ¡ya se ve! no hay libertad ni para el agua!

¡Consuélese, sin embargo, los aficionados! pues muy, por lo bajo podemos decirles que siempre le será muy fácil hacer cada cual agua de Appolinaris, en su casa, con solo 10 céntimos de bolívares, ó sea con un ahorro no menor de 90 céntimos. Y no hay por qué temer nada: esto es legal.

Mas, á bien considerar el punto; ¿á qué conduciría esto? A nada, pues en Francia tenemos aguas minerales excelentes.

POSTALES

EL COJO ILUSTRADO

—•••—

Colección artística de tarjetas postales ilustradas con vistas fotográficas de Venezuela: panoramas, monumentos, paisajes, calles, edificios, etc; cuadros de pintores venezolanos, sucesos de actualidad, tipos de raza, etc.

En las impresas hasta hoy hay 28 variantes, y están á la venta al precio de:

4 ejemplares por B. 0,50

Precio por mayor (mínimum 100 piezas) á B. 10 el ciento.

Se atienden órdenes por correo, previo el abono de su valor, más B. 0,25 para el franqueo.

Elvira Urdaneta de Pulgar

Copista y Profesora de Música

Se ofrece para dar lecciones á domicilio: de piano y teoría musical. Precios convencionales.

Dirección: Pelota al Abanico No 24

EXIJAN Vds.

¡CÓMPRA LA PILDORA BLANCA en las farmacias!

DEHAUT A PARIS impresos en acero.

Las PILDORAS Purgativas y Depurativas del Doctor DEHAUT se toman al comer.

¡Ningún Regimen. No más Dieta.

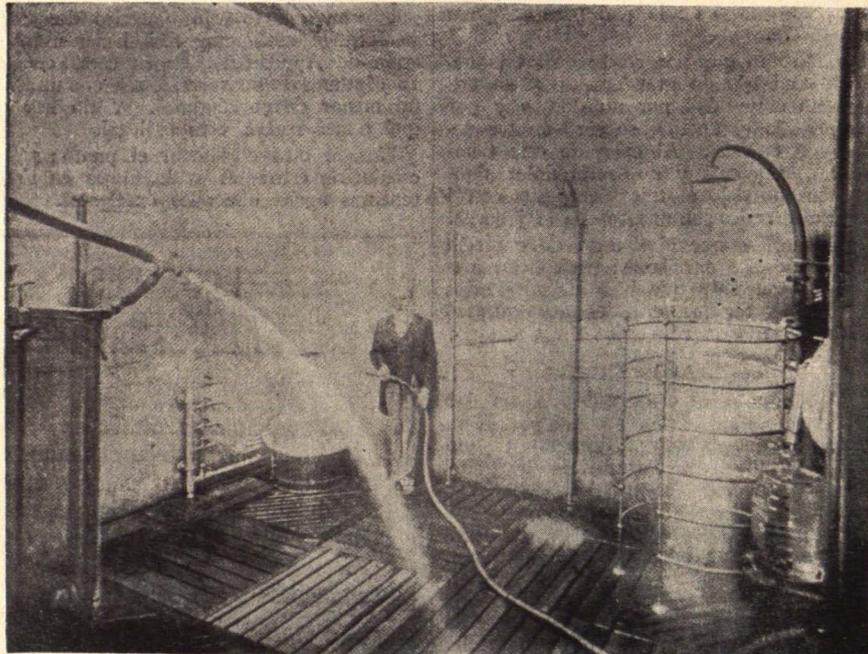
Las menos COSTOSAS puesto que son las más activas.

EL APIOL de los Dres JORET Y HOMOLLE regulariza los MENSTRUOS

## BAÑOS HIDROTERAPICOS

Baños de todos los sistemas: ducha, regadera, círculo, asiento, dorsal  
SITUADOS DETRAS DE SANTA INES

Agua fría á 4 atmósferas de presión



A este importante Establecimiento, fundado por el Doctor Dubreuil según todas las prescripciones científicas, se le han hecho convenientes modificaciones en el sentido de proporcionar mayores comodidades, tanto á los bañistas que allí concurren por prescripciones médicas, como á los que van sólo por placer.

El baño es indispensable para la buena salud.

Y los baños de placer son siempre beneficiosos.

Precios baratos. Se aceptan abonos desde 10 hasta 100 baños, con descuentos de consideración.

Hay 2 departamentos separados: uno para caballeros; y otro para familias, servido por una señora.

Propietario, E. A. RENDILES.

### SOLUCIÓN PAUTAUBERGE

al Clorhidro-Fosfato de Cal Creosotado

El remedio más eficaz para curar las **ENFERMEDADES DEL PECHO** las **TOSES RECIENTES Y ANTIGUAS** las **BRONQUITIS CRÓNICAS**

L. PAUTAUBERGE, 9 bis, Rue Lacuée, Paris y LAS PRINCIPALES BOTICAS.

Desconfiarse de las imitaciones y exigir la Firma L. PAUTAUBERGE.

ACRIDUD DE LA SANGRE

### ROB BOYVEAU LAFFECTEUR

CÉLEBRE DEPURATIVO VEGETAL prescrito por los Médicos en los casos de **ENFERMEDADES DE LA PIEL**

Vicios de la Sangre, Herpes, Acne.

102, Rue Richelieu, Paris y en todas Farmacias del extranjero.

EL MISMO AL YODURO DE POTASIO **TRATAMIENTO Complementario del ASMA**

Soberano en

Gota, Reumatismos, Angina de pecho, Escrófula, Tuberculosis

### Los dedos para hacer narices

Es la nariz un apéndice que está muy expuesto á tropezones violentos y á su destrucción parcial y hasta total. Por lo tanto, la operación de la rinoplastia, que consiste en hacer una especie de nariz, ó, mejor dicho, en tapar su hueco, más ó menos bien, con la tira de piel de los alrededores, es una de las más antiguas que conoce la cirugía; mil años antes de Jesucristo los cirujanos indios la empleaban para remediar la mutilación de la nariz á que se sometía á los malhechores. Pero sacando la piel de la frente y de los brazos, que son los dos sistemas clásicos, no se obtiene nunca más que un apéndice de-

## Veritas, Veritatis.

De todas las preparaciones similares conocidas es indudable que tiene conquistado un puesto muy preferente otorgado por el voto unánime de la clase médica y de la opinión pública, la célebre é incomparable

## Emulsión de Scott

de Aceite de Hígado de Bacalao con Hipofosfitos de Cal y de Sosa.

Constituída por tónicos directos de la medicación hematógena, que propenden á reparar las pérdidas del líquido sanguíneo, haciendole recobrar su composición normal, llena cumplidamente su indicación en todos los casos en que se encuentra deficiente ó alterado factor tan importante de nuestra organización.

En los países intertropicales las pérdidas que experimenta el organismo debido á las copiosas diaforesis originadas por las altas temperaturas y su frecuente volubilidad, traen como consecuencia estados de debilidad general y afecciones del aparato respiratorio, que la Emulsión de Scott infaliblemente regenera y combate ventajosamente.

Exíjase la verdadera de Scott.

De venta en las Boticas.

SCOTT & BOWNE, Químicos, New York.

13 A

forme, que se asemeja muy poco á la nariz verdadera, porque le falta el esqueleto óseo.

Para remediar este inconveniente, á un cirujano, M. Vedrene, se le ha ocurrido emplear el dedo anular de la mano izquierda, que se utiliza poco, para reconstruir la nariz.

La operación se hace en dos veces: primeramente se fija al nivel de la raíz de las narices la piel de la falange, y después de

**EXAMINSE LAS VERDADERAS PILDORAS PURGANTES DEL DR. GUILLIE.**

Estas píldoras con base de Extracto de Elixir del Dr. GUILLIE, se emplea con éxito en las enfermedades del Hígado, del Estómago, del Corazón, Gota, Reumatismos, Fiebres Palúdicas, y Perniciosas, la Gripe, ó Influenza, y todas las enfermedades ocasionadas por la Bilis y las Flemas.

Depósito General, Dr. Paul GAGE Hija, F<sup>ca</sup> de 1<sup>a</sup> cl., 9, r. de Grenelle-St-Germain, Paris y en todas las farmacias

cuatro semanas, al cabo de las cuales ya está adherida, se amputa el dedo, cuya segunda falange, con su esqueleto, forma la parte nasal saliente, y cuya primera falange, provista igualmente de su esqueleto y un poco inclinada de adelante á atrás, constituye la pared divisoria de ambas fosas nasales.

Dícese que Vedrene ha obtenido resultados muy satisfactorios operando en estas condiciones.

**¿Cuál es el temblor de tierra más desastroso que registra la historia?**

La mayoría, ya que no todos los grandes temblores de tierra, han causado desastres sin límites, destruyendo ciudades, quitando vidas y despoblando del todo vastos territorios.

Sin embargo de esto, algunos hay que por su poder destructivo han dejado huellas que jamás se borrarán de la crónica negra de algunas naciones. Tales, por ejemplo, son los que se sintieron en 1693 en Sicilia y Catania y en 1783 en Calabria: los primeros costaron la vida á cerca de 70.000 personas, entre las cuarenta y nueve ciudades arrasadas, y á más de 40.000 el segundo.

Horroroso por todos conceptos fue el que en 1812 sufrió la ciudad de Caracas, donde en menos de tres segundos perecieron 10.000 personas.

Pero el temblor de tierra más desastroso que registra la historia fue el de Lisboa en 1755. En pocos minutos la ciudad quedó destruida y perecieron unas 45.000 personas, extendiéndose la conmoción hasta la Laponia por una parte y por otra hasta la Martinica. Una ola enorme y terrorífica, veintitantos metros más alta que las más elevadas mareas, rodó súbitamente del mar á la ciudad y se retiró con la misma rapidez, arrasando consigo millares y millares de cadáveres.

La "Emulsión de Scott" es reconocida como un agente reconstituyente de gran fuerza por todos los médicos del mundo.

Señores Scott y Boume.

Nueva York.

Muy señores míos: Con suma complacencia participo á ustedes que he usado con felices resultados la "Emulsión de Scott" de aceite de hígado de bacalao con hipofosfitos, en casos de tuberculosis, escrofulosis, raquitismo, anemia y demás enfermedades caracterizadas por un empobrecimiento en el organismo.

Puedo asegurar también que el preparado de ustedes se conserva mejor que ningún otro en nuestro clima y que su gusto agradable lo hace fácilmente tolerable por los enfermos.

Soy de ustedes afcno. S. S.

DR. PEDRO R. BASTARDO.

**INFLUENZA** ★ **RACHITIS**  
**ANEMIA** ★ **CLOROSIS**

**VINO AROUD**

CARNE - QUINA - HIERRO

El más poderoso Regenerador.

5 fr. en París

**PUREZA DEL CUTIS**

— LAIT ANTÉPÉLIQUE —

**LA LECHE ANTEFÉLICA**

ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa  
 PEGAS, LENTEJAS, TIZ ASOLEADA  
 SARPILLIDOS, TIZ BARROSA  
 ARRUGAS PRECOSES  
 EPLOROSIS, CENICIAS  
 ROJECES.

Se conserva el cutis limpio y terso

5 fr. en París

**GARGANTA**  
 VOZ y BOCA

**PASTILLAS DE DETHAN**

Recomendada contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflammaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente á los Señores PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emisión de la voz.

Exigir en el rotulo a firma de Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS.

**POBREZA**  
 DE LA

**SANGRE**

**VINO DE BELLINI**  
 con QUINA y COLUMBO

Este VINO fortificante febrifugo, antinervioso, cura las Afecciones escrofulosas, Fiebra, Nervosos, Falta de regularizar la Circulación de la Sangre; conviene especialmente á los Niños, á las Señoras delicadas y á las Personas debilitadas por la edad, las enfermedades ó los excesos.

Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

**ENFERMEDADES**  
 DEL

**ESTOMAGO**

**PATERSON**  
 con BISMUTHO y MAGNÉSIA

Recomendados contra las Afecciones del estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.

Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

**RATOS PERDIDOS** (Costumbres venezolanas)

Por F. de Sales Pérez

Está á la venta la 4ª edición aumentada considerablemente con nuevos artículos

**GOTA**

**LICOR**  
 DEL DR.

**LAVILLE**

CLIN Y COMAR - PARIS  
 EN TODAS LAS FARMACIAS

**REUMATISMOS**

Contra las

**ENFERMEDADES NERVIOSAS**

**VÉRTIGOS**  
**PALPITACIONES**  
**EPILEPSIA, etc.**

no hay mejor Remedio que las

**CÁPSULAS DEL DR CLIN**  
 al Bromuro de Alcanfor

CLIN & COMAR - PARIS  
 y en las Farmacias. 636

**POUDRE, SAVON & CRÈME SIMON**

Productos, maravillosos para suavizar, blanquear y aterciopelar el cutis.

Exigase el verdadero nombre Refúse los productos similares

**J. SIMON**  
 13. r. Grange butelière, Paris



APROBACIÓN DE LA ACADEMIA DE MEDICINA DE PARÍS

**RAQUITISMO - ANEMIA - CLOROSIS**

Exíjanse el Nombre el Sello de Garantía

**PILDORAS de BLANCARD**

al Ioduro de Hierro inalterable. 40, Rue Bonaparte, PARIS

y la Dirección

**COLORES PÁLIDOS, ESCRÓFULAS, POBREZA DE LA SANGRE**

N. B. Los Niños y las personas que no pueden tragar Píldoras emplean el Jarabe de Blancard.

En Servia se celebran las bodas de un modo muy extravagante. Por lo general las conciertan los padres sin pararse á averiguar si los futuros se querran ó no. Antes de efectuarse la ceremonia, un hermano ó un pariente de la novia la lleva á la casa que va á habitar, y allí tiene que vestir á un niño y tocar las paredes con una rueca, en señal de que con ésta ha de trabajar entre aquellas paredes; luego tiene que permanecer unos momentos subida en una mesa con un pan, una botella de agua y otra de vino, para demostrar que toda aquello corre de su cargo, y por último, tiene que colocarse entre los labios un terrón de azúcar, que la advierte que su conversación debe ser siempre suave y tranquila

# CREMA Y POLVO CHARMERESSE HIGIENE y HERMOSURA de la TE

DUSSER, 1, Rue J.-J. Rousseau. PARIS  
Se vende en las principales Barberías, Perfumerías, Farmacias y Bazar



## Propiedades del Avena-Cacao

El **Avena-Cacao** fabricado por los señores **Fullie & Ca.** marca **La India**, es un producto inmejorable é indispensable para todas las familias, es el mejor alimento para sanos y enfermos y un seguro preservativo contra las afecciones del estómago y del intestino, tan frecuentes y fatales en estos países tropicales. Es un producto cuidadosamente elaborado por medio de procedimientos científicos y que por su afortunada combinación de la flor de Avena con nuestro tan acreditado Cacao de Chuao y Ocumare, ha dado los mejores resultados como un alimento sano y completo, lo que certifican las recomendaciones de los mejores médicos de Caracas.

El **Avena-Cacao** marca **La India**, se vende en cajitas de 20 cubos ó sean veinte tazas grandes de esta sabrosa bebida. Su valor 4 reales.

LA

## Phosphadine Fullie

es un alimento completo

DE FACIL DIGESTION

para todas las edades de la vida

Producto recomendado por los primeros facultativos de Europa y de las Américas

Alimentación natural de los niños

Nutrición de los convalecientes

En el raquitismo y en la anemia

Embarazos y detención

En las diarreas y afecciones intestinales

Precio en toda Venezuela:

Pote grande Bs. 2,50

Id pequeño " 1,50

**PHOSPHADINE FULLIE** es el alimento indispensable para niños, ancianos y enfermos  
De venta en los principales establecimientos de la República



## RECOMPENSA NACIONAL

de 16,600 fr.

Siete Medallas de ORO, etc.



Males de Estómago. Falta de Fuerzas,  
Anemia, Calenturas, etc.

# QUINA-LAROCHE

EL MISMO  
**FERRUGINOSO**

Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, etc.  
Linfatismo. Escrófula. Infartos de los Ganglios, etc.  
Paris, 20 et 22, Rue Drouot, y Farmacias.

EL MISMO  
**FOSFATADO**

### Amor de paloma

Que un ave cambie por completo sus costumbres para convertirse en amigo inseparable y constante de un marinero, es cosa nueva en los anales de la historia natural.

El capitán del buque mercante *Anna* salió de Plymouth para Groeningen, y á corta distancia de la costa una paloma cayó sobre la cubierta del buque, medio muerta de cansancio y de hambre.

Recogióla el capitán, dióla de comer y de beber, la cuidó con esmero y al llegar el barco á Groeningen el animal se había encariñado grandemente con su nuevo dueño.

Al bajar á tierra el capitán vió, sin embargo, con indecible sorpresa que la paloma abandonaba el barco y le seguía. Entró el capitán en un café y la paloma entró detrás de él y acudió á colocarse sobre la mesa. Se metió en un coche y la paloma siguió al coche.

Hoy día el capitán del *Anna* se ha resignado á tener por compañera inseparable á la paloma, como Tartarín de Tarascón se resignó al cabo á que le siguiera por mares y tierra el último camello que quedaba en Argelia.

### El modo de parecer más alto

Un actor que tiene la habilidad de parecer alto ó bajo en escena, según las necesidades del papel que representa, ha revelado el secreto de cómo se las arregla para sus transformaciones.

«Sin recurrir á los tacones exageradamente altos, que ponen en ridículo, los hombres de poca estatura pueden parecer altos con sólo gastar americana ó levita corta, pantalones todo lo ajustados que permita la moda, pelo corto y sombreros altos con ala estrecha.

Así me lo demuestra mi experiencia.

El hombre pequeño no debe gastar nunca sombrero de ala ancha, porque es una de las cosas que contribuyen más á reducir en apariencia la estatura. Debe huir de que el sastre le ponga rellenos en los hombros. No debe gastar chalecos de doble pecho ni cerrados muy altos. No le conviene el uso de corbatas grandes y de colores vivos. Los cuellos altos quitan estatura, así es que deben gastarlos bajos y escotados. Los pantalones anchos ó sueltos contribuyen tanto como los sombreros á que el hombre parezca más pequeño. Por último, hay que renun-

ciar á los faldones largos, á las americanas largas y á los abrigos largos.»

Á sus compañeros de profesión, é indirectamente á los que necesitan disfrazarse, el mismo actor les aconseja que si son altos y quieren parecer bajos, hagan precisamente lo contrario de lo que recomienda para los hombres de pequeña estatura; es decir, que gasten sombreros de alas anchas, levitas de faldones largos, etc. Una de las cosas que aconseja á los actores pequeños es que para hacer aparecer más largas las piernas gasten en los papeles que se lo permitan, botas de montar que les lleguen bastante por debajo de la rodilla.

### Varia

Londres se ensancha de año en año de un modo extraordinario. Por término medio cada año se construyen en dicha ciudad 11.000 casas nuevas, que dan un término medio de 900 casas por mes.

Hace diez años había en Londres 771.413 casas, habitadas por más de 5.800.000 personas.

Durante el siglo XVIII desaparecieron cien lagos del Tirol por agotamiento.

# CREME DE LA MECQUE DUSSE

MARAVILLOSA RECETA, SANA Y BENEFICIA  
Da al éditis la blancura nacarada del marfil.  
1, Rue Jean-Jacques Rousseau, 1, PARIS  
Se vende en las principales Perfumerías, Barberías y Bazar